

LA 11  
LINTERNA  
MÁGICA



POR  
FACUNDO

297  
DAD AUTO  
CIÓN GEN

PQ729

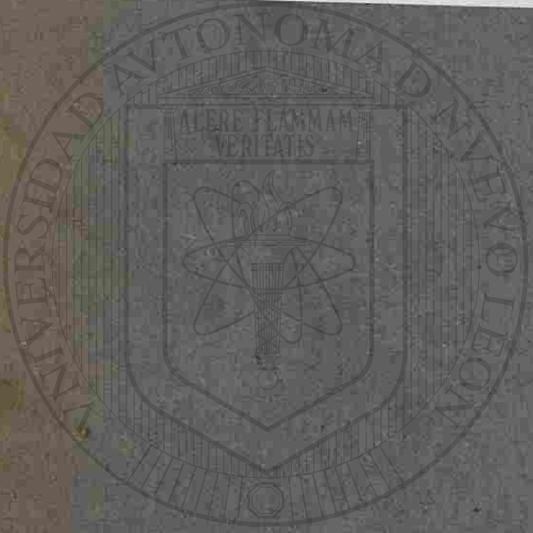
C77

1889

V.11

C.2

0815  
0815  
0815

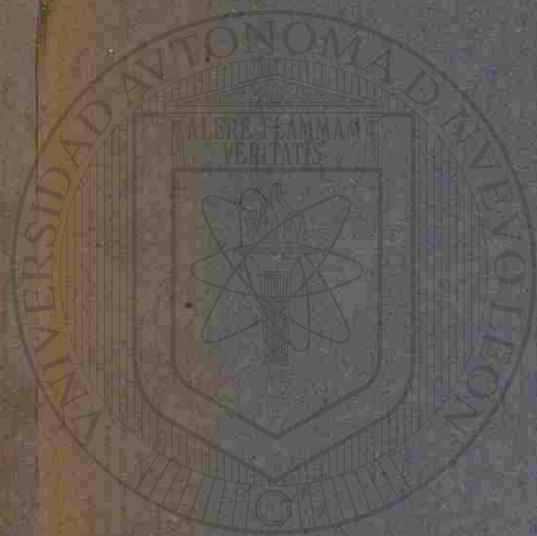


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA  
LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

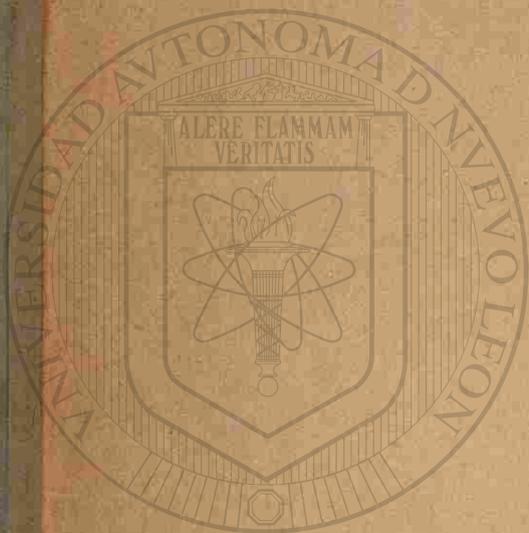
TOMO XI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

081

86-3:39

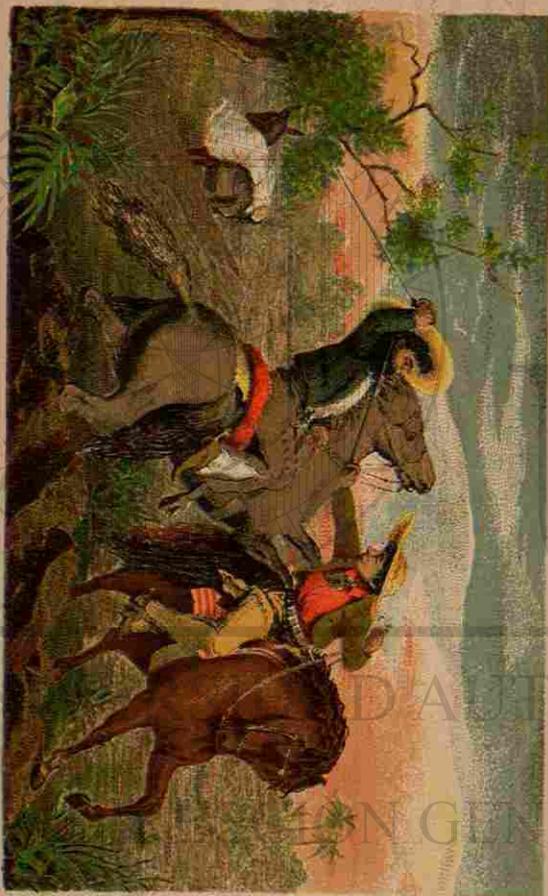


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Los dos Bandidos.

LA  
**LINTERNA MÁGICA**

COLECCIÓN DE NOVELAS

DE

COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

DE

**FACUNDO**

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

*ilustrada con grabados y cromolitografías.*

TOMO XI.



SANTANDER.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE BLANCHARD Y COMPAÑÍA,

1891.

36213

Núm. Clas. 081  
 Núm. Autor 5965 L. v. 11/12  
 Núm. Adg. 36213  
 Procedencia \_\_\_\_\_  
 Precio \_\_\_\_\_  
 Fecha \_\_\_\_\_  
 Clasificó \_\_\_\_\_  
 Catalogó \_\_\_\_\_



ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

LA LINTERNA MÁGICA  
 SEGUNDA ÉPOCA.

ISOLINA la EX-FIGURANTE  
 (APUNTES DE UN APUNTADOR)

POR  
**RACUNDO**  
 (1871)

.....  
 - Sin embargo, como yo quiero ser cómico.....  
 - Cierto ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?  
 - ¿Cómo? ¿se necesita saber algo?  
 - No; para ser actor, ciertamente no necesita usted  
 saber cosa mayor.....  
 .....

TOMO I.

FIGARO.



Capilla Alfonsina  
 Biblioteca Universitaria

SANTANDER.

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE BLANCHARD Y COMPAÑÍA.

1891.

55159

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO NEVES"  
 1925 MONTERREY, NUEVO LEÓN

36213

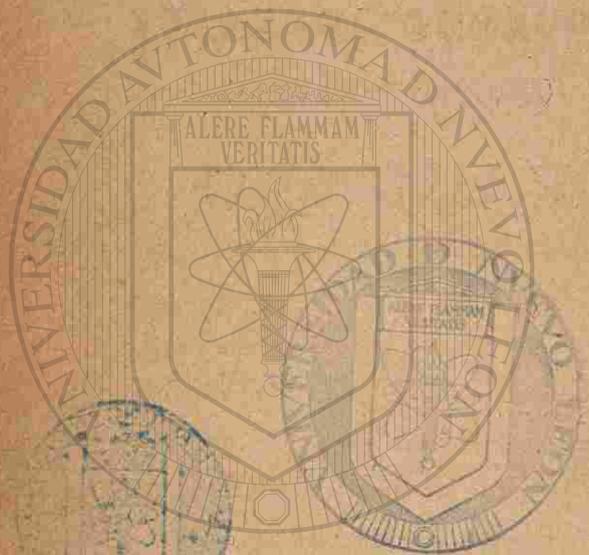
PQ 7297

C77

1889

V-11

CJ-2



BIBLIOTECA



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

AL DISTINGUIDO ACTOR

## EDUARDO GONZALEZ

(HOY SIN HABLA)

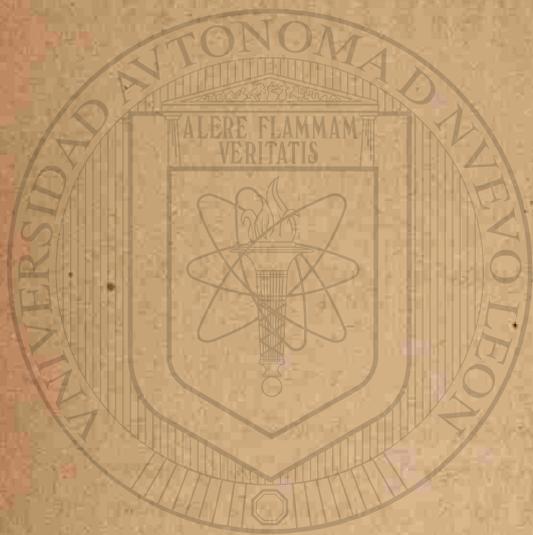
*Mi querido Eduardo:*

*El pasado, que nuestra amistad recuerda en la historia del teatro, me ha sugerido la idea de escribir una historia de teatro. Ahora que está V. solo y triste, se la envío como un cariñoso recuerdo por si pudiere endulzar algunas de sus horas, desviando su imaginación de este presente amargo.*

*Que se cierre pronto este paréntesis funesto, que recobre V. el habla, para que vuelva a sonreírle el porvenir.*

*Facundo*

BIBLIOTECA AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
ESTADO DE NUEVO LEÓN



## CAPÍTULO I.

---

### UNA COMPAÑÍA DRAMÁTICA EN FAZ DE VIAJE.

**E**NTRE la villa de Reyes y el pintoresco pueblo de Santa María del Río, y después de ascender por algunos recodos montañosos, se camina por un terreno elevado, que es una mesa de más de seis leguas.

Partiendo de la villa es preciso dejar siempre a la derecha una cerca de piedra de más de tres leguas, que es casi el único accidente que interrumpe la monotonía de la planicie.

Diseminadas, como los numerosos individuos de una tribu nómada, han crecido allí esas palmas de gruesos troncos y mezquinos penachos que semejan á lo lejos figuras humanas, y que conoce todo el que ha viajado por el Interior.

Algunos garambullos se mezclan de vez en cuando entre las palmas, levantando perezosamente sus pencas en forma de dedos colosales; y granulan el terreno por todas partes tardas y ásperas biznagas, ofreciendo una gran alfombra de espinas; el mezquite de menudas hojas se hinca entre todos los *cactus*, como el lujo de vegetación de aquellos áridos terrenos.

Ningún riachuelo, ni una fuente, ni una cavidad húmeda ó sombría apaga la ardiente sed de aquella comarca, en donde el sol reverberante obliga al extraviado buey á buscar la mezquina sombra del tronco de una palma.

Algunos pájaros mudos cruzan á largas distancias sorprendidos por el viajero en medio de su triste soledad, y van á ocultar-

se amedrentados; y algún conejo que dormitaba, salta á vuestro paso y corre inútilmente más de lo que el miedo pudiera exigirle á un general.

Os parais á veces para convenceros de que realmente estais solo en el mundo, y encontráis no sé qué placer en que aquellas palmas no sean hombres aunque lo parezcan.

Esto, probablemente, pensaba un hombre que habiéndose apeado de su flaca cabalgadura había buscado, como los bueyes, la sombra de una palma.

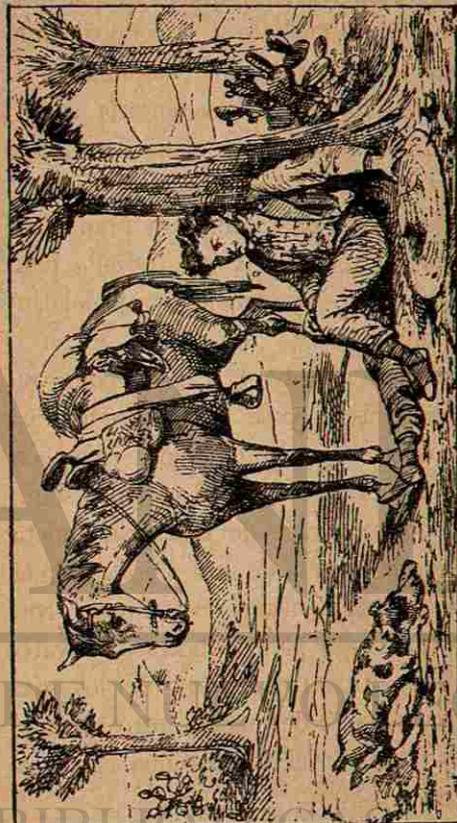
Era el tál un hombrecillo flaco, de indefinible edad; de esos seres en quienes el tiempo ha confundido al joven con el viejo sin pasar por el hombre.

En cuanto á su traje, debemos hacer notar varias particularidades. Llevaba unas albarcas de becerro amarillas, que no hubieran llamado la atención en Valencia ó en Aragón, pero en el Estado de San Luí Potosí aquel calzado era completamente exótico, máxime si á las albarcas se agrega-

ban unas medias azules, que se asomaban á pesar de un insuficiente y arrugado pantalón de coleta amarilla; una chaqueta negra, que había sido frac, mal encubría la pretina del pantalón amarillo, y dejaba ver toda la pechera de una camisa con golondrinas pintadas de trecho en trecho; un gran sombrero de petate nuevo y sin toquilla pero con barboquejo, completaba el traje del cansado caminante.

Su caballo colgaba la cabeza como en actitud de pastar; y se había sacudido ya dos ó tres veces haciendo un gran ruido con todo lo que el pobre animal cargaba sobre la silla, porque á más de una gran maleta hecha con la carpeta de una mesa redonda y de la que pendían aún un tompeate con dos botellas y un par de botines, llevaba por delante otros tres bultos, de los que uno era una cajita de madera, otro un morral con tunas y el tercero una calabaza con agua.

Pero más que hambre y sed, aquel extraño personaje revelaba fastidio y se re-



*Aquel extraño personaje revelaba fastidio....*

clinó indolentemente en el tronco de la palma, cerrando los ojos. Á poco rato se puso á hablar consigo mismo, y en seguida levantó la voz gradualmente exclamando:

Si oís contar de un náufrago la historia,  
Ya que en el mundo hasta el amor se olvida,  
Encontrará un sepulcro mi memoria?...  
—Aquí la guardaré toda mi vida....

—María! María! dijo en seguida y se entregó de nuevo á sus meditaciones.

Oyóse el andar de un caballo, luego un silbido y á poco llegó otro personaje, hombre maduro, de facciones toscas, afeitada la barba y voz vibrante.

—El de las albarcas no se inquietó por la llegada de su compañero, pues apenas abrió un ojo.

—Qué camino tan feo! dijo el recién venido, con una voz de padre maestro.

—Sí.

—Creo que no llegamos hoy á ese maldito pueblo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y todo por la bailarina, dijo el de las albarcas; no he visto mujer más melindrosa para caminar.

—Quita allá y no hables de esa bruja.

—Y luego para lo que sirve, para nada.

—¿Y vienen lejos?

—Y mucho; los burros tienen un paso que desespera.

—¿No te dije que haríamos bien en preferir estas sardinas? Mira, mi caballo se parece al de D. Quijote.

—Y el mío al de Artagnan.

—Pero siquiera son caballos.

Mientras llegan los compañeros, tenemos tiempo para decir algo acerca del hombre de las albarcas.

Este individuo se llamaba Pico; había sido militar; pero las decepciones que había recibido en el ministerio de la guerra, no menos que los percances de sus ensayos militares, lo habían afirmado en la resolución de abandonar la gloriosa carrera de las armas.

Después de leer su licencia absoluta, se había quedado pensando en el partido que

debía tomar, y contempló con cierto horror ese dédalo de dificultades con que lucha el pretendiente, el que necesita colocación y no tiene parientes entre los que mandan.

Pico estuvo reducido por algún tiempo á la condición de *bruja*.

Todos los habitantes de México conocen á los *brujas* poco más ó menos, como conocen las costumbres del perro callejero.

Los *brujas* no son más que perros sociales. El perro espera un hueso, el *bruja* espera una peseta. El perro husmea la carne, y el *bruja* las casas de juego.

El perro se echa en la viña por temor de los guardas: el *bruja* se echa en la casa de algún compadre, también por temor de los guardas. El perro siempre es perro, el *bruja* siempre es *bruja*; porque después de aceptar como destino definitivo el último peldaño de la escala social, el *bruja* muere echado allí, envuelto en sus harapos, á menos que de *bruja* pase á personaje de alta categoría; caso que no sorprendería á Mé-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTEREY, N.M.

xico, en donde, como en la viña del Señor, hay de todo.

Á Pico no le sonrió tan abiertamente la fortuna, pero contra todo lo que él mismo se esperaba, salió un día de entre los *brujas* rumbo al teatro.

Sin saber cómo, Pico desorientado llegó al teatro de Oriente: el boleterero había sido sargento de su compañía; circunstancia que hizo innecesario el boleto de entrada, de manera que Pico entró con su perro.

Pico tenía un amigo perro.

El perro se echó á sus piés y Pico comenzó á ver la comedia parado; pero cuál no fué su sorpresa, al ver al teniente Romero haciendo el papel de D. Juan Tenorio; era él, el mismo, no cabe duda, su voz, sus movimientos; era Romero; no obstante, preguntó á su vecino:

—¿Quién es este actor?

—Quién ha de ser, Del Campo, ¿no le ha visto V. hacer el Campanero de San Pablo?

—No, señor.

—¿Ni la Berlina del emigrado?

—No, tampoco.

—Hace furor.

—¡Ah!

—Del Campo, murmuraba Pico, y no obstante, es Romero; voy á desengañarme.

Pico entró al foro en el primer entreacto y preguntó por el joven que hacía á don Juan Tenorio.

—¡Pico! exclamó D. Juan.

—¡Romero! exclamó Pico. ¿Conque eres tú?

—Ya me ves.

—¿Te has cambiado el nombre?

—No, sino que soy Del Campo por mi madre, y Romero por mi padre.

—Y resultas Romero del Campo; y en el cuerpo no eras más que Romero.

—Sí, pero la carrera dramática exige que uno tenga un nombre poco común, para que no lo confundan con los mites; de manera que yo me firmo ahora, Gervasio M. Romero del Campo. Mira los programas.

—¿Y qué tal?

—Bien, chico, muy bien; estudio, me

mato, pero alcanzo gloria, soy la adoración del público.

—¿Y de pesetas?

—Soy el director de esta compañía.

—¡Hola! ¡hola! muy bien, cuanto me alelegro!

Pico se alegraba entristeciéndose.

—¿Y tú? le preguntó Romero.

—Yo, hijo, ya me vés; dado al diablo.

—Tu mala cabeza.

—No, mi mala suerte; no tengo recurso.

—¿Cómo no? el teatro.

—Gervasio! gritó una voz argentina en el cuarto inmediato.

—Voy, madre, dijo D. Juan Tenerio, agachándose para no maltratar la pluma de su sombrero. Siéntate, Pico.

Pico se sentó y oyó lo que pasaba en el cuarto inmediato.

—¿Qué me quieres, mi vida? preguntó Romero.

—Que me veas, contestó la dama.

—Estás admirablemente.

—No es eso, mírame bien; estoy verde.

—¿Por qué?

—Tengo derrame de bilis, y si no echas á la característica no trabajo.

¡Ave María! dijo Romero.

—¡Señor! ¡señor! gritó el segundo apunte, metiéndose al cuarto; el público se impacienta.

—¿Están todos?

—Ya están.

—¿Y la escena?

—Puede usted pasar á verla.

—Vamos. Prevenidos, dijo Romero, ¡fuera de la escena!

—Fuera de la escena, repitieron muchas voces, y comenzaron los curiosos á agazaparse detrás de los bastidores y á disputarse lugar en el primer esconce del proscenio.

Desde aquella tarde Pico perteneció á la compañía, en calidad de segundo apuntador, y al cabo de algunos años es cuando lo hemos visto en el camino, con albarcas amarillas y medias azules.

Volvamos, pues, al lugar donde lo dejamos sombreándose, y ya tendremos ocasión de

conocer más íntimamente la historia de sus progresos en el arte dramático.

La persona con quien hablaba Pico, era el barba de la compañía, el galán central, el empresario, formador, el director y pintor escenógrafo de la compañía; era el artista mexicano Gervasio M. Romero del Campo, ex-teniente del cuerpo de Pico, y por lo visto hombre de no pocas campanillas.

Romero había asaltado el proscenio, sin más caudal que su audacia y sin más antecedentes que su supina ignorancia en materias literarias; pero las dotes que le habían valido su elevación, eran su verbosidad y su astucia.

Romero, sin embargo, no carecía de inteligencia, era suspicaz y sabía explotar á los que le rodeaban; sabía sacar partido de las situaciones y arreglar sus asuntos siempre de una manera ventajosa; había recorrido media república y á la sazón venía contratado por los vecinos de Santa María del Río, para dar seis funciones en los días de las fiestas.

Habría pasado media hora cuando empezó á acercarse á Romero y á Pico el resto de la caravana.

Esta consistía en otras seis personas pertenecientes á la compañía, todas ellas cabalgando en burros, y otros ocho burros más, cargados con los equipajes; de manera que eran ocho personas de la compañía, cuatro arrieros y diez y seis cabalgaduras. Venía sobre una burra la dama joven abriendo la marcha; á su lado el galán que era un muchacho de veintidos años; después la característica cuidada inmediatamente por el segundo galán; después la pareja de baile y en seguida los equipajes.

Era aquél un conjunto de los más grotescos; á las señoras casi no se les veía la cara, pues la traían muy cubierta con pañuelos blancos ó bufandas, sobre los que se habían puesto grandes sombreros de palma.

Al reunirse la comitiva con Romero y con Pico, detuvieron la marcha é hicieron un pequeño descanso.

La dama joven se desembarazó de sus

envolturas y pudo notarse que bajo aquel disfraz grotesco, se ocultaba una mujer verdaderamente hermosa. Era una joven sonrosada, de magníficos ojos negros, de lánguidas miradas, boca fresca y lijeramente entrecierrada, sin duda para exhibir una dentadura blanquísima como una sarta de margaritas.

Romero la ayudó á apear, y Pico devoró, con una mirada de lobo hambriento, unos piés calzados con botines blancos bordados de oro; calzado poco á propósito en aquellas alturas, pero que no era de extrañarse entre personas de teatro destinadas á sufrir incesantes transformaciones, no siempre adecuadas á la situación.

La mirada de Pico fué una oda á los piés de la dama joven; oda de que Romero no debía jamás apercibirse.

La bailarina saltó de su burro con suma destreza, y á poco rato la compañía íntegra descansaba á la mezquina sombra de las palmas, mientras los burreros se ocupaban de arreglar la voluminosa carga soportada por los sufridos y perseverantes asnos.



## CAPÍTULO II.

### ENTRADA DE LA COMPAÑÍA DRAMÁTICA, AL PUEBLO DE SANTA MARÍA DEL RÍO.

**P**OR fin, á la vista de los viajeros apareció á lo lejos una faja horizontal, como un chal verde salpicado de manchas blancas; un chal tendido al sol, á la falda de unas montañas amarillas y agrietadas: aquello era Santa María del Río. Santa María la frugívora, la perezosa, que nació en 1540 para la corona de España. La dió á luz Fray Diego de la Magdalena, fraile español doctrinero y conquis-

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Fecha 1925

envolturas y pudo notarse que bajo aquel disfraz grotesco, se ocultaba una mujer verdaderamente hermosa. Era una joven sonrosada, de magníficos ojos negros, de lánguidas miradas, boca fresca y lijeramente entrecierrada, sin duda para exhibir una dentadura blanquísima como una sarta de margaritas.

Romero la ayudó á apearse, y Pico devoró, con una mirada de lobo hambriento, unos piés calzados con botines blancos bordados de oro; calzado poco á propósito en aquellas alturas, pero que no era de extrañarse entre personas de teatro destinadas á sufrir incesantes transformaciones, no siempre adecuadas á la situación.

La mirada de Pico fué una oda á los piés de la dama joven; oda de que Romero no debía jamás apercibirse.

La bailarina saltó de su burro con suma destreza, y á poco rato la compañía íntegra descansaba á la mezquina sombra de las palmas, mientras los burreros se ocupaban de arreglar la voluminosa carga soportada por los sufridos y perseverantes asnos.



## CAPÍTULO II.

### ENTRADA DE LA COMPAÑÍA DRAMÁTICA, AL PUEBLO DE SANTA MARÍA DEL RÍO.

**P**OR fin, á la vista de los viajeros apareció á lo lejos una faja horizontal, como un chal verde salpicado de manchas blancas; un chal tendido al sol, á la falda de unas montañas amarillas y agrietadas: aquello era Santa María del Río. Santa María la frugívora, la perezosa, que nació en 1540 para la corona de España. La dió á luz Fray Diego de la Magdalena, fraile español doctrinero y conquis-

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1965

tador, por cuenta y para honra y gloria de S. M. el Rey: fueron padrinos de Santa María los caciques Juan de Santa María, Pedro de Granada y Alonso de Guzmán.

Santa María dió á conocer á la compañía dramática primero el motivo de su apellido que el de su nombre de pila: quiere decir, ofreció á las diez y seis bestias supletorias de la ambulante comiquería, un baño de patas en su famoso río.

Pico preguntó lo que pregunta todo el que llega á Santa María del Río.

—¿Por dónde está el puente?

—Santa María, le contestó Romero, por no cambiar de nombre, según creo, ha preferido no tener puente.

—¿No hay puente?

—No, con el río le basta; los puentes son caros, y Santa María es pobre.

—¿Y cuando el río crece?

—El pueblo se declara en estado de sitio y los de la otra banda esperan á que el agua tenga la bondad de dejarles vado.

Pico miraba con una fijeza extraña la

formalidad de Romero, quien en su caracter de artista nacional y director, formador y empresario y pintor escenógrafo de una compañía dramática, había optado por parecer siempre circunspecto.

Á pesar de esto, Pico preguntó por el mesón.

—Tampoco hay mesón.

—¿No?

—Los vecinos de este pueblo son muy amables y hospedan al que pasa.

—¿Sabes que me va simpatizando Santa María del Río?

—Mira, aquí vienen á recibimos, dijo Romero.

En efecto, venían cuatro ginetes al encuentro de la compañía; después de estos ginetes y á cierta distancia venían hasta veinte personas más.

Se adelantó un ginete hacia Romero.

—¿Usted es el señor Romero del Campo?

—Servidor.

—¡Ah! cuanto me alegro; hemos estado esperando á ustedes desde ayer.

—Sí, señor; debíamos haber llegado; pero se nos enfermó la bailarina.

—¡Ah! ¿con que viene bailarina?

—Sí, señor.

—Viene bailarina!

—Viene bailarina! fueron diciendo alternativamente los otros ginetes, viéndose unos á otros.

—Pues ya saben ustedes, señores, dijo el primer ginete dirigiéndose al grupo de la compañía que había ido juntándose; ya saben ustedes que vienen á un pueblo pobre, pero procuraremos que nada les falte y se hará todo lo que se pueda.

—Es un bonito pueblo, dijo Romero, por cuenta de la hospitalidad.

—Favor que ustedes le hacen, contestó el ginete con una sonrisa patriótica.

Este señor que recibía á la compañía, se llamaba D. Pepe: era propietario, labrador, licenciado bajo su palabra, miembro del ayuntamiento, de la junta patriótica, de la junta de instrucción pública, apoderado de Huachichiles, representante de menores,

curador *ad litem* y *ad bonam* de unas niñas que no tenían papá, albacea de unas señoras que fueron ricas; agente electoral, empresario de las funciones de toros y de teatro, jugador de gallos y tan conocedor de la raza fina y del espolón, como de la carta que había de venir infaliblemente después de una sota y dos treses. Á D. Pepe no lo robaban nunca, lo conocían en todas las haciendas, en todos los ranchos y en todos los pueblos en cincuenta leguas á la redonda. D. Pepe asumía las investiduras de administrador de correos, agente de periódicos y el de comisionado especial, en varios asuntos.

Tal era D. Pepe García.

En cada pueblo hay un D. Pepe García.

Santa María, como todos los demás, debía tener su cacique. (1)

D. Pepe García alojó á la compañía dramática en una gran casa desmantelada, y

(1) No alude el autor á persona determinada presenta un tipo que existe, y habla de un pueblo que ha visto.

entabló largas pláticas con Romero, á quien desde luego puso en posesión de la casa de la alhóndiga, que era el corral más á propósito para teatro.

Los ocho burros de la compañía venían cargando desde las pelucas hasta los telones, el repertorio, el guarda ropa y las vistas; de manera que muy pronto se improvisó un teatro.

Mientras la compañía tomaba posesión de la casa, que por lo pronto prestaba todas las comodidades apetecibles, Pico, cuyo equipaje era el más modesto, no tardó en encontrarse alojado á sus anchuras en una pieza amplia, aunque no muy bien ventilada.

Pico era naturalmente retraído y gustaba de la soledad; de manera que lejos de inquietarlo el bullicio de la plaza y la animación de la fiesta, se puso á pasear á lo largo de su habitación, recordando probablemente los botines blancos de la primera dama.

El perro de Pico se había echado en un rincón; Pico procuró á poco darle mejor

ventilación á su pieza y abrió, aunque con trabajo una ventana. Estaba á la vista de Pico un patio lóbrego é inmundado.

Al ruido que hizo Pico abriendo la ventana, apareció en aquel patio un enorme perro amarillo y con collar, que indicaba su calidad de guardián feroz.

El perro gruñó y tomó una actitud amenazante al ver asomar á Pico por la ventana, y el perro de Pico, que se llamaba Alí, se puso á ladrar furiosamente.

Aquella música canina cuadraba poco á la tranquilidad que buscaba Pico. Alí se había colocado ya sobre el borde de la ventana, y esto, contra todo lo que Pico se esperaba, lejos de enardecer al formidable guardián del patio oscuro, lo apaciguó.

La ventana no tenía reja y Alí se puso de un salto en el patio. Pico temió una contienda en la que Alí no saldría el mejor parado, pero su sorpresa subió de punto al ver que su querido Alí había encontrado un amigo en el prisionero.

Alí era un perro simpático, y no en vano

Pico lo consideraba como un verdadero amigo, si bien para los amantes de los perros de raza Alí no tenía ningún atractivo.

Por lo pronto le había proporcionado á su amo la ventaja de poder abrir la ventana sin que el guardián celoso lo aturdiera con sus formidables ladridos.

— ¡Pobre animal! dijo Pico: condenado á reclusión perpétua, por medio del aislamiento lograrán formar de él un perro intratable. Con razón ha recibido con afecto á mi Alí tan festejoso y tan comunicativo. Hé aquí que para sancionar su amistad, les vendría muy bien á esos nuevos amigos un *lonche*. Sí, este es un pensamiento muy justo: le anticiparé á Alí una ración de carne, para que pueda obsequiar á su compañero.

Pico sacó de sus maletas dos trozos de carne y se los arrojó á los perros que retozaban amigablemente.

Alí no fué el primero en tomar el suyo, y se hubiera creído al verlo que sabía hacer

los honores de anfitrión, pues no tomó su parte sinó cuando el gran perro se había echado ya á comer la suya.

Pico contemplaba muy satisfecho aquel banquete, cuando acertó á levantar la cabeza y se fijó en otra ventana que estaba frente á él, y que se había entreabierto.

Le pareció ver que una cabeza se asomaba; pero la obscuridad del patio no permitía ver, si en la línea negra que proyectaban las dos puertas de la ventana había algo más; un momento después la línea negra se hizo más perceptible, y efectivamente, se destacó una cabeza; pero era una cabeza de mujer.

Pico hizo un movimiento de sorpresa, y entonces la cabeza se asomó completamente; no cabía duda: era una mujer que deseaba ser vista, y lo que es más, que exigía la reserva, porque tenía el índice de la mano derecha sobre los labios, pidiéndole á Pico silencio.

Pico se encaramó en la ventana y vió entonces que la mano que le pedía silencio,

le pedía que se detuviera, mostrándole en seguida al perro guardián.

—Ah! pensó Pico, este perro tenía un encargo de confianza; realmente guarda algo ¡cosa más rara! Esa señora está presa, guardada por el perro, y se dirige á mí..... aquí hay un gran misterio: creo que me pide que la ampare; pero si ese formidable mastín sabe su oficio me despedaza sin remedio. Si pudiera yo bajar.... veámos qué cara me pone el centinela.

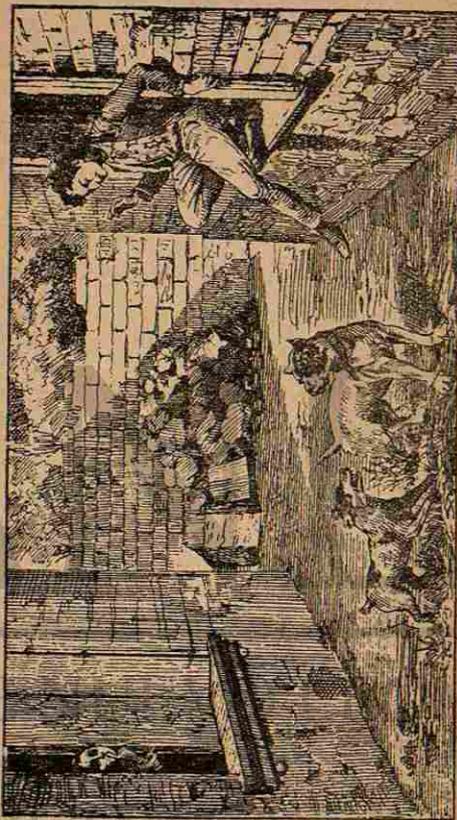
Y diciendo esto echó fuera del borde de la ventana una pierna.

—El guardián no se inquieta con mi pierna; bajemos la otra.

Y así lo hizo.

Allí se levantó y se puso á hacerle fiestas á su amo. El perro grande lo observaba todo con calma.

La dama de la ventana de enfrente había abierto las puertas completamente, y observaba también con el mayor interés los movimientos de su guardián, al que Pico se atrevió á llamar sonándole los dedos.



El guardián no se inquieta con mi pierna; bajemos la otra.

El perro se levantó, y vino lentamente hacia la ventana; olió las albarcas de Pico y levantó la cabeza.

—En su mirada, dijo Pico, no hay encono; si este perro fuera tan agradecido como el mío, estoy seguro que no olvidaría la buena ración de carne que acabo de regalarle, y este pequeño servicio me lo pagaría al menos con respetar mis pantorrillas, que me temblarían en este momento á no tenerlas colgando.

El perro movió la cola en señal de paz, y esto inspiró á Pico nueva confianza, y poco á poco fué estirándose hasta poner los pies en tierra.

Alí festejó la bajada de su amo haciendo nuevas demostraciones de regocijo á su nuevo amigo, emprendiendo desde aquel momento una verdadera lucha en la que Alí se dejaba atacar unas veces, y otras se escabullía jugando para ser perseguido.

La dama misteriosa esperaba, abriendo la ventana y haciendo señas á Pico para que se acercara.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pico aprovechando un momento propicio en el juego de los perros, atravesó el patio. De un salto subió á la ventana, que era todavía más baja que la suya, y se encontró en la habitación de la dama misteriosa.

—Pido á V. perdón por lo que acabo de hacer; pero por extraña que parezca á usted mi conducta, le ruego no me juzgue desfavorablemente; pues me encuentro en una situación excepcional.

Pico manifestaba en sus ademanes la mayor perplejidad y aún hacía vagar sus miradas en varias direcciones como temeroso y desconfiado.

—En todo caso, continuó la dama misteriosa, deseo asegurarme si no me he equivocado al elegir á usted como protector?

—¡Protector! repitió Pico, yó....!

—Sí, de una mujer desgraciada.

—¿Y qué puedo yo hacer por usted, señorita? preguntó Pico fijándose más en su interlocutora, y viéndose en seguida sus pantalones amarillos y sus albarcas, como para indicar con este movimiento que su

equipaje revelaba al antiguo *bruja*:—¿qué puedo hacer yó, qué....?

—Lo que siempre será dado hacer á un caballero por una mujer que sufre, por una mujer que le pide socorro acogiéndose á su caballerosidad.

Pico se sintió lisonjeado y tomó una actitud más reposada.

—Siéntese usted, dijo la dama indicándole una silla.

—Esta señora la lleva larga, pensó Pico; en todo caso oigamos, que en esto nada se pierde.

—Insisto en preguntar á usted, continuó la desconocida, si me es dado contar con la discreción de usted.

—Y con todo, interrumpió Pico, procurando acortar digresiones.

—Está usted de prisa?

—No lo decía por eso; puede comenzar su narración, que todo será oídos.

—Mil gracias.

Hubo una lijera pausa.

—Estoy presa, dijo de pronto la dama; llevo dos meses y medio de no ver á nadie,

de vivir entre estas cuatro paredes, condenada á un tormento cuyos detalles sería muy largo referir; bástele á usted saber que soy una de tantas víctimas de la revolución.

—Malo! pensó Pico.

—Una noche.... estaba yo en el seno de mi familia y ni remotamente pensaba que aquellas dulces horas de tranquilidad y de bienestar habían de ser las precursoras de mis tormentos. No habían dado las once de la noche cuando sentí un ruido formidable en toda la casa; los perros se deshacían ladrando furiosos, y á poco rato resonaron algunos tiros. Á pesar del espanto, que me había embargado la voz y la acción por un momento, salí de mi habitación para ponerme en comunicación con mi familia y averiguar lo que pasaba; anduve por varias piezas y por todas partes salían gritos espantosos, blasfemias, ayes y quejidos, detonaciones y rumores extraños. No me podía dar cuenta de lo que estaba pasando: á poco me desmayé y me sentí asida por robustos

brazos que me levantaban del suelo; entonces mezclé mis gritos á los mil ruidos que en aquellos momentos atronaban la casa; pero á pesar de todo me conducían sin que yo lo pudiera evitar; notando que me llevaban al interior de la casa: logré asirme de los fierros de una ventana, y cerré tan fuertemente las manos que mi conductor no pudo separarme: mis gritos hubieran podido oírse á gran distancia, pero nada me valía; yo no veía á ninguno de los míos, antes bien llegó bien pronto otro hombre que ayudó á mi raptor á arrancarme de la reja maltratándome horriblemente. Entonces me sentí acometida por un acceso de furor, y sintiendo unas fuerzas de que yo misma me sorprendí después, pude separarme de los que me conducían; pero este supremo esfuerzo de mi separación agotó todas mis fuerzas y caí sin sentido.

—Volví en mí al cabo de yo no sé qué tiempo, y me sentí conducida á caballo, atada y nó en los brazos de un hombre; pretendí gritar de nuevo, pero una tosca

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1025 MONTERREY, N.M.

36213

mano me cerró la boca, y después me pusieron un pañuelo en forma de mordaza.

—No puedo calcular el tiempo que caminamos así; pero al rayar la aurora caminábamos todavía. Cada vez que pretendía luchar con mi raptor, ya en medio de accesos de cólera, ya deshecha en lágrimas, recojía por única respuesta un desprecio profundo, y volvían á transcurrir lentas horas de martirio.

—No sé cómo pasé á poder de un hombre que se decía mi salvador. Estaba yo en una cueva y de allí, creyendo ser conducida á mi casa, me trajeron á este cuarto, donde he permanecido más de dos meses.

—Mi perseguidor y mi verdugo es un hombre odioso, despreciado por mí toda mi vida, y para quien será insuficiente toda la indignación, todo el odio que puede haber en mi corazón para execrarlo eternamente; él es poderoso y conozco que estoy rodeada de personas que le son adictas, porque este hombre ejerce grande influencia en estos lugares.

—Me rescató de mis raptos; pero para encarcelarme en este cuarto, para exigir que lo ame.

—He estado esperando día por día y hora por hora una circunstancia favorable para mi evasión, y hasta hoy se me presenta en V., á cuya nobleza, á cuya honradez apelo para salir de esta espantosa situación.

Pico había oído, sin despreciar un acento, una á una de las palabras de la joven misteriosa, y estaba á la vez temiendo la conclusión de aquel relato que forzosamente iba á poner á Pico en una situación más y más comprometida.

Pico se había oído llamar, por primera vez en su vida, noble, honrado y caballero; y todo esto en medio de un arranque fervoroso, por parte de una señorita que, bien vista, empezaba á parecerle á Pico tan hermosa como desgraciada.

Pico haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se decidió á hablar y lo hizo de este modo: —Señorita, yo soy muy pobre, ya me vé V., me veo precisado á usar prendas de la

guardarropía, porque me han robado tres veces y por mucho que un hombre tenga caminando, al tercer robo tiene que apelar á los recursos del arte; yo soy el apuntador, y otras cosas más, de una compañía dramática, de la compañía que dirige el gran actor mexicano Gervasio Miguel Romero del Campo; andamos expedicionando para no privar al Interior de un cuadro como pocas veces se verá por estas tierras; y con respecto al porvenir, veo con franqueza, que todo puede ser color de rosa, pero en cuanto al presente, señorita, me veo precisado á confesar á V. que carezco absolutamente de recursos; no obstante, aquí está mi brazo, y así como he podido tomar del guardarropa por cuenta de mi sueldo estas albarcas y estas medias azules, porque el director es mi amigo y casi mi hermano, podré tomar también una tizona, quiero decir, una buena espada española de las del traje de chambergo y constituirme en su galán joven, (porque yo soy joven todavía), en su paladín, porque yo, señorita, he sido militar; de manera que

V. dispone lo que se ha de hacer y desde luego me pongo á sus órdenes; porque mi padre, militar también y que fué muy alegre, me decía siempre que no desperdiciara la ocasión de amparar una doncella. No es V. casada, por supuesto, señorita?

—No, señor, dijo la joven.

—Y su nombre de V?... usted debe tener un nombre muy bonito; y oiga V.; qué bien estaría V. de dama joven! conque su nombre de V?

—Llámeme V. Isolina.

—¿No lo dije? es un nombre magnífico para las tablas, V. haría carrera; y si la fortuna me ayuda para sacarla á V. de su cautiverio, el arte dramático se congratulará mañana conmigo, de haber encontrado oculta, como los diamantes, una notabilidad artística.

—Gracias, dijo Isolina prodigándole á Pico una graciosa sonrisa.

—Ahí tiene V. una sonrisa verdaderamente dramática; una sonrisa de éxito, como llamamos nosotros los actores; yo he he-

cho mis papeles, qué quiere V! una vez lanzado á la carrera, es necesario saber de todo.

—Pues yo me conformo con que por ahora haga V. el papel de mi salvador.

—Eso me gusta, y confesaré á V. que la aventura comienza á tener para mí un encanto que al principio no le conocía. Yo no sé si será por el respeto que me infundía ese terrible perro amarillo, probablemente destinado á no dejar atravesar este patio á alma nacida.

—Ha acertado V.; León tiene ese oficio y lo ejerce con la lealtad propia de un perro y con la ferocidad propia de su dueño.

—Pero mi Alí,—le presento á V. á mi Alí,—es un perro feo, no lo puedo negar, pero es mi amigo y le debo muchos favores, entre otros el que haya entretenido al León, á quien probablemente le habrá hecho ya de mi persona los debidos elogios, y por eso me ve ya como si todos tres fuésemos amigos viejos.

—En caso, agregó Pico, V. manda y yo obedezco.

—¿Me lo permite usted?

—Sí, señorita.

—¿Mando?

—Decididamente.

—Pues no abusaré de mis facultades, simplemente me limito á suplicar.

—¿Qué me suplica usted?

—La mayor reserva.

—¡Ah! sí, por supuesto

—¿Y encontrará usted la manera facil de sustraerme de mi verdugo?

—Inventaremos algo conveniente; creo que esto será facil, especialmente por parte de usted que, según lo que he podido notar, tiene usted mucho talento.

Isolina prodigó á Pico una segunda sonrisa dramática, de no menos éxito que la anterior.

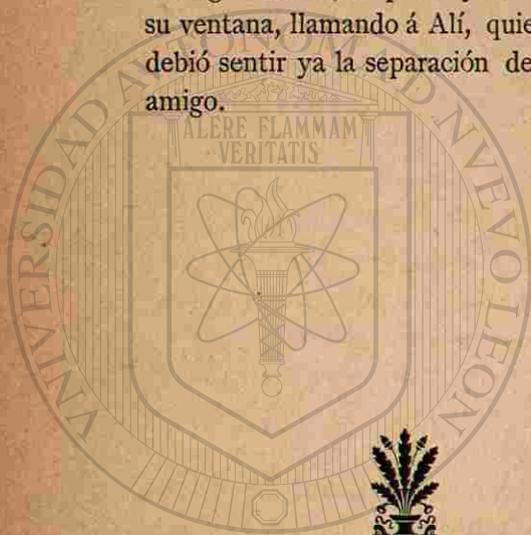
Pico se separó de Isolina, ofreciéndole conferenciar con ella sobre los proyectos de evasión, siempre que al León no se le antojara, por una humorada de rey, muy propia de perros bravos, no dejarlo pasar tan facilmente como lo acababa de hacer.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

1925 MONTEBET, BUENOS AIRES

Convinieron en la hora y contraseñas de la segunda entrevista y Pico atravesó, no sin algún temor, el patio y se encaramó á su ventana, llamando á Alí, quien á su vez debió sentir ya la separación de su nuevo amigo.

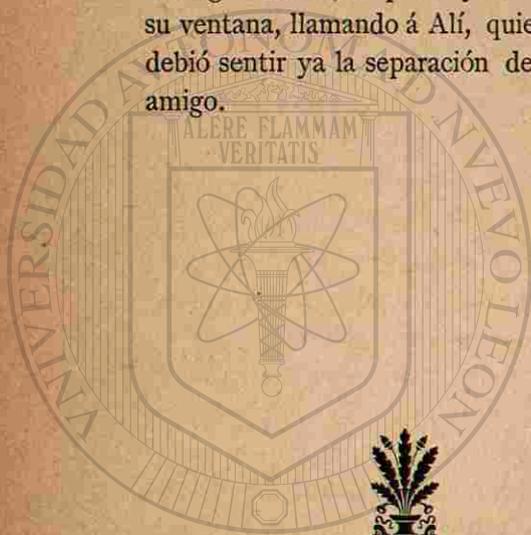


### CAPÍTULO III.

EN EL CUAL SE DAN MÁS NOTICIAS  
DE D. PEPE GARCÍA Y DE OTRAS VARIAS  
ATROCIDADES.

**D**ESDE que se iniciaron las fiestas en Santa María del Río, D. Pepe García tenía un quehacer extraordinario: él dirigió la formación de la plaza de toros, que consistía en un gran cuadrado formado con vigas; él distribuyó las localidades, él mandó por el ganado, ajustó la cuadrilla de toreros, é hizo todos los pagos, como recaudador y tesorero de la junta

Convinieron en la hora y contraseñas de la segunda entrevista y Pico atravesó, no sin algún temor, el patio y se encaramó á su ventana, llamando á Alí, quien á su vez debió sentir ya la separación de su nuevo amigo.



### CAPÍTULO III.

EN EL CUAL SE DAN MÁS NOTICIAS  
DE D. PEPE GARCÍA Y DE OTRAS VARIAS  
ATROCIDADES.

**D**ESDE que se iniciaron las fiestas en Santa María del Río, D. Pepe García tenía un quehacer extraordinario: él dirigió la formación de la plaza de toros, que consistía en un gran cuadrado formado con vigas; él distribuyó las localidades, él mandó por el ganado, ajustó la cuadrilla de toreros, é hizo todos los pagos, como recaudador y tesorero de la junta

instalada con objeto de celebrar la fiesta anual.

No había familia del pueblo que no conociera á D. Pepe García, y á él se ocurría en todas las dificultades y en todos los tropezos.

D. Pepe no era casado, y lo que se podía llamar su familia lo representaba dividida en diputaciones en varias casas del pueblo.

Las señoras H..... recibían de él una pensión: el jovencito L..... recibía un semanario y estaba estudiando en un colegio de San Luis Potosí: la tienda del Águila Mexicana estaba intervenida por D. Pepe, representante de unos acreedores. Á estas serias y ostensibles intervenciones había que agregar otras, que se comentaban bajando la voz; como por ejemplo: si el lujo de de las N... no tenía otra procedencia que los regalos de D. Pepe, y si el marido de *la Chata* tenía buenos caballos y otras cosas sin tener destino, y todo por la buena amistad que tenía con D. Pepe; ó bien se mur-

muraba con la reserva y mesura de la murmuración en confianza, de si el pueblo no se libraría, en toda la vida, de su juez letrado que tantas lágrimas había hecho derramar á muchas infelices, mientras D. Pepe estuviera en el pueblo, porque como eran compadres y llevaban tan buena armonía, no había esperanza.

Decíase también, que el Ayuntamiento era obra exclusiva de D. Pepe, porque allí estaban Regino el huérfano y el hermano de la tiñosa, (que nadie sabía cómo podía gustarle á D. Pepe); y los dos Pedros, de quienes se sabían bien los antecedentes, el otro con causa pendiente, y dos sobrinos del mismo D. Pepe, los Garcías, complicados en el negocio aquel del juzgado 1.º

En la junta de instrucción no se hacía más que lo que D. Pepe quería que se hiciera; al grado de que habiéndose opuesto muchos vecinos en la cuestión de la enseñanza del Catecismo del padre Ripalda, ganó D. Pepe, y era muy natural, porque allí están su suegro y los dueños del terre-

no de las huertas, el marido de la Chata y dos compadres suyos.

—Si es el puente, decía un vecino, por más que se diga, á D. Pepe se debe que no se haya seguido, por aquella cuestión con los huachichiles, pues aunque él diga lo contrario todos sabemos como estuvo el negocio.

—¿Y dónde me deja V. el negocio criminal del otro día? decía un leguleyo. Figúrese V. un asesinato perpetrado con premeditación, con ventaja y alevosía, estando contestes los testigos, estando la razón por parte del occiso, quedando una familia á un pan pedir, y ahí tienen ustedes al asesino paseándose.

—¿Cómo? *el Pelón* anda libre?

—Vaya, sobre que es el que está poniendo el teatro!

—Estará bajo de fianza.

—Yo no sé, pero ahí tienen ustedes al Pelón.

—¿Qué escándalo!

—Si le digo á V., compadre, decía el le-

guleyo, que lo que vemos en los pueblos es para taparse los oídos; yo he querido ir á México y ver á esos señores ilustrados que escriben en los periódicos, para contarles lo que aquí pasa.

—No conseguiría V. nada; y si no, ya ve V. lo que sucedió con aquella representación tan justa, acerca del agua. Nos hicieron gastar el dinero, costó más de doscientos pesos entre mozos que fueran á San Luís, y la impresión de los cuadernos y la representación, los comunicados y todo lo demás; y cuál fué el resultado? que como se atacaban los intereses de D. Pepe, y ya fallado el asunto, todo se ha vuelto á quedar en tal estado; y ahí lo tiene V. usando del agua con perjuicio de toda la población.

—Y sobre todo, siendo rémora para una mejora que reclaman el adelanto del pueblo y los legítimos intereses de sus habitantes.

—En todo es así! exclamó el interlocutor del leguleyo, que era un personaje ma-

gro envuelto en grasientas ropas y arrebu-  
jado en un capote; ya lo ve V., en cuanto á  
moralidad.....

—¡Ah! no me diga V., no me diga usted,  
sí ¡la moralidad no la conoce D. Pepe ni  
por el forro!

—¿Ya sabe V. lo de Gualupita?

—Como lo de la hija de mi comadre Te-  
resa.

—Sí, hombre.

—¿Pues qué, ya?

—Hum! si ya eso es viejo.

—Con que al fin.....

—Lo sé, porque el novio ya se fué.

—¡Pobre hombre! y qué.....

—Yo no sé, pero á D.<sup>a</sup> Teresa le están  
pasando doce reales diarios desde ese día.

—Jesús.....! pues es el colmo de.....  
la..... de..... Jesús, hombre!

—Si le digo á V. que el tal D. Pepe.... y  
ahí lo tiene V. muy amigo del señor cura...

—Eso sí, si quiere V. un empeño para el  
señor cura, ahí está D. Pepe. El señor cura  
es capaz de dejarse caer del campanario

por D. Pepe García. Nada menos que en  
lo de la función.....

—Sí?

—Vaya. Pues cuando quería el señor  
cura que viniera el vicario aquel.....

—El padre D. Librado?

—El mismo.....

—Y qué?

—Que D. Pepe metió la mano y á pesar  
de la enemistad que existe entre el señor  
cura y el padre D. Librado..... ahí los  
tiene V. juntos celebrando la misa de tres  
padres, como si tal cosa.

—El padre D. Librado es el de la epístola?

—El mismo.

—Con razón lo quería yo conocer, pero no  
podía yo figurarme que después de lo que pa-  
só, volviera el padre D. Librado á Sta. María.

—D. Pepe..... en todo D. Pepe, y ya  
verá V. lo que está sucediendo en el teatro,  
lo que en los toros. Lo primero que ha he-  
cho D. Pepe ha sido mandar poner las si-  
llas de las H..... en primer término.

—Y las de ca doña Teresa?

—También están juntas.

—Con que la Gualupita va á estar junto á las H.....?

—Vaya! con que hasta Margarita.....

¿Se acuerda V. de la *gata* de las Gaxiolas?

*Gata* es el nombre con que distinguen á las criadas jóvenes.

—Quién, aquella indita?

—La misma, la de los ojos grandes. Pues ya está con la madre; ya no está sirviendo, y si la viera V. no la conocería. Llevaba unas enaguas de lana, de corte, de esas que tienen flores, y cenefas grandes, y un rebozo de pura seda de á 25 pesos, y zapatos aplomados.

—Mariquita?

—Mariquita.

—Pero hombre.....

—D. Pepe.

—D. Pepe?

—No lo conoce V.; si es capaz de vestir una monja. Pues bien, la Mariquita, quien por supuesto ya es doña Mariquita, va esta noche á la comedia y ya la verá V. sentar-

se junto á Gualupita y las H..... y toda la plana mayor de D. Pepe.

—Y la madre?

—La pobre está muy contenta; ya sabe usted que estas gentes dicen que vale más buen acomodo que mal casamiento, y como hasta muebles tiene ya.....

—Viven por la huerta?

—Sí, donde siempre.

—Con razón la otra noche como á las nueve, me pareció ver á D. Pepe á pié y solo por allí; iba con su plaid colorado y su sombrero bordado de plata.

—Seguro que venía de allá.

—Yo temo que el día menos pensado se arme una.....

—No lo crea usted, si D. Pepe los tiene dominados, y como es tan vivo! porque eso sí, D. Pepe no tiene un pelo de tonto.

Todo esto no era más que un soplo lijero del aura popular en que vivía D. Pepe García. Este es el cacicazgo y éstas son, con variantes más ó menos sustanciales, las costumbres de esos señores de pueblo que

lo son todo; señores para quienes no hay leyes ni costumbres, para quienes no hay sociedad ni vínculos, para quienes se hicieron los pueblos, sus comodidades y sus habitantes.

Viven convirtiéndolo todo en provecho propio, aglomerando elementos de todo género para formarse el pedestal de su grandeza, y al través de las aspiraciones y la reforma social, á pesar del espíritu de progreso y de la sabiduría de nuestras instituciones liberales, el cacique vive en los pueblos practicando un feudalismo jesuítico, y explotando la ignorancia de los que lo rodean; convirtiendo la miseria de los demás en agente de sus aspiraciones, el patrimonio ajeno en tributario de sus pingües rentas; todo lo domina, todo lo invade, todo lo explota; en cada aventura galante cría una raíz perniciosa de inmoralidad en la que procura envolver á los que pudieran perjudicarlo, emparenta con sus enemigos, y único y absoluto, no tolera entidades que puedan ponerse frente á sus intereses y á sus miras.

Si un hombre ilustrado é independiente se para frente al cacique y equiparando su poder moral, su instrucción y sus buenos deseos con las prendas de D. Pepe García comienza á hacerse oír y á rodearse de prosélitos y de descontentos aislados, el cacique estudia un golpe, asesta una difamación, sume al contrincante en un negocio oscuro, le tiende una red, lo envuelve, lo fastidia, lo acosa, lo perjudica, y lo mata ó lo saca del pueblo.

El cacique es el castor de las poblaciones; fabrica sus casas y se procria: cuenta numerosas víctimas en el bello sexo, porque las mujeres no son para él, en todo caso, más que los castores hembras, productoras de castorcitos y consumidoras de las frutas del castor padre.

Si un cacique llega á ver algún día reunidos á sus hijos, se deja besar la mano por el diputado que vuelve al pueblo en el receso de las sesiones, por el peón de la hacienda, por la criada de N., por la mujer del magistrado, por el coronel guerrillero, por

el héroe de una jornada y por el desgraciado que está en capilla como ladrón de camino real cogido infraganti.

El cacique se reproduce en la milpa y en el foro, en la política y en el crimen; pero no forma familia, ni raza, ni hogar. Suele el cacique llegar á ser gobernador de Estado, suele ser diputado y revolucionario; pero por excepción: generalmente el cacique, por grandes que sean sus aspiraciones, transige abiertamente con el atraso de su pueblo, con las preocupaciones de todos, con la incuria y con la pobreza de su hogar; porque todas estas nulidades son su patrimonio: el atraso es su apoyo, la ignorancia su tolo, su superioridad es su garantía y su sostén, y se conforma con ser el número uno entre muchos ceros.

D. Pepe García tenía entre todos sus asuntos uno que era el que más le preocupaba, el más reciente, é indudablemente, uno de los que más le habían conmovido en su vida.

Pondremos al lector al tanto de los pormenores de este asunto, que también por

nuestra parte consideramos más ligado á la historia de nuestra heroína.

Ya hemos manifestado en otras ocasiones que no somos afectos á lo horripilante, y que abandonamos con gusto la tarea de relatar esas escenas de sangre y devastación, y á las que tan repetidas ocasiones han dado lugar nuestras revueltas intestinas; de manera que al tropezar con hechos de esta especie tomaremos de ellos solo la parte que se ligue con el hilo principal de la historia que referimos.

En un día nefasto, de esos días de muerte y de venganza, de crimen y de sangre, acababa de desaparecer para siempre una honrada y rica familia que vivía en una hacienda.

Una terrible banda de criminales acababa de perpetrar una negra venganza en la persona, familia é intereses de un honrado ciudadano, que algunas veces se había defendido heroicamente de los bandidos, que había promovido la persecución de la gaviilla, y que más de una vez se había batido

personalmente con los asaltantes de su hermosa finca de campo.

Ya hacía tiempo que habían sido fusilados algunos de los de la banda aquella; pero la sangre de los tigres humanos no se orea como la de los tigres del desierto; y el jefe de la banda había jurado un día frente á los cadáveres de *sus muchachos*, como él llamaba á sus soldados, que había de acabar á sus manos la raza de quien así se había defendido de ser robado.

Fué así efectivamente; y un día el fuego y la desolación oyeron sus últimas blasfemias.

Por único botín se llevaba el bandido una joven desmayada, hija mayor del dueño de la hacienda, que quedó con vida merced á su desmayo.

Ya iba la guerrilla por el monte después de haber consumado el más espantoso de los asaltos, y dos soldados encargados de custodiar á la joven se habían atrasado del centro de la fuerza.

La joven iba colocada sobre una mula y

los dos bandidos caminaban, el uno tirando del ronzal y el otro picando.

—Todo para el coronel, pensaba el bandido que jalaba la mula.... cargar este engorro para él. ¡Á ver como no se desbarranca la mula y se acaba de llevar el diablo á la pécora!

—¿Qué va hablando, patrón? le dijo al bandido el que picaba.

—Que qué voy hablando?

—Sí.

—Pues..... ¿y á usted qué?

—Adios!

—Á la Virgen.

—Oiga. amo, vámonos parando?

—Eh!..... eh!..... pues usted sí que *deatiro*.

—Ande, amo, vamos á *contestar* usted y yo.

—Y qué tengo yo que *contestar* con usted? ¡pues ora sí!

—Pues creo que va mal la..... la charrita. ®

—Y *usted de qué* tan cuidadoso?

—Pos..... yo decía.

—Ande, jale, que ya van lejos.

El que jalaba se paró, la mula hizo lo mismo y el que picaba dijo:

—Adios!..... pues usted sí que..... Y se paró también. Y ahora qué?

—Oiga, amo, vámonos quedando?

—Y para qué es eso?

—Pues..... jalemos *pa el* otro monte con la señora.

—Bonita lucha! En ese caso uno no más.

—Y quién?

—Pues si quiere váyase.

—No, amo, si no soy tan penco.

—Ah! pues ni yo.

—Como dice que uno.....

—Vaya! y los dos qué hacemos?

—Pues yo no jalo, la verdad, vale; no que después de *isponerse* uno, no quiere el coronel que *se saque* ni siquiera maíz, sino que *¡vámonos!* y «*llévate eso y cuidado,*» y la verdad amigo, no es uno tan *deatiro* que cargue como la mula, y yo como no tengo familia.....

—Y luego agregó, agregó el otro bandi-

do, si nos hubiéramos traído á la otra? ¿y qué se hizo?

—¿Pos no le metió el coronel la espada? adios; *qué no la vido?*

—Y también son *sinrazones*, pues diga usted amigo, pa qué es eso, si ya le pagó el papá con el pellejo, pa qué *testerea* á la muchacha.

—Pues eso es lo que yo digo, sale sobrando, lo mismo que lo de las viejas, pues pa qué las mata?

—Yo si ando en la revolución es por necesidad, ese condenado juez que me tiene puesta la puntería y ni por ofrecerle.....

—Cuál, el de San Pedro?

—Sí, amigo, creará que no ha querido soltar á Justo? y dice que me ha de cojer, ¿pero usted qué dice?

—Que no *tan ainas*, pues qué, es uno tan manco? Y usted por qué no le ha llegado al juez ese?

—En eso anda mi hermano, lo anda espiando por si va á la Concepción.

La joven que venía en la mula presenta-

ba el aspecto de un fardo, estaba toda envuelta en una gran frazada y atada al aparejo de la mula menos cuidadosamente de lo que requería una carga humana.

Esta joven había escapado milagrosamente de la matanza; cayó desmayada en uno de los corredores de la casa al oír el último grito de su padre. El que la conducía en la mula, buscando en aquel cadáver algunas alhajas, había notado que la joven no estaba herida, y no sabemos si por un resto de conmiseración ó por un exceso de infamia, la envolvió en una frazada y la colocó en la mula. Al verla así el jefe, le había dicho al conductor:

—Esta mujer me pertenece. Á ver uno.

Y se había presentado el otro bandido que arreaba la mula.

—Cuidenme eso entre los dos y sigan con todos.

Aquella joven había comenzado á volver en su conocimiento en el camino, con la sensación dolorosa de sus ligaduras, y las primeras palabras que llegaron confusamen-

te á sus oídos, fueron las del diálogo de los dos bandidos.

Al recobrar completamente la sensibilidad, no pudo menos que arrojar un grito.

—Ya lo vé, patrón? dijo uno de los ladrones; viene mal la señora; la compondremos.

Apeáronse los dos conductores y descubrieron á la joven.

—¡Por Dios! dijo ésta, este lazo me corta las manos. ¿En dónde estoy? ¿En dónde está mi padre? ¿Quiénes son ustedes? ¡Socorro! ¡socorro!

—Oiga, niña, no grite, que puede venir gente.

Entre los dos bandidos colocaron á la joven convenientemente.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

1925 MONTERREY, NUEVO LEÓN



#### CAPÍTULO IV.

UN POCO HORRIPILANTE; PERO POR  
DESGRACIA VEROSIMIL

**C**UANDO la joven acabó de enterarse de lo terrible de su situación, no fueron bastantes ni las amenazas, ni la fuerza de los bandidos para calmar su desesperación; y muy pronto fué sujeta de nuevo á la mula, ya no con ligaduras que solo la seguridad exigiera, sino de una manera brutal y como por vía de tormento y de castigo.

Los gritos de la joven fueron ahogados repentinamente con una mordaza.

En seguida los dos bandidos montaron á caballo, no para continuar su camino, sinó para emprender una formal disputa sobre quien de los dos debía quedarse con aquella prenda.

La disputa iba tomando un caracter alarmante, pues ninguno quería ceder los derechos que creía haber adquirido, ni aceptaban tampoco el partido de seguir siendo simples guardianes: los dos se disputaban la presa como dos perros hambrientos, y los malos instintos y la idea del crimen del uno reflejándose en el corazón del otro bandido habían engendrado ya uno de esos deseos brutales que solo la muerte podía sofocar.

Aquellos dos hombres colocados en el desfiladero de un monte, medio ocultos por la sombra de los arboles y heridos en parte por los rojos y oblicuos rayos del sol que se ponía, tenían el mismo aspecto que dos lobos que se disputaran en el desierto el cuerpo de una cierva herida.

Los dos bandidos habían empuñado ya

sus espadas y se habían separado á alguna distancia de la mula.

La pobre joven, á quien ya faltaban las fuerzas para resistir, no solo el tormento de sus ligaduras, sinó la horrible idea de lo que iba á sucederle, estaba á punto de desmayarse de nuevo.

Como el terreno era lo menos á propósito para una lucha á caballo, pues estaban sobre una pendiente pedregosa, los dos contendientes movían sus caballos procurando mejorar su posición, y unas veces devorándose con miradas de rabia, y otras lanzándose horribles imprecaciones se amenazaban incesantemente, excitando sus cabalgaduras que en sus continuos movimientos sacaban chispas de los pedernales que pisaban, y piafaban impacientes como si ellas también estuvieran deseando el fin de aquella escena.

El sol iba ocultándose, y la noche vendría, como viene en algunas profundidades, casi sin crepúsculo.

Esta proximidad de las tinieblas impri-

mía á aquella escena más terror que si hubiera empezado en plena noche; pues no sabemos qué había de siniestro en el acabamiento de la luz, en la difusión de las sombras y en el vuelo de algunas de esas aves salvajes que van á guarecerse con una triste precipitación y como aprovechando los últimos instantes de luz.

Ninguno de los dos bandidos osaba ser el primero en el ataque, pues el terreno era más propio para la defensa que para el asalto, y del primer golpe dependía, indudablemente, el éxito del combate.

El sol despedía ya solo algunos rojos resplandores sobre la copa de algunos árboles, y cada matorral, ennegreciéndose, juntaba su silueta con otra, como para ir fundiendo un fondo pavoroso; y los *tecolotes* de que estaba poblado aquel monte, abrían ya su sesión nocturna, saludándose con esas dos notas melancólicamente aflautadas y que suelen inspirar una tristeza tan profunda en las comarcas solitarias.

Por lo demás, la naturaleza se adormecía

lentamente con esa calma magestuosa de las soledades, con esa gravedad austera con que á veces se entrega al reposo de una noche que viene avanzando con la inexorable lentitud del cuadrante eterno.

Un momento más, y aquellos dos lobos humanos no se verían uno á otro sinó por el brillo fosforescente de sus ojos y por las chispas de los cascos de sus caballos; un momento más, y aquella joven se hundiría también en las profundidades misteriosas de un síncope.

Pero á esta sazón, y de una manera inusitada, un acontecimiento extraño vino á cambiar la faz de aquella escena.

Dos fuertes detonaciones prolongaron sus ecos en las concavidades de aquellas barrancas, como si un rayo acabara de caer entre los dos bandidos; y un relámpago amarillento alumbró instantáneamente aquel espacio; en seguida se oyeron gritos, y gran tropel de caballos que se precipitaban en medio de aquellas sinuosidades.

Los dos bandidos, olvidándose de su dis-

puta en vista de un nuevo y común peligro prendieron las espuelas á sus caballos y se lanzaron por la vereda, sin cuidarse del roncal de la mula, la que á la detonación de los dos tiros y al movimiento intempestivo de los caballos, se espantó y se lanzó á su vez sobre los matorrales con impetuosa precipitación; los primeros varejones que azotaron á la mula y las dificultades y tropiezos que la estorbaron el paso, exacerbaron al animal, en general sufrido, y recorriendo sus instintos salvajes en medio de aquella naturaleza agreste y de aquella penumbra desesperante, se lanzó la mula saltando precipios, ágil y ligera como una gamuza; y como si no llevara sobre su lomo la preciosa carga, atravesaba breñales, recorría planicies, lanzaba con los cascotes piedras del camino que rodaban por las barrancas con estrépito. Bien pronto los raros ruidos que la mula producía en su carrera le infundieron nuevo terror y nuevo brío, y cada vez más ligera y como si ya no fueran obstáculos en su carrera ni las malezas,

ni las raíces, ni las piedras del monte, corría, corría al acaso desbocada como el caballo de Hipólito hasta encontrar un precipicio, un espacio sin piedras, sin arbustos y sin malezas, el aire, en fin, de una profundidad en cuyo seno no encontraría más que la muerte.

En cuanto á los bandidos, prácticos conocedores del terreno, habían logrado tomar la vereda más á propósito y sobre la cual podían caminar á todo el correr de sus caballos.....

Apenas había llegado á las poblaciones circunvecinas á la hacienda asaltada la noticia del desastre, así las autoridades locales como algunos vecinos acomodados, habían puesto en movimiento toda la gente de que pudieron disponer y en todas direcciones salieron partidas armadas en persecución de los bandidos.

Otros habían ocurrido á la misma hacienda cuyas trojes ardían ya elevando hasta las nubes una gran columna de humo negro, en que flotaban millones de chispas.

Allí estaban aún calientes los cadáveres del dueño de la hacienda, de una de sus dos hijas y de otras personas de la familia y de la servidumbre.

Los pocos recursos con que podían contar los vecinos para apagar el incendio, hubieran sido de más fatales consecuencias si la calma en que hemos pintado ya á la naturaleza en aquella tarde, no hubiese sido una circunstancia favorable que impidió los progresos del incendio, limitado definitivamente á las trojes.

Para uno de los espectadores de aquella escena, que es uno de nuestros personajes, aquella catástrofe traía recuerdos de muy distinto género, y de que el lector va á enterarse oyendo hablar al mismo interesado.

Serían las ocho de aquella misma noche que vamos describiendo y que tan fecunda fué para nuestra historia en escenas terribles, y en el mismo monte por donde hemos visto correr á los bandidos y á sus perseguidores, el respaldo de un gran crestón pre-

sentaba una concavidad capaz de ser, en caso necesario, una cómoda habitación ó una guarida contra la tempestad.

Aquella concavidad se llamaba entre los campesinos «la Cueva del Muerto» á consecuencia de haberse encontrado allí un esqueleto recientemente devorado por las aves de rapaña.

Dos ginetes estaban descansando en tierra y sus cabalgaduras atadas á una piedra. Solo la luz de las estrellas alumbraba aquella escena.

En voz muy baja, como si temiera ser escuchado por las peñas, uno de los dos personajes hablaba de este modo:

—En una tarde de Julio visité por primera vez la hacienda cuya casa acaba de quemarse: iba yo en compañía de mi compadre Gómez, de mis sobrinos y de muchas personas de Santa María.

En la hacienda había herradero; y ya sabe usted cuánto han alborotado siempre los herraderos, que tan espléndidamente sabía disponer el difunto D. Anselmo.

—¡Ah! ya me acuerdo, eran una verdadera fiesta que duraba hasta ocho días.

—Pues bien, llegamos esa tarde: los muchachos echaron algunas manganas, otros ginetearon; y todos, cual más cual menos, lucieron su habilidad en estos ejercicios.

En el centro del corral, ya recordará usted que se levantaba un verdadero palco para las familias, y muchas veces aquel tablado contenía ochenta ó más personas. Allí estaban las hijas de D. Anselmo y allí conocí á Gualupita; estaba hermosísima, era la más hermosa de las muchachas: confiésole á usted que me impresionó de una manera formal, al grado que no quise volverme esa noche á Santa María.

D. Anselmo era ostentoso y sabía gastar el dinero, y oiga usted, nos sirvió una mesa que no había qué pedir; la cena fué un verdadero banquete, algunos jóvenes dijeron versos y reinó la mayor alegría en la concurrencia.

Una música nos esperaba en la sala, y de cuadrilla en cuadrilla, el baile duró hasta

las dos de la mañana: por supuesto que el mescal de pechuga y el vino de Champagne no escasearon en toda la noche, y lo que es por mí solo diré á usted que se me fueron los piés y que estuve loco por Gualupita.

—Tres días duró todavía el herradero y todos ellos fueron de gratísimas impresiones para mí, y..... bastaron esos tres días para robustecer en mi alma la pasión más ardiente por Gualupita.

Después de una pausa en que aquel hombre pareció tomar aliento, continuó:

—De esto hace dos años ¡ay! y en estos dos años ¡cuántas amargas he sufrido, cuánta desesperación, y cuántas lágrimas de rabia han vertido mis ojos! Esa mujer no ha hecho más, con sus desdenes, que enardecer mi pasión, y mientras más he sufrido por ella, más y más la he querido, y más me he empeñado en poseerla; y á ese paso sus desdenes se han redoblado y he llegado á creer que me odia; pero más vale así, siquiera ya no me desprecia.

—Parece que se ha quejado, interrumpió

el personaje que había estado escuchando.

—Voy á ver, dijo el que había hablado, y andando á tientas penetró en la cueva.

Diremos quiénes eran, y por qué se encontraban allí aquellos hombres.

El que acababa de entrar á la cueva era don Pepe García, y el que esperaba era un vecino de los que se habían armado para perseguir á los bandidos y á quien D. Pepe García tuvo necesidad de contarle la historia que acabamos de referir, á fin de hacerlo su cómplice en la aventura de aquella noche.

La persona que se había quejado en el interior de la cueva era Gualupita, á quien hemos visto conducida en lomos de una mula y custodiada por los bandidos que huyeron á los primeros tiros de sus perseguidores.

D. Pepe García y el vecino, extraviados por una vereda en el monte, siguieron el ruido que iba produciendo la mula que conducía á Gualupita, creyendo ir en persecución de alguno de los bandidos, de manera que cada vez que sentían acercarse, dispa-

raban sus pistolas, hasta que la mula cansada, herida, y encabritada en unos breñales, no pudo seguir corriendo.

—Por acá, D. Pepe! le gritó su compañero; acá, pero no es nadie, era una mula cargada lo que perseguíamos.

D. Pepe se acercó, y al examinar la carga no podía dar crédito á sus ojos; era una mujer, más bien una señorita.

—Sí, exclamaba, ésta es una persona bien vestida; ¡ah! gritó, todos los cadáveres se han encontrado en la hacienda menos uno; ¿si será ella?

Y D. Pepe tocaba las heladas facciones de la joven, procurando reconocerla; se acercó hasta bañarla con su aliento y arrojó en seguida un grito espantoso.

—¡Ella! ¡es ella! y ya está en mi poder, pero muerta!

Desde este momento D. Pepe comenzó á desatar las ligaduras que sujetaban á aquel cuerpo inerte, cuya actitud sobre el aparejo de la mula, causó en D. Pepe la más horrible impresión.

Esto pasaba á algunos pasos de la «Cueva del Muerto.»

—Qué hacemos? preguntó el vecino.

Don Pepe no contestaba, entregado como lo estaba á un torrente de ideas que lo enajenaban completamente.

Su compañero le ayudaba en silencio á desatar á la joven y á trasladarla á la cueva.

—Puede ser, dijo el vecino después que hubieron depositado en tierra su preciosa carga; puede ser que esta joven no esté muerta, no me ha parecido que está muy fría, y sobre todo hay cierta flexibilidad en sus miembros.

—Yo la he sentido helada, y aún vacilando lo mismo que usted he tomado su pulso..... y..... no late ya.....

—Pero el corazón? ¿no ha escuchado usted si late el corazón?

—Que si late? repitió D. Pepe sintiendo estraviarse sus ideas; ¿que si..... late?.....

Y se volvió á quedar callado, lanzando una especie de ronquido estertoroso con su respiración.

—D. Pepe ¿se siente usted mal?

D. Pepe no contestó, estaba llorando.

El vecino, que todavía no estaba en antecedentes, empezó á comprender que allí debía existir una historia terrible, pues don Pepe estaba profundamente conmovido, al grado de hacerse peligroso su estado.

Tanto hizo el vecino por consolar á don Pepe y tanto insistió en que volvieran á reconocer el cadáver, que D. Pepe, más bien por volver á verlo que porque abrigara ninguna esperanza, se inclinó sobre el pecho de la muerta, puso allí la mano y nada sintió; después puso el oído y creyó oír un solo golpe, pero los latidos de su propio corazón le impedían cerciorarse de si aquel otro corazón por el que tanto había sufrido, vivía aún.

—No siento nada, no puedo oír; dijo don Pepe entregándose de nuevo á la desesperación.

Entonces el vecino lo sustituyó, y después de un largo rato, dijo en voz baja:

—¿D. Pepe?

—¿Qué hay? ¿qué hay?

—Creo que hay algo.

—¿Vive? ¿vive?

—En todo caso cálmese usted y obremos con prudencia.

—¡A ver! ¡a ver! ¿está usted cierto?

—Me parece....

—Vuelva usted á escuchar, amigo mío, y vuélvanos usted la vida á los dos.... porque.... yo adoro á esta mujer.

—¡Silencio! dijo el vecino.

Y se puso de nuevo á escuchar.

—Sí, sí, hay algo, palpita aún el corazón, aunque con grandes pausas.

—¡Ah ¡vive! ¡vive! exclamó don Pepe tomando en sus pulmones la mayor cantidad de aire que podían contener; ¡vive! repetía ¡vive!.... y ésta era la única palabra que se le oía pronunciar.

—Es preciso hacer algo, don Pepe.

—¿Pero qué hacemos?

—Un médico tardaría un día en llegar aquí, y es necesario no perder tiempo.

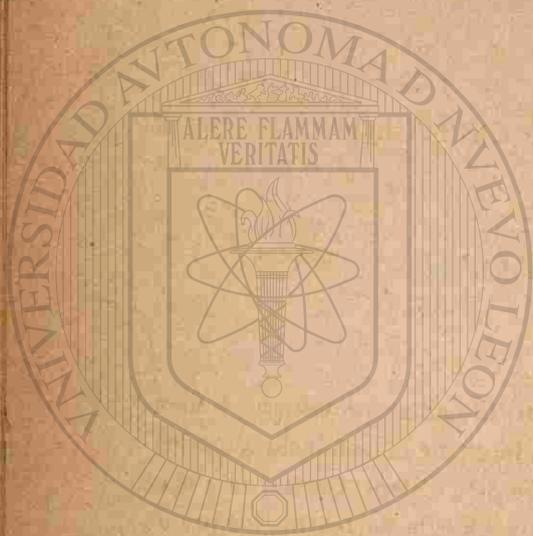
—¡Calor! exclamó don Pepe, le daremos calor!

Y aquellos dos hombres improvisaron un lecho con hojas secas y con toda la ropa de que pudieron disponer, y después encendieron algunas varas secas para proporcionarse alguna luz, y algún calor para la enferma.

El vecino creyó conveniente que don Pepe no se diera á conocer; de manera que solo él veló junto á Gualupita, quien al cabo de algún tiempo dió más señales de vida, aunque ni remotamente de conocimiento.

En uno de estos intervalos fué cuando don Pepe contó á su compañero la historia de sus amores.





## CAPÍTULO V.

SE LEVANTA EL TELÓN.

**C**OMO lo habían previsto los comentaristas de la conducta y poridades de D. Pepe García, la noche de la primera función de teatro, los primeros asientos estaban ocupados por todas las personas más allegadas á D. Pepe.

Hacia un costado del corral se había levantado una gradería de vigas, que era una periquera en que aparecían encaramados más de cien espectadores. Como el pueblo era á la sazón visitado por paseantes de to-

do género, con motivo de las fiestas, había en el patio sus elegantes armados de anteojos de teatro; multitud de charritos de las haciendas y pueblos vecinos, ostentando lujosos sombreros bordados y finos jorngos; señoras en cuyos trajes podía la moda quitar un guarismo de veinte años; y, finalmente, multitud de gente pobre completaba el cuadro de la concurrencia.

Una mala música, compuesta de guitarras, violín, flauta, arpas y trombones, tocaba algunos valeses y lograba destrozar algunas oberturas.

El alumbrado era pésimo, pues se componía de candilejas sustentadas con manteca, y sobre piés derechos algunos hachones con palo de ocote.

Detras del telón del foro, existe un mundo de misterios que desde el niño hasta el octogenario procuran investigar.

El misterio: he aquí las cosquillas del pensamiento. Al misterio le debe más el progreso humano de lo que le debe á la voluntad.

El misterio merece los honores del mito, es casi una deidad, y el papel que hace en el mundo es más importante de lo que parece.

El misterio es la careta de este carnaval perenne, en que los máscaras nos desconocemos unos á otros en fuerza de querer conocernos á nosotros mismos.

La liviandad cuando se cubre con esa careta se llama coquetería.

El amor la usa constantemente, y cuando se la quita se muere.

Thalía es la mujer que en el carnaval del mundo ha sabido jugar mejor la careta.

Thalía tiene una tropa alegre que la divierte extraordinariamente, y la recluta, riéndose, en este valle de lágrimas.

La inspiración de consagrarse al teatro, es una inspiración que difiere de las demás en que es retozona; y la humanidad en su marcha solemne hacia su fin grandioso lleva á la andante comiquería colgada al cuello como una sarta de cascabeles.

Individualizando es otra cosa.

Hay actores que en su marcha solemne por el camino de la gloria, llevan al público colgado al cuello como un collar azteca compuesto de piedrecitas de poco valor.

Hay artistas nacionales, como el señor don Gervasio Miguel Romero del Campo, que aurifican sus cartones y *pergaminizan* sus papeles, y hacen dentro y fuera de bastidores el más campanilludo de los personajes contemporáneos.

A propósito de bastidores; hé aquí una frase subversiva: *entre bastidores*.

¿Quién no se sonríe al oír decir «*entre bastidores?*» ¡Qué *potpourri* de cositas no envuelve ese concepto! Decídsela á un viejo y os regalará una lágrima fría y un suspiro en octava baja; decídsela á un pollo y bailará en un pié; decídsela á una beata y se santiguará; decídsela á una dama joven y hará un esfuerzo para no ponerse colorada.

Detrás del telón está esa frase, y detrás del telón está el misterio.

Los niños se impacientan porque se le-

vante ese telón, sin más razón que porque está corrido.

Los jóvenes, que han penetrado un poco más el misterio, sienten la misma impaciencia que los niños, pero gozan con ella.

Los viejos están acostumbrados á descorrer ellos mismos el telón y otras cosas, y su imaginación se extasia en los pasillos oscuros, en los cuartos con las cortinas medio corridas y en otras particularidades.

Para todo el mundo tiene un telón el atractivo de una pausa. Es un deseo con esta taxativa: *todavía no*.

El amor no podría existir sin telón ni á telón corrido.

Todo deseo, todo ahinco y toda perseverancia, tiende á esto: á levantar el telón.

Los actores á su vez no viven sinó para levantar el telón.

Al señor don Gervasio Miguel Romero del Campo le hemos oído decir con motivo de los crecidos gastos de una función extraordinaria:

—Esta noche me cuesta ochocientos pesos levantar el telón.

La historia de todos los *fiascos* y de todos los triunfos, empieza de este modo: se levantó el telón.

Del autor de este libro se puede decir que no pretende otra cosa, en materia de teatro, que levantar el telón.

Y ya esta digresión va siendo demasiado larga.

Pues, señor, se levantó el telón.

Como la compañía iba á estar allí muy pocos días, el director dispuso hacer seis comedias fáciles, piezas del día y *no de trajes*, como decían los cómicos; de manera que no hubiera más que sacar de la carga las pelucas y los *trajes de paisano*: así es que don Gervasio dispuso que se dieran «La Cosecha» «La cruz del matrimonio» «Lo positivo» «Los hijos de Adán» y algunas piezas en un acto.

En consideración á lo mucho que tendremos que decir más adelante de nuestra querida compañía dramática, omitimos la cró-

nica teatral de la primera función, que se componía de *La Cosecha* y de la pieza titulada *Una noche toledana*.

En el primer entreacto entraron al foro con D. Pepe García, el señor prefecto, el juez, un escribiente que hacía versos, el administrador de rentas y un señor de San Luís.

D. Gervasio había ya corrido la cortina de su improvisado cuarto de vestir, en el que había cuidado de poner un espejo grande y dos velas de estearina, una cortina á guisa de carpeta y algunas sillas.

—Caballeros, pasen ustedes, dijo á los visitantes; está esto muy incómodo, pero tomen ustedes asiento.

—Gracias, dijo D. Pepe; presento á usted, señor director, al señor prefecto.

El prefecto dió la mano á D. Gervasio y estudió un saludo, al través del cual el cómico no perdiera de vista á la primera autoridad.

—El señor juez letrado..... el señor administrador de rentas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

—Servidor de ustedes, dijo D. Gervasio; mucho me alegro.....

—Nosotros tenemos el honor, dijo el administrador, de ponernos á las órdenes de usted.

—Gervasio Miguel Romero del Campo, á la disposición de ustedes.

—El joven poeta Jesús R. Fuentes, dijo D. Pepe.

—¡Ah! ¡ah! muy bien, cuánto lo celebro! contestó D. Gervasio, ¿con que es usted poeta?

—Sí, señor, dijo Fuentes poniéndose colorado; quiere decir, aficionado.

—No, nada de eso, dijo D. Pepe, ha escrito una comedia.

—¡Hola! amiguito, pues esas son palabras mayores; ¿y qué tal, es de costumbres?

—Le diré á usted, es una cosa muy original.

—¡Ah!

—Todo ello es un sueño.

—¡Oh!

—Un sueño fantástico.

—Muy bien, muy bien, ¿con que un sueño fantástico?

—Sí, sí señor, yo creo que es de mucho efecto, figúrese usted que hay necesidad de luz de Bengala en el segundo acto.

—¡Ah! muy bueno.

—Yo creo que le había de gustar á V. si V. tuviera la bondad de leerla.....

—Con mucho gusto.

—No que luego..... ya sabe usted lo que sucede.

—¡Ah! pues por mi parte nada tema usted, caballero. Yo soy un artista nacional y amo las glorias de mi país, á los hijos del país sobre todo, señor. ¿Por qué nos ha de venir todo del extranjero?

—Tiene usted razón, dijo el prefecto, ese espíritu de extranjerismo es el que nos pierde.

—¡Oh! sí, señor prefecto.

—Y su señora de usted? preguntó don Pepe.

—Creo que se está vistiendo—Madre— continuó tocando con el dedo las tablas que

dividían su cuarto del de la primera dama: los señores quieren saludarte.

—No la moleste usted, dijo el administrador de rentas; tal vez estará ocupada.

—¡Ah! pero cómo había de dejar de saludar á ustedes!—María, sal, que viene á saludarte la primera autoridad y el señor juez de letras y otros caballeros.

María se presentó.

D. Gervasio hizo la presentación: todos se pusieron en pié y todos ofrecieron asiento á la dama.

En seguida todos devoran á la dama con sus miradas.

A una primera dama siempre se le devora con la mirada.

Los pillos por si acaso.

Los pollos por parecer hombres de mundo, y los viejos porque así lo sienten.

Todos encontraron muy de su gusto á la primera dama.

El prefecto pensó en promover otras seis funciones.

El poeta en hacerle á María unos versos feroces.

Y D. Pepe, en darle un día de campo.

D. Pepe dió en el clavo y los demás en la herradura.

—Qué le parece á usted el puebío?

—Es muy bonito y muy fértil, por lo que he visto, dijo María con una voz que pareció muy dulce á las visitas.

Aquello que acababa de hablar María les cayó en gracia porque no estaba en su papel.

Uno de los atractivos que tiene una actriz para el que la trata familiarmente y por la primera vez es éste: individualizarse.

Cuando la entidad dramática se convierte para nosotros en la amiga, nos creemos doblemente agraciados.

Los que rodeaban á María recogían sus palabras con cierto arrobamiento, le dirigían la palabra esperando ávidamente su respuesta y preparando una sonrisa.

Apelo á las mismas actrices y que me digan si no recojen á sonrisa por palabra.

Hay un atractivo peculiar de la actriz, y solo de la actriz, vedado á las demás mujeres.

En la mujer, ser actriz es tocar el refinamiento de la vanidad.

Una mujer puede atesorar todos los atractivos imaginables; pero ninguno de ellos es parecido al de la aureola de la actriz.

Los hombres se le acercan siempre al través de una atmósfera distinta de la que rodea á las demás mujeres.

Hasta los calaveras estudian su entrada, y los tímidos dejan traslucir todas sus impresiones.

—Pues lo hace V. muy bien, dijo D. Pepe.

—Favor que ustedes me hacen, contestó María bajando sus hermosos ojos.

Aquí entró el prefecto.

—No, señorita, efectivamente lo hace usted muy bien.

—Por lo menos, dijo el administrador de rentas, nunca habíamos visto en Santa María del Río una actriz del mérito de usted, señorita.

—Indudablemente, agregó el señor de San Luís.

Hubo una pausa.

Aquí entró el poeta.

—Señorita, yo solo le diré á usted que..... que me permitirá usted decirle mis impresiones en verso; voy á dedicarle á usted una composición.

—Tendré mucho gusto.

—El poeta saboreó esta frase como una pastilla de orozuz y pensó:—creo que ha comprendido mis miradas: como soy poeta, estoy más cerca de ella; nosotros los poetas comprendemos á las actrices y ellas nos aman.

De ilusión en ilusión el poeta creía haber hecho una conquista.

—*Tendré mucho gusto*, repetía el poeta, y esto me lo dijo viéndome de un modo... como que tiene unos ojos...

Y luego dirigiéndose á María exclamó:

—¡Qué lástima que vengan ustedes por tan pocos días!

—Qué quiere usted, es preciso!

María clavó sus ojos en el poeta con cierta tristeza, que muy bien pudo haber sido sueño ó fastidio, pero el escribiente que de mirada en mirada subía al cielo, estaba muy lejos de pensar así, y aquella mirada iba cuando menos á desvelarlo toda la noche.

Ya era preciso *levantar el telón*.

Los nuevos amigos de la actriz se despidieron, ofreciendo su casa y sus servicios.

El escribiente se puso frío al pensar en que, como á los demás, iba á darle la mano á aquella divinidad: y mientras los demás se despedían, el escribiente se limpiaba el sudor de la palma de su mano derecha contra los pantalones.

Le llegó su turno, y apretando la mano de María lo más que pudo, le dijo al oído:

— ¡Es usted divina!

El escribiente saltó esta frase zumbándole los oídos, temblándole la voz y asustándose de su propio atrevimiento.

Y desapareció.

A poco rato se colocó en su asiento: no

entendió el segundo acto de la comedia, y cada vez que salía María á la escena, al escribiente le parecía que estaba diciendo: «*Tendré mucho gusto. Tendré mucho gusto*» ó bien «*qué quiere usted, es preciso! qué quiere usted, es preciso!*»

Estas eran las únicas palabras que vibraban como la repercusión de un repique en sus oídos.

Desde su asiento clavaba en María su mirada; hubiera querido tener dos cerillos en los ojos para llamar la atención de María, y se sentía contrariado de que María no se fijase en él. Se acordó de haber oído decir algo del magnetismo, pensaba que hay una corriente magnética, un fluído que se comunica con los ojos, y que sintiendo el escribiente lo que sentía, su mirada debía estar impregnada de ese fluído y que María debía sentirlo como un dardo; pero nada, María representaba su papel como si tal escribiente hubiera en el mundo.

Apenas cayó el telón el escribiente se levantó de su asiento y entró al foro.

El cuarto estaba cerrado y el escribiente devoraba la puerta con sus miradas; pero allí menos que desde su asiento obraría el soñado magnetismo. Los momentos le parecían siglos al pobre de Fuentes, hasta que por fin le fué preciso abandonar el foro y volverse á su asiento sin haber logrado hacerse ver de María.

—Pero mañana, decía, mañana me desquito; la voy á visitar, al fin ya nos ofreció su casa y luego en el día de campo que va á dar don Pepe á la compañía.... ya tendré tiempo. Entretanto esta noche escribo mis versos y mañana los copio en limpio y se los llevo.

También el prefecto hizo aquella noche castillos en el aire: el administrador de rentas tuvo una conversación muy edificante con el juez, sobre lo peligrosas que son las mujeres de teatro, y convinieron en que María era mujer de muchos atractivos.

En cuanto á don Pepe no sabemos si haría castillos en el aire, pero sí consta en la leyenda que mandó preparar una barba-

coa de cabritos y sentenció á muerte á algunos guajolotes; procedimiento más en armonía con las miserias humanas que todos los versos del escribiente y todos los castillos en el aire de la primera autoridad del pueblo.

Se nos olvidaba decir que aquella noche no se exhibió la bailarina, pues don Gervasio el director, que era hombre que lo entendía, guardaba *este efecto* para las noches subsecuentes en que *la casa* (el teatro) *pidiera* algo más *llamativo* para *tener más gente*.

El escribiente lo hizo como lo dijo. Procuró á toda costa estar solo: síntoma alarmante. Cuando se empieza á querer á una mujer, el interesado habla primero á la soledad.

El amor que acaba por esto: *estar juntos*, empieza con esta otra idea opuesta: *estar solo*.

El escribiente estuvo solo.

En primer lugar suspiró y en seguida tomó pluma y papel, se alborotó la cabellera y llamó á la inspiración.

Estos son los primeros dolores de todos los partos.

Todos los poetas procuran parir solos; después es cuando dan á luz.

El escribiente hacía esfuerzos inauditos y le sucedía lo que les ha sucedido á muchos grandes hombres.

No estaba para el paso.

Tachó diez veces la primera palabra, la escribía de nuevo y de nuevo le parecía estúpida unas veces, fría otras y lo más aquella palabra se quedaba sola, sin poder ligarla con otras.

Por fin escribió:

«*Salve, artista á quien amo tanto.*»

Esto era verdad, pero no era verso.

—Lo de *salve, artista*, está bueno, decía el escribiente; pero lo demás me disuena.

Dejemos al poeta luchando con las mil dificultades que lo atormentaban, y volvamos á visitar á nuestra desgraciada prisionera



## CAPÍTULO VI.

### DOS ENTREVISTAS.

**G**UADALUPE fué conducida á Santa María del Río por el vecino amigo de D. Pepe, quien habiendo tomado todas las precauciones que el caso requería, logró instalar á su prisionera en la pieza en que la hemos visto, sin que hasta el momento en que había hablado con Pico hubiera en el pueblo una sola persona á cuya noticia hubiera llegado aquel asunto. D. Pepe se presentó bien pronto en el cuarto de Guadalupe; ésta arrojó un grito

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1425 MONTERREY, MEXICO

Estos son los primeros dolores de todos los partos.

Todos los poetas procuran parir solos; después es cuando dan á luz.

El escribiente hacía esfuerzos inauditos y le sucedía lo que les ha sucedido á muchos grandes hombres.

No estaba para el paso.

Tachó diez veces la primera palabra, la escribía de nuevo y de nuevo le parecía estúpida unas veces, fría otras y lo más aquella palabra se quedaba sola, sin poder ligarla con otras.

Por fin escribió:

«*Salve, artista á quien amo tanto.*»

Esto era verdad, pero no era verso.

—Lo de *salve, artista*, está bueno, decía el escribiente; pero lo demás me disuena.

Dejemos al poeta luchando con las mil dificultades que lo atormentaban, y volvamos á visitar á nuestra desgraciada prisionera



## CAPÍTULO VI.

### DOS ENTREVISTAS.

**G**UADALUPE fué conducida á Santa María del Río por el vecino amigo de D. Pepe, quien habiendo tomado todas las precauciones que el caso requería, logró instalar á su prisionera en la pieza en que la hemos visto, sin que hasta el momento en que había hablado con Pico hubiera en el pueblo una sola persona á cuya noticia hubiera llegado aquel asunto. D. Pepe se presentó bien pronto en el cuarto de Guadalupe; ésta arrojó un grito

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1425 MONTERREY, MEXICO

al verlo, y desde ese momento comenzó la más heroica de las luchas, la más tenaz de las resistencias por parte de Guadalupe.

D. Pepe García estaba enteramente á merced de una de esas pasiones desenfrenadas y terribles que inducen al hombre á todo género de excesos.

Hacia dos años que la imagen de D. Pepe era para Guadalupe la más perseverante amenaza á su tranquilidad; hacia dos años que D. Pepe había emprendido una de esas persecuciones incesantes y tenaces que formaba ya parte indispensable de sus costumbres y de su manera de vivir. En este tiempo Guadalupe había tenido dos pretendientes que don Pepe había logrado alejar de la hacienda, valiéndose de medios violentos y reprobados.

D. Pepe contó á Guadalupe con todos sus más insignificantes pormenores la historia de la terrible noche en que la casualidad había puesto á Guadalupe en manos de su perseguidor.

—Quiere decir, exclamó Guadalupe, que

usted no me ha salvado sinó para perderme? ¡oh! ¿por qué no me dejó usted morir sobre aquella mula infernal, que al fin hubiera acabado por precipitarse conmigo en una barranca?

—Es el destino de usted, Guadalupe, y el mío el que nos ha unido para siempre.

—¿Para siempre? No, algún día saldré del poder de usted. Esto no puede prolongarse.

—Tengo tomadas todas las precauciones.

—Alguna vez podré burlarlas.

—Es inútil, usted nada puede.

—Hasta aquí he podido ser fuerte, Dios no me abandona, Dios me salvará.

—Sea usted generosa y perdóneme, Guadalupe; he prescindido ya de toda violencia y quiero acercarme á usted por el camino de su corazón.

—Ese camino está abierto para todos los seres que me aman.

—Entonces está abierto para mí.

—No.

—Qué debo hacer para llegar á su cariño?

--Ya lo he dicho, ser bueno, procurar serme agradable.

—¿No lo soy acaso consagrando á mi amor toda mi vida, toda mi fé, todo mi entusiasmo?

—Constituyéndose en mi carcelero, en mi verdugo.

—¿Y habría de abandonar espontáneamente una situación que, por violenta que sea, me proporciona el placer de venir á contemplar á usted y á repetirle que la amo? ¿Podría darle á usted la libertad que tanto desea, sin la garantía de que un sacrificio tál sería alguna vez recompensado?

—Pues ese es el camino, el único, porque en esta situación, cada día, cada instante que pasa es una piedra que se levanta para robustecer la muralla que nos separa. Estoy resuelta á todo, la violencia de usted me indigna, su tenacidad robustece mis resoluciones y sus violencias me acercan á la muerte.

—A la muerte?

—Sí, la muerte mil veces antes que ce-

der; usted lo ha visto; usted mismo puso en mis manos el arma con que me amenazaba y yo la guardo como mi salvación.

—¡Que necio fuí en cederla!

—Dios la puso en mis manos.

Don Pepe se quedó pensativo. Recordaba en aquel momento la heroica, la sublime resolución de Guadalupe, para darse la muerte: conocía que era capaz de hacerlo, y desde el día en que se persuadió de ello había prescindido efectivamente de toda violencia.

—Ameme usted, Guadalupe, ámeme usted y me verá convertido en el más humilde, en el más tierno de los hombres: mi vida no será más que el culto de su amor que es mi cielo, no viviré sinó para complacer á usted, para hacerla feliz.

—Jamás, dijo enérgicamente Guadalupe: mi corazón vive en un mar de odio que gota á gota acrece con cada una de las palabras de usted: hace dos años es usted mi sombra y hoy que ya no tengo padre, que me he quedado sola en el mundo, cuando

necesito más que nunca un sér que me consuele, un sér en quien depositar mis lágrimas y mis recuerdos, hoy se me aparece usted de nuevo encerrándome en el círculo de hierro de su tiranía y de su fuerza; ¿y lo he de amar así? ¿se atreve usted á esperar esta absurda aberración de quien no tiene para usted más que odio? ¿de quien no tiene palabras sinó para execrarlo? Pero yo sabré romper ese círculo de hierro, cuento aún con Dios, que es el protector de la inocencia y me siento con bastante valor para sufrir aún. Salga V., pues, y déjeme usted sola con mi silencio y mi desgracia no la exacerbe V. más con su presencia. Salga V.

Don Pepe se levantó de pronto é iba á tomar una de las manos de Guadalupe, quien á su vez de un salto estuvo en pié y á dos pasos de su perseguidor, con la cabeza erguida, la mirada centelleante y blandiendo en la mano derecha un pequeño puñal.

—Fuera de aquí! gritó Guadalupe con la entonación más enérgica, con la expresión de la más alta dignidad.

Don Pepe García la midió con la vista, pero no pudo resistir por largo tiempo la mirada de Guadalupe: había tanta grandeza en aquella mirada, que el cacique se replegó en su miseria sintiendo todo el horror de su criminal conducta.

—Ya pronto, exclamó con voz sorda, se agotará mi paciencia; ya pronto pondré en práctica otros medios que la harán á usted mía irremisiblemente.

Por los labios de Guadalupe vagó solamente una sonrisa de profundo desprecio.

Don Pepe sintió anudársele la garganta y no tuvo ya más palabras: se dirigió hacia la puerta y la cerró por fuera fuertemente; después se oyó el ruido de otra puerta y después nada.

Guadalupe bajó el brazo con que blandiera el puñal y se dejó caer, laxa y sin fuerzas, sobre un asiento, y como queriendo respirar nuevo aire.

Pasó un larguísimo rato inmóvil, fija en tierra la vista y con una expresión de dolor inconcebible.

Después rodaron de sus párpados algunas lágrimas.

Don Pepe García había llegado á su habitación pensativo y altamente preocupado, como siempre que tenía alguna entrevista con su prisionera.

Se sentó maquinalmente frente á su mesa cediendo á la costumbre, y también clavó la mirada como un loco en el primer objeto que encontró delante.

Don Pepe tendría cuarenta años, su fisonomía estaba acentuada por líneas resueltas, tenía gruesas las cejas, que le sombreaban las pupilas dándoles mayor concentración á su mirada; predominaba en él el tipo indígena, pero las comodidades de que había podido gozar, habían impreso en su fisonomía cierto aire resuelto, y aún nos atrevemos á decir que había modificado sus facciones.

La nariz de D. Pepe presentaba una ligera curva en su parte superior, lo cual le daba cierto tinte de audacia; sus labios eran gruesos y tenía afeitada toda la barba, que



*D. Pepe García había llegado á su habitación pensativo.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

de otro modo hubiera aparecido escasa, cana y áspera.

Después de un largo rato de concentración, D. Pepe levantó la cabeza y respiró profundamente.

—Va! exclamó; valor!

Y se dirigió á una cómoda que estaba inmediata, sacó un vaso y una botella y se sirvió una buena dosis de mescal de la hacienda de la Pila; lo apuró de un sorbo, se limpió los labios con los dedos y después sacó de su petaca un puro cortado.

—Veremos quien puede más. No quiero contar nunca que una mujer.... que una mujer me haya resistido.

Encendió el puro, se sirvió nuevamente mescal y se sentó á saborearlo.

—Chiquitilla! pobre chiquitilla! pero ya la tengo; y luego el diablo del médico que se ha ido! Pero ya estaba para darme la receta de las píldoras de opio..... ¿Y por qué no comprar yo mismo el opio? No me lo venderán en las boticas, pero en un almacén de drogas de México, por qué no

me lo han de vender? Venden estricnina....

Dió otro trago y se sirvió mescal por la tercera vez.

—Dormida..... ¡oh! el sueño es muy provechoso para los locos, y Guadalupe se está volviendo loca, lo cual es una estupidez, porque ella se la pierde.

—Le he ofrecido que será mi esposa.... y se ríe, cuando tengo doscientos mil pesos.... Eh?..... quién toca?..... No es nadie; doscientos mil pesos, repitió bajando la voz, que nadie lo creería.....

Bebió más mescal y dió fuertemente sobre la mesa con el asiento del vaso.

—Mientras yo tenga mucho dinero..... ¡qué escrúpulos ni qué..... los escrúpulos se quedan para los pobres.

Largo tiempo pasó D. Pepe delante de su botella; y tal vez cuando sintió bien ahogada su conciencia en mescal de la Pila, fué cuando levantándose con más fuerza de la que hubiera podido esperarse, se ciñó á la cintura una gran pistola de Colts de cuyo cinto pendía también un cuchillo con puño

de plata, se envolvió en su jorongo de vivos colores y salió de su casa.

Bien pronto se perdió por unas callejuelas oscuras, en las que muchas veces fué acometido por los perros; pero D. Pepe no dejaba nunca de las manos un grueso bejuco que no tenía otro destino que defenderse de los perros en las excursiones nocturnas.

Al día siguiente de esta escena y mientras D. Pepe se ocupaba de los preparativos del día de campo en obsequio de la compañía dramática, Pico hacía su segunda visita á Guadalupe, según él á Isolina, pues tal era el nombre con que la conocía.

Pico se había encerrado en su habitación y en seguida abrió la ventana. Allí saltó inmediatamente y el León apareció en el patio, ladró dos veces, pero al reconocer á su amigo meneó la cola y se acercó á la ventana.

Alí no se había atrevido á bajar y por un corto rato estuvieron ambos animales como reconociéndose mutuamente. El León fué

el primero que corroboró las amistades dando un brinco y una media vuelta en el patio, como para iniciar el juego de la vispera.

Alí se paró en el borde de la ventana é indicaba con algunos movimientos su intención de saltar al patio; pero se contenía en seguida observando al León.

Una especie de gruñido cariñoso de éste, acabó de decidir á Alí á dar el salto, y los dos amigos probaron una vez más que las bases en que se apoyaba su amistad eran sólidas.

La ventana de Isolina se había ya abierto y Pico había tenido el gusto de saludarla con una fina sonrisa.

Atravesó el patio y saltó á la ventana.

—Señorita, estoy de nuevo á las órdenes de usted.

—Gracias, mil gracias, mi generoso protector.

—Me ha dicho *mi generoso protector*, pensó Pico; esta chica vale la plata.

Pico ya no tenía albarcas, ni medias azu-

les, ni camisa con golondrinas; se había operado una conveniente transformación en su traje. Vestía un gabán pardo, el que le servía para hacer sus papeles de calavera: según él mismo, estaba vestido de *galancete*.

—Este traje, había pensado, cuadra á la situación en que voy á encontrarme; yo soy un calavera solicitado por una dama, para prestarle un servicio importante. Debo ponerme en caracter; y como por otra parte, esta joven ha de tener gratitud, bueno será añadir á la gratitud el atractivo de mi persona; porque en fin, el camino natural es que esta joven se enamore de mí, y alejando la incuria, no llevando mi camisa de golondrinas, ni las ridículas albarcas del tiempo de los godos, estaré presentable; y verá mi bella desconocida que soy tan galán y apuesto como cualquiera.

—Isolina, exclamó Pico sentándose con cierto aire de familiaridad; hija mía, agregó, aquí estoy para servir á usted. Anoche la compañía ha obtenido un verdadero triunfo; la dama arrebató, tuvo cuatro llamadas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

del 1495 BORTERREY, BERTH

Del Campo hizo furor. ¡Oh! como que es un actor de primer orden, y á todos los actores parece que les pagaron; lo hicieron admirablemente.

—Y usted? le preguntó Isolina.

—Yo, hija, en la concha, allí es donde está el todo; el apunte es el alma; sin mí rodarían todos; qué quiere V., hija, la práctica nada más, la práctica; pero vamos á cuentas, ¿usted se siente con vocación para las tablas?

—Yo.... balbuceó Isolina sorprendida por la andanada de Pico, ¡oh.... si pudiera salir de aquí!

—Cómo si pudiera? pues si eso es hecho, hija, cuéntelo V. por seguro. Estoy resuelto á cederle á V. mi caballo, que se parece al de D. Quijote; y en cuanto á salir, me parece la cosa más fácil del mundo. Atravesamos el patio, y una vez en mi habitación, á la calle: me parece esto tan sencillo que no comprendo como no le había ocurrido á V. hacerlo así desde hace tiempo.

—Se lo explicaré á usted: esta ventana

estaba condenada, y el haberla abierto sin que se note es el resultado de un trabajo de dos meses; vea V. que las puertas....

—Efectivamente, exclamó Pico examinándolas, el barrote de una está adherido á la otra y la cerradura intacta. No me había equivocado al decir que V. tiene mucho talento; este es un procedimiento ingeniosísimo para abrir puertas, y no lo echaré en saco roto.

—No es mío el mérito de la invención, pues la puerta misma se prestaba á esta operación; pues aunque parece muy fuerte está apolillada interiormente y ya los barrotes de abajo estaban separados.

—Entonces es un genio protector, un talismán, como el de las comedias de magia, el que ha puesto aquí su influencia; de todos modos felicito á V. por sus buenas medidas para la evasión: todo saldrá á las mil maravillas, hija mía; empieza V. á ser hija de la suerte, y esta suerte tengo el honor de ser yo quien la ha traído; ó más bien dicho, mi simpático Alí, el mejor de mis

amigos de quien debo hacer á V. la completa apología; porque mientras no esté V. al tanto de sus prendas morales no acabará V. de estimarlo convenientemente; pues á pesar de lo mucho que yo le quiero, convengo en que su aspecto es ordinario y sus modales no muy caballerescos.

—En primer lugar, este apreciable cuadrúpedo me ha hecho pensar algunas veces en la transmigración y he estado á punto de convertirme en un perfecto pitagórico. Créame V., hija mía, mi perro guarda en su cerebro el alma de algún sér, que bien pudo haber sido muy desgraciado, pero no por eso menos entendido y discreto.

—Alí ha sido mi proveedor de cámara, como diría un rey ostentoso: yo he hecho ya reyes de esos y mi majestad real ha sido saludada por el respetable público.... Pues como iba diciendo, mi perro me ha dado muchas veces de comer, virtud tanto más apreciable cuanto que el primer inconveniente para tener un perro es mantenerlo; pues hé aquí que mi Alí me ha mantenido.

Isolina hizo un movimiento.

—No se sorprenda V. ni ponga en duda jamás las aseveraciones que salen de la boca de Pico. Me llamo Pico para servir á usted. No sé si ya lo había dicho, pero es lo mismo; Pico es un apellido raro ¿no es verdad? no se ría usted.

—Yo....

—Esto no me cogería de nuevo porque ya me ha sucedido y he tenido que resignarme; desciendo en línea recta del Pico de Orizava, no porque yo haya subido nunca, sinó porque mis abuelos eran de allí; pero volvamos á mi cuento: decía yo que Alí me ha mantenido y voy á demostrarlo.

—Cuando pertenecía al ejército, porque he sido militar, hija mía, militar, ¿no se me conoce? véame V. bien, conservo el aire yo marcial y tengo la costumbre de pararme cuadrándome al frente; cuando era yo militar, mi perro, mi Alí, hacía conmigo la campaña, entrábamos juntos en acción; pues bien, poco antes de llegar á una población,

rancho ó paraje, mi perro se adelantaba á carrera abierta, por cansado que estuviera; esta carrera quería decir esto al pié de la letra: «Pico te voy á traer el almuerzo.» Efectivamente, á poco rato volvía Alí trayendo un pollo entre los dientes, me lo entregaba religiosamente, y no esperaba, el desinteresado animal, ni á que le diera las debidas gracias, sinó que seguía caminando con la naturalidad propia de una persona que no cuenta los favores que hace; y esta es la única vez, sea dicho de paso, en que le he encontrado algunas ventajas al no saber hablar.

—Por mi parte, como no sabía á quien pagarle el pollo, lo entregaba á mi asistente que se encargaba de quitarle el traje de carácter, quiero decir, de desplumarlo, y después de asarlo en crudo, todo por vía de medida precautoria y mientras parecía su dueño, cosa que, por otra parte, se me hizo siempre muy difícil de averiguar.

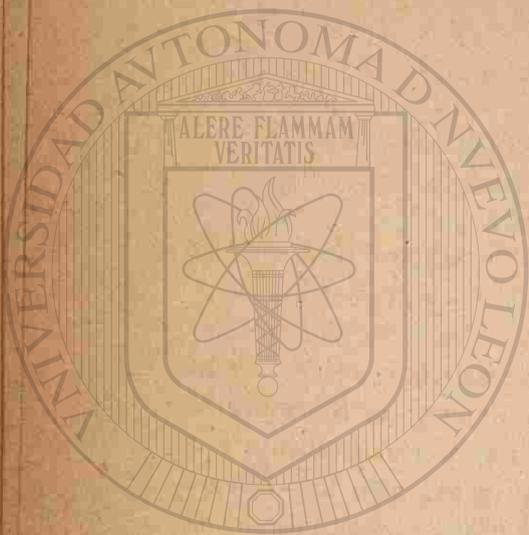
—Cuando no era pollo era algún marrani-  
llo, el cual con unos pulmones más buenos

para actor trágico que para cochino adjudicado, me ponía en graves apuraciones.

—Esta es, entre otras muchas, una de las estimables prendas de mi Alí. Se lo recomiendo á usted como individuo de nuestra próxima expedición, en la que usted cabalará en mi rocinante que yo llevaré del ronzal, y júrelo usted, hija mía, así emprendemos el camino de la gloria artística; por ahora me voy porque estamos de manteles largos y ya me esperan. Adios, Isolina, ánimo; nos veremos seguido mientras llega el momento de partir.

Diciendo esto Pico tomó las manos de Isolina, las estrechó entre las suyas, y de un salto se puso en el patio, y después subió á su ventana desde donde llamó á Alí, saludó de nuevo y cerró.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CAPÍTULO VII.

UN DÍA DE CAMPO EN GUANAJUATITO.

**L**os burros de la compañía, los caballos de Pico y de Romero, algunos otros de mejor estampa y un quitrín de dos ruedas, eran los vehículos que debían conducir á la compañía dramática y á algunos otros convidados á Guanajuatito, lugar elegido por D. Pepe para la fiesta con que tan generosamente obsequiaba á Romero y á su señora la primera dama de la compañía. ®

Cuando Pico llegó al lugar de la reunión ya las señoras estaban colocadas sobre sus

respectivos asnos, y todos los satélites de don Pepe sirviendo de galanes comedidos y serviciales.

No faltaban charritos que, en tratándose de un paseo con señoras, llevaran sus mejores caballos y sus más lujosas sillas; el prefecto manifestó por medio de su escribiente que no sería de la caravana, porque tenía un quehacer preferente del servicio; pero que se presentaría después.

Esto lo encontró el prefecto en armonía con su caracter de primera autoridad; pues era de muy buen efecto dar una prueba manifiesta de que para él era primero el servicio público que las diversiones particulares.

El administrador de rentas no tuvo inconveniente en cerrar la oficina, y el escribiente, el poeta Fuentes, aunque desvelado á consecuencia de los versos, apareció rozagante, con su ropa nueva, y dispuesto á subyugar con sus atractivos á la jóven María, cuyas miradas le habían hecho ver estrellitas.

La mañana era hermosa; y bien pronto la comitiva se puso en movimiento, caminando primero por unas callejuelas formadas por tapias, sobre cuyos bordes se recostaban las perezosas higueras ó descollaban los corpulentos árboles de aguacate.

Guanajuatito es la prolongación de la cañada en cuyo fondo está Santa María del Río; después de haber dejado atrás las huertas se asciende por las mismas faldas de las montañas seculares, que conservan por todas partes su aspecto sombrío y árido contrastando con los remansos, las praderas, los cármenes y las vegas de las faldas; éste es el camino de Guanajuatito: se llega al pueblo sin sentirlo; y cuando ya se ha elevado el terreno de las cuevas se ve á lo lejos á Santa María dormida entre sus árboles.

La caravana, caracoleando por los vericuetos, los zarzales y las casitas que estrechan el camino, llegó á una puerta desde la cual se descende por una rampa hasta un vergel, en cuyo fondo se elevan árboles

colosales tegiendo una bóveda de follaje por donde apenas penetra el sol; algunos viñedos y milpas se extienden al frente hasta tocar el río, bordándolo con una doble hilera de sauces, y después otra vez la montaña aterida y triste, pero majestuosa.

Una orquesta colocada en el centro del vergel recibió á la comitiva entonando una marcha nacional; y otras varias personas esperaban ya en aquel sitio á los recién llegados como para hacerles los honores del recibimiento.

Los alegres acentos de la música y la presencia de las jóvenes alegres y bulliciosas completaban aquel cuadro, en el que la naturaleza se había encargado de preparar el salón del baile, decorado con esos frescos que en vano se afana el hombre por imitar.

El aspecto de aquel conjunto era tan risueño, que los árboles rizaban á veces algunas de sus menudas ramas como estremeciéndose de placer, mientras que los rudos habitantes de aquellas comarcas olvidadas del mundo, estaban inmóviles y se

creían sin duda bajo la impresión de un sueño extraño.

Entretanto, las miradas de los convidados de ambos sexos llovían sobre la primera dama y sobre la bailarina.

En los pueblos cortos, la aparición de una mujer que usa toalla de Venus y puff es un acontecimiento inolvidable.

Dos jóvenes trigueñas, cuya epidermis había recibido denodadamente tanto sol como los higos de Santa María, se lastimaron los codos á tanto hacerse señas.

—¡Ay! mira qué blanca es la cómica!

—Es porque está encalada.

—Yo cuándo!

—Ni yo tampoco.

—¿Y con qué se pintará?

—Con cal, con qué ha de ser.

—O con tizar.

—Sepa Dios cómo tendrá la cara de rajada.

—Tal vez será tan prieta como nosotras.

—¿No le parece á usted, decía una señora mayor á su vecina, que eso de pintarse está bueno para las tablas nada más?

—Ya se ve, para venir al campo no se necesita pintura.

—Pero estas mujeres son todas ficción.

—Pero vea usted como trae á los hombres, todos la rodean.

—La novedad, hija, la novedad; como por aquí no se ve seguido de eso....

—Bien visto, son mujeres como todas.

—El caso es que son las más solicitadas.

—*Por cierto de ellas!*

—Tengo una duda, señor, le decía la mujer del administrador de rentas al padre cura que estaba bajo un árbol.

—Diga usted.

—¿Es cierto que las cómicas están excomulgadas?

—¿Quién le ha dicho á usted eso, señora?

—Como las muchachas *dencá* D.<sup>a</sup> Rosa no quisieron venir por eso!

—¿Es posible?

—Y no es otro el motivo; pero empezó doña Rosa con que si las mujeres de teatro estaban excomulgadas y si eran esto y lo otro y lo de más allá; de si era pecado darles la

mano, y que te fué y que te vino; las muchachas por temor de gravar su conciencia (ya las conoce usted) no vinieron.

—Pues hicieron mal, dijo el señor cura, las cómicas es cierto no son personas muy bien recibidas en la buena sociedad, pero hoy día en que las costumbres van cambiando tanto, esas señoras empiezan á tener entrada en todas partes; además, que teniendo buena conducta yo creo que no hay inconveniente en tratarlas.

—Pues yo decía, porque como.... vea usted á los hombres, si no hablan más que con ella, y vea usted á mi marido; si le bailan los ojos, y anoche no me habló más que de lo peligrosas que le parecen esas mujeres; véalo usted, véalo usted, señor cura.

—Pero no se alarme usted por eso, hija mía, hasta cierto punto es natural; figúrese usted que son las convidadas, las dueñas de la fiesta, como quien dice, y es preciso que las personas notables como su marido de usted, les hagan los honores.

—Sí, convengo en ello, pero no tanto;

mi marido no me hace caso desde que llegaron las cómicas.

Efectivamente, el administrador á pesar de aquella conversación edificante que tuvo con el juez letrado sobre lo peligrosas que son las mujeres de teatro, parecía solazarse en jugar con fuego.

Don Pepe García había adquirido ya gran familiaridad con la primera dama, y ya se permitía sus chanzas atrevidillas; todo lo cual ponía en un brete al pobre del escribiente, que se había empeñado en hacer su conquista é fuerza de miradas.

La música anunció unas cuadrillas á la sazón que el administrador hablaba con María; don Pepe se apresuró á pedir las, pero el administrador, conociendo el intento, se adelantó á pesar de no saber bailar.

El escribiente vió todo esto y pidió las cuadrillas á la bailarina y se paró frente á María.

—¿Está usted muy contenta en su carrera, señorita? le preguntó el administrador á María, cuando se hubieron parado.

—Le diré á usted, le contestó María.— Es cierto que es una carrera de gloria, pero tiene muchos inconvenientes.

—Ya lo creo, dijo el administrador.

—En primer lugar, las exigencias del público, tan voluble en todas partes y tan incomprensible. Figúrese usted que estando en Mazatlán canté la *paloma* en una noche de mi beneficio, y adios! desde ese momento ya el público no quería que yo hiciera otra cosa que cantar la *paloma*, viniera ó no al caso.

—¡Habrás visto ocurrencia!

—Pues señor, *paloma* fué, que se acabó la temporada.

—¡Cosa más rara!

—En Colima ¿creerá usted que no gusté en la «Dama de las Camelias?»

—¿Nó?

—No, señor, ¿usted me ha visto trabajar en ese drama?

—No, señorita, y no he visto *dracmas*, no más comedias.

—Pues hago furor: esto no quiere decir

que lo haga yo bien, ni que me tenga por gran cosa; pero me cae bien ese papel, lo siento, y en consecuencia lo muevo bien, las transiciones me salen muy naturales y el llanto persuade porque..... según me han dicho..... una de las cosas que yo sé hacer en las tablas, es llorar.

—¡Oiga!

—Sí señor; pues á pesar de eso la «Dama de las Camelias» apestó.

—¿Apestó?

—Sí señor.

—Señorita, permítame usted que no la crea.

—Por qué?

—Porque..... ¿usted hacía esa Dama de las.....

—Sí señor.

—Y dice usted que..... apestó?

—Exactamente.

—¿La Dama?

—Sí señor.

—Pues no puede ser: insisto en que no puede ser.

—¡Cómo!

—Es decir, todo me parece que puede suceder, señorita, menos que usted..... con perdón de usted .....que usted..... apestó..... porque al acercarse uno á la persona de usted, señorita, huele como á flores, como á esencias; y eso estando cerca; con que ¿cómo puede haber olido el público de Colima desde los asientos para que usted les hubiera.....

—¡Ja! ¡ja! dijo María riéndose de buena gana; es que nosotros los actores tenemos esa frase, para indicar que una comedia no gusta y decimos así: *esta comedia apestó*.

—¡Ah! ¡ah! dijo á su vez el administrador, yo creía que se trataba de fetidez, de hedentina.

—No, no señor; Dios me libre!

—Al paso que, continuó María, el mismo público quedó encantado con una pieza del teatro francés que es un *esperpento*.<sup>®</sup>

—Un qué?

—Un esperpento.

—Perdóneme usted, señorita, nosotros

los que no vivimos en las ciudades, no entendemos muchos términos de esos..... ¿cómo decía usted? un qué?

—Un esperpento, ó lo que es lo mismo, un culebrón.

—¿Esperpento es lo mismo que culebrón?

—Sí, señor.

—Y culebrón y esperpento quiere decir....

—Una comedia mala.

—Ah!... ya, eso sí, ya sé, ¡esperpento!

—Le digo á usted que el público es lo más variable que se conoce y lo más difícil de contentar.

—Eso consiste en que el público no se compone de administradores de rentas de Santa María del Río; dijo el administrador, pareciéndole ésta la mejor de las flores que había dirigido hasta entonces á la cómica.

En cada media cadena de las cuadrillas, el escribiente apretaba la mano á María, y ésta, con la mayor ingenuidad, le pagaba con una sonrisa.

A cada sonrisa se espeluznaba el escri-

biente, y cada espeluzno era, según lo que sentía, un paso á la felicidad.

Cuando terminaron las cuadrillas, el escribiente procuró buscar asiento junto á María, y logró, no sin bendecir su fortuna, un asiento próximo.

—Señorita, soy el más feliz de los hombres.

—¿Sí?

—Figúrese usted que no he dormido anoche.

—¿Y á eso llama usted felicidad?

—Sí, porque en vez de dormir estuve haciendo versos para usted.

—¡Ah! es cierto; ¿usted es el joven que tuvo la bondad de ofrecerme unos versos?

—Yo soy, señorita, el mismo Jesús R. Fuentes, servidor de usted.

—Yo lo soy de usted; ¿y se acabó ya la composición?

—Ya, y la puse en limpio; está un poco incorrecta, porque qué quiere usted, las prisas....

—¿Pero en dónde está? ¿la trae usted?

—Sí, dijo en voz muy baja el escribiente; sí, señorita, pero no creo prudente darle á usted el papel aquí.... delante de todos.

—Eso no tiene nada de particular.

—Yo no sé si su marido de usted será celoso.

—¡Quiá! ¡qué celoso! ¡pues quedaba fresco!

—Y además, las gentes que son tan maliciosas.... y luego que don Pepe no nos quita la vista.... Ya encontraré ocasión para darle á usted el papel con disimulo.

A María no le pareció conveniente insistir, y dejó que el escribiente siguiera acariando sus dulces ilusiones.

Diremos algo de María.

María nació bonita y en Morelia: murió su papá en campaña sin dejarle á su viuda más que á María, que tendría entonces diez años.

María había aprendido á leer y tenía muy buena memoria: relatava tres cantos seguidas del Moro expósito, y los decía en su teatro formado con sillas y sábanas.

La viuda se consolaba con las gracias de su hija.

Madre é hija comían ese pequeño pan que suele ganar la mujer en México cosiendo; pero la aguja era cada vez más insuficiente.

María disfrutaba una pensión militar, merced á la cual la miseria venía más lentamente; pero á la primera suspensión de pagos, la madre y la hija comenzaron á verle las orejas al lobo.

A la pensión siguió la casa de empeño, adonde fué á parar el resto de las antiguas comodidades.

Después del empeño el ¿qué haremos? y después de esta triste frase un oficial.

Este oficial tenía buenos bigotes y paga en corriente; circunstancias por las cuales la madre de María bendijo ingénuamente á la Providencia.

Los tres comían juntos, y como comían juntos, el oficial, que era de buen apetito, notó que María tenía unos dientes magníficos.

María notó á su vez que los bigotes del oficial eran muy sedosos.

Un día le vino la tentación de peinárselos. Lo primero que María le regaló al oficial, en armonía con sus opiniones, fué un peinecito.

Los bigotes del oficial se pusieron más sedosos; los traía siempre muy bien peinados.

En esta sazón surgió una orden perentoria, una orden militar de esas de á media noche; la revolución estaba encima y los bigotes del oficial corrieron el peligro de volverse á entregar á la incuria.

Al día siguiente la madre de María estaba sola.

El oficial se había llevado sus bigotes, su peinecito y á María.

Cuando María reflexionó en lo que había hecho, lo primero que pensó fué esto, de pura vergüenza:

—Yo no tengo cara para presentarme delante de mi mamá: no la vuelvo á ver.

Y así sucedió, no la volvió á ver.

El caracter del militar parecía tan dócil como sus bigotes, pero esto fué al principio.

Después, cuando se perdió el peinecito, el oficial era una especie de Júpiter de Offenbach.

María, como sucede á la débil mitad, no pudo resistir el yugo y la tiranía de su Júpiter; y por lo poco que había aprendido de táctica ligera, tocó retirada.

Esta retirada fué para incorporarse con un cómico que hacía galancetes.

La ley de los hechos consumados consagró desde entonces la unión de María del Carmen Zubiría con el ex-teniente, hoy don Gervasio Miguel Romero del Campo, artista nacional, formador, director, empresario y pintor escenógrafo de una compañía dramática de lo mejor que se ha visto.

En seis años el primer galán y la primera dama se habían hecho artistas, á la vez que viajeros infatigables, pues habían recorrido á media república.

María había tenido ya muchos beneficios;

y no era la primera vez que se veía siendo objeto de obsequios cuantiosos.

La prodigalidad es una virtud rara.

Una artista bonita está siempre abriendo las manos.

Entusiastas hay que empeñan su reloj para hacerle un obsequio á una artista que se les va de las manos al día siguiente como una golondrina.

Tanto el muchacho mal criado que hace una gracia como la actriz que hace algunas, han logrado establecer una contribución pingüe, que representa una fuerte suma en la circulación.

Todas las propinas se llaman gajes del oficio.

Las actrices recaudan estas propinas extendiendo su recibo en una sonrisa.

Pertenecen á los dichosos escogidos, que pueden saborear estos monosílabos: Me dan.

Á María le daban.

Á D. Pepe le estaba costando un ojo todo aquello.

A María del Carmen, solo sonrisas y uno que otro apretón de mano.

El administrador, el escribiente, el prefecto y D. Pepe se estaban lamiendo los labios, antes del almuerzo; pero diremos en abono de ellos, que esta operación del sexo feo es un indefectible tributo que pagamos todos.

Aparézcase una chica de buenos perfiles, con dos ojazos de máquina eléctrica, una boca fresca y voluptuosa, que todo puede ser; y luego que la tal criatura tenga su chisgo y su no sé qué; resánese la epidermis, de suyo deleznable, con blanco de plata; y burlándose el más asqueroso tlapalero de más casta rosa de Castilla ministre un átomo de carmín extra, y tendreis todo lo que se necesita para lamerse los labios.

Y luego que á pocos varones se les puede quitar lo vanidosillos y lo pagados de sí mismos..... haced el favor de decirnos si todo lo que pasaba en Guanajuatito no era de todo punto natural, y si cabría en lo posible evitar que media docena de cerebros

masculinos se estuvieran ocupando, en aquellos momentos, en improvisar poemas de amor.

Por lo que respecta á María del Carmen, no se consideraba enteramente en su centro; veía á aquellas gentes con el desdén propio de una gran señora, y solo aceptaba aquello que, lisonjeando su vanidad, no la desviara de su caracter de primera figura del cuadro.

La bailarina era otra cosa.

No es el *sprit*, precisamente, lo que en general caracteriza á los adeptos de Tepsícore. La estética limita su prestigio al círculo de la materia animada.

El bailarín es el sér racional que sigue inmediatamente al autómata.

Si es varón, se le puede conceder que sigue inmediatamente al hombre, en rigurosa escala.

Si es hembra, suele no ser cierto en ella ni la voluptuosidad ni las formas.

No hay apariencia más engañosa que una pareja de baile.

Pasa junto á nosotros á las once del día una figura, cuyo color y facciones dudosas la confunden con una viuda pensionista ó con una costurera; se desliza escualida y medio encubierta pero desapercibida; si arranca una mirada es de sorpresa; es la de algún espectador que duda si aquella sombra es la ágil, la flexible, la voluptuosa N. de cuyas formas se desprendían, la noche anterior, rayos eléctricos, que estaban haciendo temblar á la ancianidad invencible, y alborozarse á la juventud sedienta.

La bailarina de la compañía dramática de que era director y formador el señor D. Gervasio Miguel Romero del Campo, se llamaba Pepa; tenía veintiocho años, catorce de los cuales había empleado en la gimnasia de las pantorrillas, y podía notar muy bien el observador un busto clorótico y enfermizo sobre unas piernas de acróbata de músculos de acero.

Al través de su zapatilla color de carne, se adivinaba el nervudo pié de correo extraordinario; al través de sus *carnes* de se-

da, los músculos de un cargador de la aduana y, ¡oh poder de la fascinación y del teatro! Pepa era una notabilidad, Pepa arrebatada, Pepa había recibido obsequios de señores capitalistas de cabeza mezcilla y dientes de *Crombé*.

Pepa había inspirado pasiones; Pepa había amargado algunas uniones conyugales; Pepa, en fin, era peligrosa.

Cuando tenía quince años la conoció Castañeda y la indujo á brincar; Pepa brincó bien, y de salto en salto llegó á las tablas.

Todo con el loable fin de mantener á su madre.

*Debutó.*

Hizo la primera noche el sacrificio de exhibir sus débiles formas, como figurante de baile.

Sobre las rosas de los quince, no desdijeron ni el albayalde ni el colorete, al contrario, realzaron á Pepa á sus propios ojos; circunstancias que es una elocuente aprobación á favor de la *mano de gato*, ó sea

esa enmendatura de moda á que hoy se ha entregado el bello sexo con tanta fé.

Y bien visto no hay cosa más natural, y sobre todo, más puesta en razón.

Somos partidarios de la toalla de Venus, porque la civilización está en su derecho para disimular, lo mejor que pueda, las imperfecciones inevitables de las razas modernas; y mientras las generaciones se legan el raquitismo y la fealdad con la invencible precipitación de las cosas á medio hacer; mientras la higiene se hace ineficaz y la depravación de las costumbres toma creces, el arte que nació de lo bello, protesta contra la generación y confecciona drogas ya que no puede improvisar salud ni sangre pura.

Holloway y Beltrán se andan por las ramas vociferando sus purificadores de la sangre; el hecho es que no nos alcanza el tiempo, ¿qué hacer entonces?

Ya que la humanidad no nos puede ofrecer ya Cleopatras ni Susanas, ni siquiera una progeñie presentable, la civilización, proveedora infatigable de bienes, nos la pinta;

y aprovechando los *contornos* de la presente generación *nos ilumina* nuestras novias, *les mete* color para que el artículo no acabe de desprestigiarse en el mercado humano.

Pepa, como íbamos diciendo, se sorprendió de sí misma; y era natural.

Pepa no se había dado cuenta nunca de su propio *contorno*, hasta que el albayalde vino á realzar las líneas.

Pepa era una hermosura de *claro y oscuro* y cuando se vió *iluminada* se reconcilió consigo misma.

Pepa había concentrado todas sus facultades, desde los catorce años, en el movimiento: había puesto toda su inteligencia á sus piés, y llegó hasta no necesitar ni la palabra, y mucho menos aquello con que se hacen los sermones.

El ejercicio del baile llegó en Pepa á realizar el diptongo que hemos procurado describir, quiere decir, el busto de una anémica sobre la parte inferior de un funámbulo: llegó el mismo ejercicio á dar una flexibilidad sobrenatural á los ligamentos

de las vértebras dorsales y á los encajes de los *fémur*.

Hé aquí por qué clase de artificios anatómicos, Pepa había llegado á ser una mujer de atractivos irresistibles.

Todo esto hubo de ser edénico y maravillosamente poético para un señor magistrado de edad madura, quien sin alegato de buena prueba y sin tocar el fondo de la cuestión, se sentenció de plano al pago de costas, daños y perjuicios con sus bienes habidos y por haber.

Pepa recibió resignada, y un tanto sorprendida, el tributo que el magistrado rindió á sus atractivos; y sin hacerse un gran esfuerzo de inteligencia, comprendió desde luego que había entrado al mundo con buen pié.

Pero el magistrado hubo al fin de abandonar sus cuarteles de invierno, al resentir el irreparable menoscabo de sus rentas, á la sazón que Pepa, como los jugadores, tiraba su fortuna en un tumbo de dados.

Pepa había llegado á rodearse de una

cohorte de pollos: se desarrolló en ella el mismo vicio que en los jugadores: cambiaba baraja como ellos, ó jugaba, como ellos, con dos barajas.

Y así fueron pasándose los años cómicos; lanzándose en los recesos á la legua, buscando, como algunos gusanos los renuevos, los nuevos públicos.

Todas las medianías teatrales necesitan vivir explotando la novedad, sobre el frágil pedestal de su insuficiencia, y nunca resisten á las pruebas largas.

Hacen lo que los prestidigitadores: la ilusión está en la rapidez. Por eso D. Gervasio Miguel Romero del Campo, no se envejecía en ninguna población, y tenía burros propios para poder tener siempre el pié en el estribo.

El bailarín se llamaba Pancho Pintado, y aunque Pepa tuviera un apellido cualquiera, D. Gervasio Miguel Romero del Campo anunciaba siempre en sus programas á los bailarines de esta manera:

«La hábil *pareja Pintado* ejecutará el

precioso baile *de gran visualidad* intitulado etcétera....»

Pancho Pintado era feo, pero pintado estaba peor; tenía los cabellos muy lacios, y hacían sobre su craneo el mismo efecto que una borla de seda negra vuelta al revés, especialmente cuando Pancho no se ponía una diadema ó cinta, con la que acababa de ponerse escupible.

Cierta peste de viruelas había dejado en la epidermis de Pancho algunas docenas de concavidades resumidoras de albayalde.

Pancho tenía los ojos muy pequeños, pero para bailar corregía la linea de sus párpados con una linea ejecutada con un pincel y tinta de China; y entonces la mirada de Pancho tenía la expresión de una de esas esculturas coloridas con pestañas robadas á una piel de toro.

Pancho á los veinte años no había podido alcanzar de la mezuquina naturaleza más que un bigote de pollero, segunda edición de una de sus escasas cejas; pero al exhibirse al público, Pancho se pintaba un bigo-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 - MONTEBAY, 1897

tito con corcho quemado y por añadidura se pintaba las mejillas hasta alcanzar la rubicundez de una manzana panochera.

Pancho era en todas las compañías un sér pasivo, humilde, sin pretensiones, callado, prudente, que hablaba poco con los hombres, y en cambio solía emprender largas pláticas con las coristas ó con las partes de por medio, sobre la manera de pegar unos volantes ó de colocar unos lazos; tenía un sueldo corto y siempre andaba junto á la bailarina.

Sabía coser y era el sastre de la compañía, porque no había olvidado su primer oficio; le recorría la ropa á don Gervasio y tenía mucha gracia para entallar un corpiño.

Su andar era característico: volvía mucho las puntas de los piés hacia fuera y nunca se paraba derecho ni dejaba caer los dos brazos; no se ponía la mano en los bolsillos, sino en la cintura, tenía una voz aflautada y suave, hablaba despacio y padecía dolor de clavo.

No enamoraba á las actrices y nadie le

conoció inquietudes ni malas inclinaciones.

Pancho era bueno.

Todos le trataban con confianza, porque la inspiraba.

En lo general estaba triste, y era por esto:

Había llegado á adquirir suma ligereza y daba ya ciertos pasos difíciles y resgosos que pertenecían más bién al funambulismo que al arte coreográfico; giraba en el aire en sentido diagonal y hacía otros varios prodigios por este estilo; y á pesar de eso, en lo general, no era aplaudido; siempre el público estaba frío con el bailarín y más de una vez los *ceceos* fueron solamente la cosecha de su talento coreográfico, especialmente cuando bailaba solo ¡y no bailaba mal!

Esto había lacerado su alma; y por eso estaba triste y como resignado á seguir ganando su vida haciéndose tolerar del público.

En cambio de lo mal que el público pagaba la habilidad de Pancho Pintado, en el

baile, cada vez que Pancho desempeñaba un papel (que hacía detestablemente) obtenía una silba: de manera, que, sin saber hacer más por su parte, no sabía qué sería más ingrato para él, si la aguja, el baile ó la declamación, pues estaba decretado que Pancho no había de comer sino á fuerza de decepciones.

En cambio Pepa sabía aún alcanzar grande éxito sobre las tablas.

Tal era la *inimitable* pareja Pintado.

La animación se había difundido por fin entre los concurrentes al día de campo: el poeta era el más feliz de los hombres, le había apretado la mano á María del Carmen; don Pepe iba estando cada vez más seguro de su dicha, y muchos de los concurrentes gozaban en la fiesta, convenciéndose á pesar de todo, de que los cómicos son hombres como todos.

—Mire usted, decía el juez, yo soy hombre de experiencia, que de lo contrario, á la hora de ésta habría ya caído en el garlito.

—¿Por qué? le preguntó la mujer del administrador de rentas.

—Porque estas cómicas son terribles.

—¡Quite usted allá, señor juez! si yo estoy que se me pueden tostar habas; yo no soy celosa, Dios me librara; pero veo unas cosas.....

—¿Pues qué ha visto usted, señora?.....

—No..... lo que es de ver algo..... no, señor; pero en fin, una no es tan tonta que no comprenda lo que pasa, y como estas mujeres son tan descocadas..... la verdad, á mí no me gusta la gente de teatro; yo por mi gusto no hubiera venido, pero por don Pepe.....

—¡Ah! ya se vé... qué había uno de hacer!

—Pues vea usted, señor juez, la bailarina me parece más juiciosa.

—Sí, hasta ahora..... por lo menos yo la he visto bailar como á todas, quiero decir, sin ninguna actitud deshonesta.

—¡A fé que la tal María del Carmen! tiene un modo de bailar.....que la verdad no me gusta.

— Dicen que es de moda.

— ¡Vaya una moda!

— No se canse usted, señora, los cómicos para las tablas, pero nó para tratarlos de cerca.

— Y luego que no sé si habrá usted estado en antecedentes.

— ¿De qué?

— ¡Cómo de qué! todo esto no es sino porque don Pepe se ha enamorado de la cómica.

— ¡Ah que don Pepe! si es capaz de.....

— Ya lo conoce usted, y yo no sé qué le ven las mujeres.

— Su dinero.

— ¡*Por cierto* de su dinero!

Estos y otros muchos por este estilo eran los comentarios que aquella amable concurrencia hacía de los cómicos que estaban á la orden del día, ni más ni menos que si fuera de noche.



## CAPÍTULO VIII.

EN EL CUAL EMPIEZA EL LECTOR  
Á SEGUIR MUY DE CERCA  
LOS PASOS DE ISOLINA.

**D**OS horas antes de marchar la compañía y después de haber dado las seis funciones en el pueblo, Pico ensilló á tientas su caballo y sacó á Isolina de su prisión, y hasta la noche de ese día fué cuando D. Gervasio Miguel Romero del Campo se enteró del aumento en el personal del elenco.

— Ven acá, director, le dijo Pico á Rome-

— Dicen que es de moda.

— ¡Vaya una moda!

— No se canse usted, señora, los cómicos para las tablas, pero nó para tratarlos de cerca.

— Y luego que no sé si habrá usted estado en antecedentes.

— ¿De qué?

— ¡Cómo de qué! todo esto no es sino porque don Pepe se ha enamorado de la cómica.

— ¡Ah que don Pepe! si es capaz de.....

— Ya lo conoce usted, y yo no sé qué le ven las mujeres.

— Su dinero.

— ¡*Por cierto* de su dinero!

Estos y otros muchos por este estilo eran los comentarios que aquella amable concurrencia hacía de los cómicos que estaban á la orden del día, ni más ni menos que si fuera de noche.



## CAPÍTULO VIII.

EN EL CUAL EMPIEZA EL LECTOR  
Á SEGUIR MUY DE CERCA  
LOS PASOS DE ISOLINA.

**D**OS horas antes de marchar la compañía y después de haber dado las seis funciones en el pueblo, Pico ensilló á tientas su caballo y sacó á Isolina de su prisión, y hasta la noche de ese día fué cuando D. Gervasio Miguel Romero del Campo se enteró del aumento en el personal del elenco.

— Ven acá, director, le dijo Pico á Rome-

ro: te voy á presentar á la presunta primera dama de nuestra compañía.

—¿Me vas á enseñar alguna monstruosidad?

—No: te voy á enseñar un tesoro.

—¿Eh?

—Ni más ni menos: ven.

—¡Hola! hola!

Y Pico llevó á Romero á uno de los cuartos del mesón en que habían parado.

El cuarto estaba apenas iluminado por una delgada vela de sebo, é Isolina se había puesto de pié al sentir el ruido de la puerta.

—Presento á usted á mi amigo el señor don Gervasio.....

—Gervasio Miguel Romero del Campo, dijo Romero lanzando una mirada escudriñadora á la bella desconocida.

Isolina contestó con voz débil, y Romero no sabía á qué atenerse en materia de aquella aparición misteriosa.

Hubo un momento de silencio y perplejidad.

—Deseo, dijo Pico, que conozcas bien á mi interesante y querida amiga; te la presento y además te la recomiendo, porque fío en tu buena amistad; supongo que podré recomendarte á mi bella protegida.

—Señorita dijo Romero; desde luego me pongo á las órdenes de usted, y si en algo puedo serle útil, tendré un gran placer en servirla.

—Te diré, Romero, interrumpió Pico, la señorita se llama Isolina.... ¡mira qué nombre para las tablas! ¿no es verdad que es un nombre soberbio? Pues bien, Isolina se siente con vocación para el teatro; felicítate, amigo director, felicítate de todo corazón por la adquisición de esta perla del arte.

—¿Será cierto, señorita, que usted desea...

Isolina contó someramente á Romero la historia de sus sufrimientos y su evasión, y luego continuó:

—Hoy me encuentro sola en el mundo, sin más amparo ni protección que ustedes, cuya bondad empieza á indemnizarme de

mis pasadas desventuras; y desde luego me creo en el deber de prestarme á ser útil, si es que puedo serlo, según cree el señor Pico, en una carrera que me es enteramente desconocida.

—Diré á usted, señorita: la carrera del teatro está sembrada de sinsabores, y nosotros los artistas nacionales, los que hemos saltado al proscenio movidos por un arranque de inspiración y por los impulsos del genio, recojemos, es cierto, los lauros y las ovaciones, pero ¡Dios mío! con cuántas decepciones....

Como el lector podrá notar, Romero se iba poniendo en caracter.

—Usted es hermosa, continuó, tiene usted un timbre de voz argentino y simpático, y la voz, la voz, señorita, es el talismán de una artista; vea usted á María Cañete ¡qué voz de mujer, qué entonación, qué brillo!... y cuando se tiene una voz así, no falta más que el genio, que Dios lo dá; pero sin embargo, bajo mi dirección hará usted prodigios; yo soy un artista nacional, proclamado

honra de México por varios públicos inteligentes; he trabajado en Buenos Aires y en San Francisco, he recibido obsequios de algunos altos personajes y la prensa toda de mi país, de mi adorado país, me ha prodigado, con una profusión asombrosa, sus merecidos elogios, y vivo entre las palmas, porque no hay vez que yo pise las tablas que no adquiera palmas.

—Hace poco tiempo que me presento con mi María, que es la primera dama; á mi juicio sin competidora. Donde se pára mi María, allí está la gracia, y el salero y la gentileza, allí está el arte y la inspiración; es española, nació en la tierra de la Santísima Virgen y solo por un disgusto de familia se vino á América; pero hoy, merced al estudio que ha emprendido á mi lado, es la perla del arte; así la han llamado los periódicos y por tál la tienen críticos severos y escritores de nota de mi país y del extranjero.

Como se ve, el artista nacional prefería que María hubiese nacido en España.

Isolina estaba aturdida; hacía dos meses

que no había oído hablar más que á don Pepe, y le estaba pareciendo que ésa era la causa de que todo lo que le estaba pasando fuera de un caracter tan extraño. Aquella charla de Romero era para Isolina una cosa nueva, y tanto Pico como Romero le parecían hombres de un género enteramente desconocido para ella; pero estaba en sus manos y tenía necesidad de transigir con ellos, por extravagantes que le pareciesen.

Hasta aquel momento Isolina había tenido una buena introducción en la compañía; Pico era amable y servicial, y don Gervasio, á pesar de su prosopopeya, era un caballero galante.

Pero faltaban las hembras, y muy especialmente, la que había nacido en la tierra de la Santísima Virgen.

—Me permitirá usted, señorita, presentarla á mi María del Carmen, supuesto que en lo de adelante vamos á formar una sola familia.

Estas palabras engendraron en la mente

de Isolina un presentimiento sombrío; y es que por instinto temía la amistad de la primera dama.

Romero ofreció el brazo á Isolina y la llevó al cuarto de María.

—Madre, exclamó Romero desde la puerta, te traigo una visita, una nueva amiga.

—Bienvenida, dijo María sin levantarse de su asiento.

—Es un señorita cuya interesante historia conocerás tal vez más tarde; pero desde luego no he vacilado en presentarte á mi discípula y acaso, acaso, á mi hija adoptiva, ¿no es cierto, señorita?

—Señora, dijo Isolina dirigiéndose á María, la Providencia ha puesto á ustedes en mitad de mi camino, permitiendo hacerlos el instrumento de mi cambio de vida. He sido muy desgraciada y soy sola en el mundo; los pocos parientes que debo tener están muy lejos, y no sé á quién volver los ojos. Debido al señor Pico he podido salir de la comprometida y horrible situación en que me encontraba; en este momento he

sido presentada al Sr. Romero del Campo, quien con una atención y caballerosidad que mucho le agradezco, se ha dignado traerme aquí para tener el gusto de ponerme á las órdenes de usted.

María había estado oyendo hablar á Isolina sin mover la vista; sin que por esto no hubiera tenido tiempo suficiente para escudriñar á su futura rival. Desde luego había recibido esa terrible herida reservada al corazón de la mujer. Había comprendido, á pesar suyo, que Isolina era hermosa, más hermosa que ella; y casi ésta fué la única idea que la preocupó desde que Isolina comenzó á hablar.

Reinó por un momento un embarazoso silencio, porque María no encontraba la frase á propósito para romperlo.

—Muy bien, dijo por fin; yo no comprendo lo que aquí pasa y.... permítame usted que me sorprenda de una historia tan inusitada y tan extraña para mí.

—Sí, efectivamente, se apresuró á decir Romero; comprendo que deberíamos ha-

berte anticipado algo, previniéndote..... pero en fin, yo he obrado sólo guiado por el buen deseo de amparar á una señora que se encuentra en circunstancias excepcionales.

Todo esto pasaba sin que ninguno de los personajes de aquella escena hubiesen cambiado su primera actitud.

María permanecía sentada.

Isolina de pié, y Romero y Pico un poco más atrás.

Pico no se había atrevido á hablar; pero en aquel momento empezó á comprender que aquella buena obra le iba á acarrear algunos sinsabores, muy especialmente con respecto á María de quien, como sabemos, estaba secretamente enamorado.

Cada segundo que pasaba Isolina en pié, hacía subir de punto el bochorno de su humillación; al grado que empezaba á necesitar un apoyo.

Romero acertó á acercar una silla.

Volvió á reinar el silencio.

Ya en el corazón de María del Carmen

había caído el suficiente veneno que le daba valor para afrontar la situación, optando por mostrarse hostil.

Aquel silencio era cada vez más desesperante para Romero, que era quien más cerca veía el chubasco.

—Madre, dijo al fin procurando dar la mayor dulzura posible á su acento: veo que no has recibido con demasiado gusto á tu nueva visita; y á la verdad te disculpo, porque esto ha sido una sorpresa, verdaderamente una cosa inusitada y violenta; pero me prometo que cuando estés en antecedentes acabarás por amar á esta señorita, cuya situación no puede menos que interesar vivamente.

—Sí, puede ser que con el tiempo; dijo María con cierto aire de ironía muy marcado.

—Figúrate, continuó Romero, que la señorita está dispuesta á abrazar la carrera dramática, y desde luego se pone bajo nuestra protección; será nuestra discípula.

—¡Hum! murmuró María del Carmen,

esa es obra de romanos; yo empecé de edad de diez años esta malhadada carrera, y no ha mucho el más bruto de los públicos que yo he visto, se atrevió á silbarme.

—¡Ah! pero yo sé quien fué.

Y yo también, dijo Pico encontrando ocasión de mezclarse en la conversación, eso no es silbar á un actor; hubo silbidos, es cierto, pero fué aquel sujeto que estaba picado con la compañía por ciertas cosas.

—El caso es que me silbaron.

—Yo no he querido decir, continuó Romero, que la señorita vaya de buenas á primeras á debutar en un drama de desempeño ni á convertirse en actriz de la noche á la mañana; lo único que he dicho es que empezará desde luego su aprendizaje.

—Eso es, de figurante es otra cosa; para servir de bulto no se necesitan dotes.

—Señora, dijo Isolina con voz reposada y con dignidad, no tengo por mi parte ningunas pretensiones, ni siquiera imagino que llegaré con el tiempo á ser actriz: si se ha hablado de que deseo abrazar esta carrera,

es solamente porque el señor Pico me lo ha preguntado, diciéndome que mis protectores providenciales son las personas que forman la compañía dramática, y yo guiada solamente por el deseo de serles útil y manifestar mi agradecimiento, es por lo que me he puesto á la disposición de ustedes.

—Exactamente, agregó Pico, eso es lo que ha pasado; la señorita Isolina no intenta más que complacer á las personas que hoy la protegen.

—¿Se llama usted Isolina? preguntó María.

—Sí, señora.

—Yo soy en todo caso, continuó Pico, quien ha causado este alboroto dejándome llevar de mi entusiasmo por la carrera dramática.

—Eso es lo único que V. tiene, porque en cuanto á dotes, dijo riéndose María, no me quiero acordar de aquel rey que tuvo usted la audacia de hacer aquella noche.

—Yo no pedí el papel.

—Nó, ni lo hizo V., y si el público no le

tiró con los cojines, fué por un milagro.

—No pretendo, contestó picado Pico, pasar por un gran actor.

—Ya lo sé, sería el colmo de la audacia.

—Por eso digo que no lo pretendo.

—Y hace V. bien.

—Adios! dijo Pico para sí, ¿pues no la da conmigo? y yo que creía estar tan adelantado en el amor.... ¡vaya una mujer incomprendible!

—Vamos, madre, dijo cariñosamente Romero; deja á Pico en paz y acaba de aceptar nuestro plan con respecto á esta señorita.

—Por mi parte ya he dicho que no se improvisan las actrices, y en cuanto á adoptar á esta señorita como hija, bien sabes cuán precaria es nuestra situación y que los tiempos no están para tener familia.

—En cuanto á eso, dijo Pico resueltamente, Isolina no será gravosa para nadie y no recibirá nada sinó de mí.

—¡Bravo, señor Marqués! no parece sinó que está V. representando «Los pavos rea-

les;» se habrá V. encontrado un tesoro como Monte-Cristo, ó irá V. á emprender las hazañas de Diego Corrientes; en todo caso lo felicito á V., señor Pico, por ese rasgo de monarca.

Y María lanzó una carcajada que hizo estremecer á Isolina y ponerse pálido á Romero.

Isolina se puso en pié y Pico se adelantó para ofrecerle el brazo.

—No serás tú solo, le dijo Romero; lo que he ofrecido á esta señorita, estoy dispuesto á cumplirlo y á sostenerlo.

—Muy bien, exclamó María, esta noche es de grandes rasgos. Eso me parece que te lo he visto representar muy bien en *La mala semilla*; y por cierto que es el rasgo dramático que vale más en toda la pieza; enhorabuena: todo, en último resultado, se parece mucho á aquel drama, ¿te acuerdas Gervasio? creo que se llamaba *La aventurera*.

—¡María! gritó Romero, no insultes la desgracia.

—Eso, eso es lo mismo que dice la comedia: *no insultéis la desgracia*.

—Vámonos, dijo en seguida Romero, haciendo salir á Pico y á Isolina.

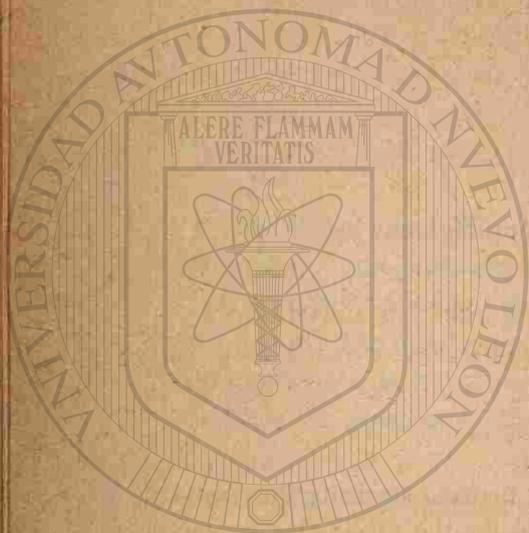
María los vió alejarse y atravesar el patio, y cuando hubieron llegado á la puerta del cuarto de Isolina, María gritó desde lejos:

—¡Adios, amor mío! muy buenas noches.

Y lanzó otra carcajada, que á la vez llegó á los oídos de toda la compañía.

El resto de la noche lo pasó Romero en el cuarto de Pico, pues la apacible María no se dignó darle hospedaje, en señal de sañuda guerra.

Isolina pasó la noche derramando abundantes lágrimas.



## CAPÍTULO IX.

ENTRA LA COMPAÑÍA DRAMÁTICA  
EN PLENA ANARQUÍA.

**A** la mañana siguiente Pico fué el primero en emprender la marcha, con objeto de adelantarse con Isolina y sustraerla al furor de la primera dama.

Romero fué objeto del más profundo desprecio por parte de María del Carmen, y en casi todo el camino no habló con nadie. En cambio María del Carmen formó com-

pacto grupo con la característica, con el segundo galán y con la pareja de baile.

—Lo que yo no puedo comprender, decía María, es de dónde han sacado Gervasio y Pico ese dramático personaje, ni por qué género de peripecias se encuentra en su poder.

—De veras es extraño, contestó la característica; pero lo que sí sé decir es, que esto no es nuevo, ni es como lo cuentan.

Aquí hay algo, dijo la bailarina.

—¡Venirme á mí con esas! si yo conozco á Gervasio como á mis manos, y lo que es ésta no se la tolero: ¡pues no faltaba más!

—Hará V. bien; las pobres mujeres tenemos que pasar más tragos!..... ¡ay! de que yo me acuerdo de lo que me hizo López!....

—¿Qué Lopez?

—Aquel barba de la compañía que trabajaba en Puebla.

—¡Ah! sí.

—Pues yo quise á ese hombre con pasión, anduvimos juntos cuatro años, me separé de mi familia, abandoné intereses y todo,

para que el día menos pensado López apareciera con una sobrina; ¡pero qué sobrina! era una discípula de baile de Ambrosio Martínez y que por más señas la echaron de la compañía.

—¿Y qué sucedió?

—Qué había de suceder, que quebramos, y hasta ahora..... ¡Ay! todavía suspiro por López; y qué buenas lágrimas me costó la sobrina!

—A fé que yo, dijo María, ¿yo llorar? no, ni un momento.

—Haces bien, hija, haces bien, los hombres solo para reirse.

—¡Y luego para lo que necesito á Gervasio!

—Al contrario, él es el que te necesita.

—Ya se ve, sin mí qué va á hacer. Soy *su muleta*.

—Nada; él no puede hacer nada sin muletas.

—Por supuesto, y sobre todo, que galanes se encuentran, pero damas, y damas de mi fuerza, ni con un cirio pascual.

—Ya podías formar tú compañía, dijo la característica, y á la verdad, si hay quien me suba el sueldo me paso.

—Pues bien, formo compañía, te doy cinco pesos más.

—¿Cinco pesos? ¡gran puñado!

—Pero ya ves como están las cosas.

—Lo mejor será que trabajemos por compañía, dijo el segundo galán.

—Eso es, dijo la bailarina, á reparto.

—¿Cuento con usted? dijo María al galán.

—Sí, solo por darle en la cabeza al director que me tiene agotada la paciencia.

—De Pepa y Pancho no hay que decir, dijo María dirigiendo una expresiva mirada á la pareja de baile.

—Nosotros con usted siempre.

—Bueno, pues nos pronunciamos, ya no más déspotas, á formar compañía y ya buscaremos galán y apuntador.

Pico é Isolina habían caminado solos todo el día.

Los humos de Pico se iban apagando ante la respetable virtud de Isolina. Pico no

estaba corrompido, ni su carrera militar, ni su época de *bruja*, habían extinguido en él la nobleza de su corazón. Pico era simplemente farsante, ligero y si se quiere pueril, pero su fondo era bueno.

—Qué diferencia, decía para sí: María del Carmen es una mujer insolente, ordinaria, brusca, é Isolina es digna, es noble, es toda una señorita. Esto me entristece por una parte, pero me consuela por otra: me entristece, porque mientras más alta vea yo á Isolina, menos esperanzas debo concebir de que llegará á amarme; y me consuela, porque siempre es bueno conocer á la gente y lo que es María, la primera dama, se ha dado bastante á conocer anoche. De seguro María del Carmen es una mujer que iba á causarme muchas pesadumbres.

Sumido en estas reflexiones, Pico caminaba á pié al lado de Isolina, quien á su vez pasaba también largos ratos entregada á sus reflexiones.

Hubo un momento en que fué preciso descansar á la orilla del camino.

Isolina se apeó ayudada por Pico, y ambos se sentaron á la sombra de unos mezquites.

—Estoy pensando, dijo Pico, en que tengo entre mis manos una felicidad que me asombra; me parece que soy un pordiosero que se ha encontrado un collar de brillantes.

—¿Pordiosero? preguntó Isolina cariñosamente.

—Sí, ¿qué puedo yo ser al lado de usted, Isolina? Al principio.... qué quiere usted, todos los hombres somos fátuos, me pareció que iba yo á hacer una conquista, creí que mi papel de salvador me ponía á los ojos de usted en un predicamento tan favorable, que la gratitud de usted me pertenecería toda entera.

—¿Y ahora empieza usted por dudar de mi gratitud?

—No dudo de ella, porque la ofendería creyéndola destituida de ese sentimiento tan en armonía con la nobleza de sus sentimientos; pero..... permíteme usted, Isoli-

na, lo que voy á decirle..... pero esa gratitud tiene un límite.

Dijo esto Pico con un acento tal de verdad y de sentimiento, que Isolina comprendió que Pico comenzaba á amarla seriamente, y á su vez bajó la cabeza con melancolía.

—No se entristezca usted, Isolina, continuó Pico; yo nada soy, nada valgo; no soy siquiera para usted lo que mi perro es para mí; pero en todos los corazones hay algo que vale mucho; vea usted á mi Ali, no es más que un perro, pero tiene corazón y me ama, yo lo conozco, me ama como si fuera un amigo, un hermano, y yo se lo agradezco tanto que lo amo también. En mi corazón hay algo que debe valer mucho para usted, y es mi cariño, mi lealtad, y lo comprenderá usted cuando sepa que estoy resuelto á ser su esclavo, á defenderla y á hacerla respetar.

—Valen tanto para mí esas palabras, dijo Isolina después de una pausa, que las guardo como un depósito sagrado y como un

consuelo benéfico en mi corazón. No es usted despreciable para mí, sinó por el contrario, me felicito de no haberme equivocado al juzgar á usted el mejor de los hombres.

—¡Isolina!

—El cúmulo de horribles ideas, de largos padecimientos, de esperanzas frustradas y de amargos desengaños, han hundido mi alma en el estoicismo y la duda; y hoy, por la primera vez después de mucho tiempo, vuelvo á recoger palabras que me son gratas, emociones que endulzan mi vida como un nuevo rocío.

—Isolina, estoy destinado á ser al lado de usted el hombre más feliz ó el más desgraciado de todos..... Pero permíname usted, no quiero decirle nada que pueda sobresaltarla, no quiero agravar su situación haciéndola cargar con la responsabilidad de la pasión que me inspira..... No, no la amo á usted como amante; la amo á usted como hermano, y si ni ese título merezco será solo su criado..... su criado que no la abandonará nunca.

—Toda mi estimación es para usted, todo mi cariño.

—¡Ah, Isolina! eso es más que la vida; es la felicidad!

Estaba sucediendo una cosa rara: Pico é Isolina amaban por la primera vez.

Pico no había sentido nunca un amor tan puro; sus mismas emociones le sorprendían.

En cuanto á Isolina, muy joven aún, había visto perderse sus primeras ilusiones con la desaparición de su primer amante, á quien don Pepe García había ahuyentado cautelosamente de su lado; después había tenido otro pretendiente que murió, y desde que pudo sentir las primeras inquietudes de amor, no tuvo á su lado más que á don Pepe, empeñado en la más tenaz y odiosa de las persecuciones.

Ya hemos dicho quien era don Pepe; y se comprenderá que en él casi era peculiar el género de pasión que le conocemos. Los hombres rudos que viven en el campo ordinariamente, y en quienes el refinamiento de la sociedad escogida no ha logrado dominar

sus instintos, fomentan, en medio de su soledad odiosas tendencias, con las que llegan á hacer sus amores tan negros como el odio.

Bajo esta apariencia conoció Isolina el amor, y esta primera impresión fomentó á su vez en su ánimo una obstinada prevención contra los hombres.

De manera que Isolina por la primera vez, recojía las flores del amor en el hombre que creía que menos amor podía inspirarle. Isolina se sorprendía de encontrar en Pico las emanaciones delicadas de un sentimiento puro, de un amor que en nada se parecía al de don Pepe; y no obstante, había en el interior de Isolina una repulsión instintiva hacia Pico; repulsión que en vano procuraba explicarse.

Al terminar la jornada de ese día fué indispensable que unos á otros se vieran las caras.

El mesón era muy estrecho, y no había bastantes cuartos para hacer las separaciones que exigía el malestar de todos.

Pico, que había llegado el primero, tomó cómodo alojamiento, procurando para Isolina el mejor cuarto.

Romero llegó después y tomó el suyo; el resto de la compañía, con los burros, llegó ya casi entrada la noche.

Romero pretendió hacer las paces, y empezó por mostrarse servicial y solícito; pero María estaba cada vez más mal dispuesta á aceptar la paz.

Durante todo el camino había venido robusteciendo la idea de formar compañía; y este plan la afirmaba más en su resolución de separarse de Romero.

—Está decidido, decía María del Carmen, no trabajo más; que yo no soy ningún mueble, ni conmigo ha de jugar usted como con sus..... con mis antecesoras, no señor.

—Pero, madre, reflexiona en que vas á dar un escándalo.

—Escándalo es el que V. ha dado á toda la compañía, presentándose mano á mano con yo no sé qué Traviata misteriosa sin que nadie sepa donde ha ido usted á sacar

esa..... esa preciosidad, esa joya del arte, como la llamara el necio del apuntador.

—Esa joven es una señorita decente.

—¿Decente? ¡pues está bonita la decencia! ¿En qué árbol se dan esas señoritas decentes que brotan á la orilla de los caminos reales? Ahora pretenderá usted ¡cínico! persuadirme de que su..... su señora de usted, caballero, es una joven decente; ¡já, já, já!..... A Dios gracias tengo un poco de mundo, señor don Juan Tenorio; y está visto que no nació usted para autor dramático, porque no tiene usted inventiva, ni maldita la gracia para preparar las situaciones.

—Sea usted mi juez, señora, dijo Romero volviéndose á la característica.

—Yo no me meto en cuentos, porque al fin á mí ¿qué me va ni qué me viene? dijo la característica; yo soy muy callada y con nadie me meto; y por eso en todas las compañías en que he trabajado me han hecho la justicia de considerarme, y mucho, eso sí; desde el empresario hasta los encendedores, porque viene la damita, y—D.<sup>a</sup> Pachita

por aquí, y D.<sup>a</sup> Pachita por el otro lado; y qué me aconseja usted que haga con el bailarín y si el consueta me dice, y de si no me dán velas, y de si el avisador no me dice nada—y yo, que ni para decir «esta boca es mía» abro los labios; y de este modo me quito de enredos de bastidores, que no los puedo ver.

—Pero en este caso, señora, no quiero más sino que usted interponga su influencia; porque, en fin, es usted una señora grande.

—Ya lo sé que soy vieja; pero no tanto como usted cree, señor D. Gervasio; lo que tengo es acabada, porque ya sabe usted como se maltrata el cútis con el maldito albayalde.

—Quise decir que es usted una persona de respeto.

—Eso sí, porque me doy mi lugar; y yo en el teatro á mi negocio y nada más.

Pepa y Pancho Pintado estaban en la puerta del cuarto.

—Vengan Vds. acá, dijo Romero viendo

llegar un refuerzo; ¿díganme ustedes si tiene razón mi María en.....

—Yo no soy su María de usted ni de nadie; yo no pertenezco más que al arte, y primero perteneceré al alcaide de la cárcel que á usted, que ya me tiene harta! gritó María, metiéndole las manos en la cara á Romero, y sobre todo, esto ya está decidido, yo ya no pertenezco á la compañía, señor empresario.

—¡Cómo!

—Como lo está usted oyendo: ya no trabajo.

—Me matas con esa resolución.

—Ahí está su nueva artista de usted, su Isolina! ¡Ha visto usted nombre más extravagante! ¡Isolina! ¿No le parece á usted, Paca, que ese nombre no cuele? ¡Isolina! ese es un nombre de novela; y todo hace comprender que la tál no es más que una aventurera, que sabe Dios qué antecedentes tenga.

—¡Poco á poco, dijo entrando Pico, no permito que nadie ultraje á esa señora!

—¡Otro que mejor canta! dijo María; ¿y á usted quién le da papel aquí, y cuantos defensores tiene la desgracia? ¡Já, já, já!..... ¿Conque usted, el sufrido Pico, el consecuente Pico, el servicial Pico, el santo Pico se rebela también á influencia de esa mujercilla?

—¡María! gritó Pico.

—¡Hola, hola! señor apuntador, más bajito porque le oye á usted el público; y eso es de muy mal efecto, y le prevengo á usted que ó habla usted quedito como siempre, ó se calla.

—En todos los tonos necesarios, le repetiré á usted, que no permito á nadie hablar de esa señora.

—¡Ay Jesús! qué miedo! qué horror! Este Pico está mejor para general en jefe que para apuntador. En resumidas cuentas, ya he dicho que no trabajo, y que voy á formar compañía; voy á San Luís y allí me uniré con las partes que se necesitan; ya lo oye V., señor director, ya no pertenezco á la compañía.

—Ni yo, dijo la característica.

—Ni yo, dijo Pepa.

—Ni yo, agregó Pancho Pintado poniéndose una mano en la cintura y accionando con la otra; ni yo ni ésta (y señaló á Pepa) porque la verdad, hace tiempo que queríamos separarnos porque.... tenemos nuestras razones.

—¿Y qué razones son esas? preguntó Romero.

—¿Cómo qué? contestó Pancho Pintado, dando un paso de baile; V. es muy regañón y yo no estoy acostumbrado á que me regañen, ni ésta tampoco; V. bien ve D.<sup>a</sup> Pachita, que hacemos de todo; que se trata de un criadito que hable dos palabritas, y á Pancho Pintado; que se trata de un escribano, Pancho Pintado; que se trata de baile, Pancho Pintado; que un lacayo, Pancho Pintado; y luego por esos volos ni medio, como si yo tuviera obligación de ser actor; yo no soy más que bailarín y me lo dijo mi maestro Maiquez; no te dejes, Pancho, no te dejes, me decía; no hagas papelitos,

porque un día te silban; y yo por consiguiente, me presto á todo, á todo.

—¿Con qué es decir que todos me abandonan? preguntó Romero parodiando la tribulación de César.

Hubo un rato de silencio.

—Ahí tienen ustedes, dijo María; ahí tienen ustedes á esa princesa rusa, ocupando el mejor cuarto y tal vez ya estará cenando y nos dejará sin pollo!.... ¡y así pretenden estos señores, que nosotras las verdaderas artistas, postergadas por esa.... por esa joven, le tributemos aún nuestros más rendidos cumplimientos.... ¡Habrás dado mayor cinismo!—Lo dicho, no trabajamos. Este hombre (y señaló á Romero), Pico y la desconocida, irán á formar su compañía, para trabajar en el teatro de Tacón ó en Madrid, ¿no, señor director? Nosotras las artistas segundas seguiremos corriendo la legua, pero rodeadas de personas que nos consideren y no de reinas destronadas que se coman la cena y se tomen la mejor habitación.

—¡Que no hay pastura para los burros! dijo una voz aguardientosa en el patio.

María soltó una carcajada y agregó:

—¡Se la habrá acabado la reina! vaya V., señor director, vaya V., á ver eso, que importa; á menos que prefiera V. hacerle una visita á su adorada misteriosa, en lugar de ir á ver que coman esos infelices animales, que bien lo merecen, pues hace ocho días vienen cargando veinte teatros.

Romero salió del cuarto y Pico lo siguió.

—Cada uno en su lugar, gritó María riéndose; vayan ustedes á ver los burros ja, ja, ja!

—Has estado terrible, le dijo doña Pachita.

—Hace V. bien de no dejarse, agregó Pepa.

—¡Vaya! dijo Pancho Pintado, si de que uno se deja, ó como dice el dicho, al que se vuelve miel las moscas se lo comen; y yo también tengo mi genio, y de que se me sube lo Pintado, Ave María Purísima!

El bailarín torció la cintura y abrió los brazos para decir todo esto, y sostuvo esta postura por mucho tiempo, como esperando la *entrada* de la orquesta.



## CAPÍTULO X.

SIGUE LA COMPAÑÍA RECORRIENDO EL CAMINO DE LA GLORIA.

**P**ICO y Romero se ocuparon preferentemente de la cena de los asnos, á pesar de que el asunto que se ventilaba en la compañía era de la más vital importancia.

Pero cuando al fin encontraron algo verde, se entregaron de lleno al estudio de la cuestión de elenco.

—Chico, decía Pico, María es tu muleta y sin ella no puedes hacer nada.

—¿No?

—¡Que no hay pastura para los burros! dijo una voz aguardientosa en el patio.

María soltó una carcajada y agregó:

—¡Se la habrá acabado la reina! vaya V., señor director, vaya V., á ver eso, que importa; á menos que prefiera V. hacerle una visita á su adorada misteriosa, en lugar de ir á ver que coman esos infelices animales, que bien lo merecen, pues hace ocho días vienen cargando veinte teatros.

Romero salió del cuarto y Pico lo siguió.

—Cada uno en su lugar, gritó María riéndose; vayan ustedes á ver los burros ja, ja, ja!

—Has estado terrible, le dijo doña Pachita.

—Hace V. bien de no dejarse, agregó Pepa.

—¡Vaya! dijo Pancho Pintado, si de que uno se deja, ó como dice el dicho, al que se vuelve miel las moscas se lo comen; y yo también tengo mi genio, y de que se me sube lo Pintado, Ave María Purísima!

El bailarín torció la cintura y abrió los brazos para decir todo esto, y sostuvo esta postura por mucho tiempo, como esperando la *entrada* de la orquesta.



## CAPÍTULO X.

SIGUE LA COMPAÑÍA RECORRIENDO EL CAMINO DE LA GLORIA.

**P**ICO y Romero se ocuparon preferentemente de la cena de los asnos, á pesar de que el asunto que se ventilaba en la compañía era de la más vital importancia.

Pero cuando al fin encontraron algo verde, se entregaron de lleno al estudio de la cuestión de elenco.

—Chico, decía Pico, María es tu muleta y sin ella no puedes hacer nada.

—¿No?

—¿Qué vas á hacer sin dama?

—Pero no es eso lo principal, damas hay por todas partes; lo que siento es á la mujer... ¡á esta mujer que es mi vida, porque la amo con volcánica pasión...! ¡Ah! mi María, mi María del Carmen, mi diosa..... porque es mi diosa, amigo Pico.

—Pues eso es grave, dijo seriamente Pico.

—¡Y cómo si lo es!

—He aquí pues, el resultado de tus aventuras; esa señorita puede ser todo lo más estimable que quieras, pero por ella nos hemos metido en este conflicto, por ella se desorganiza la compañía, por ella recibo la más amarga de las decepciones, por ella me abandona mi María.

—¿Pero tú lo crees así? ¿Será capaz de llevar á cabo una resolución semejante.

—Mucho me lo temo.

—Puede ser que consigieras ablandarla.

—Tú no la conoces.

—Sin embargo, será bueno hacer una prueba, y en todo caso déjame solo; yo me

separaré con Isolina; ello es cierto que no cuento ni con lo más indispensable para subvenir á los gastos de la expedición, pero Dios es grande y ya me abrirá un camino; pero tú, amigo mío, no debes sacrificarte: eres libre para hacer las paces con María; procura reconciliarla contigo y dile que yo quitaré de enmedio el obstáculo que se opone á tu felicidad. Isolina no pertenecerá á la compañía.

—¡Gracias, generoso Pico! intentaré en efecto hacer las paces, pero ¿qué vá á ser de tí?.....

—¡Déjame!

Romero tomó entre sus manos la cabeza de Pico, lo contempló cariñosamente y exclamó:

—Hombre generoso, amigo leal, ¡bendito seas!.....

Romero desapareció y Pico se quedó estático. A poco rato se dirigió al cuarto de Isolina.

—Vengo á comunicar á usted malas noticias. La primera dama de la compañía, en

unión de la característica, del galán y de la pareja Pintado, han levantado el estandarte de la rebelión y tal vez en estos momentos no hay compañía. En último análisis, usted y yo somos solos en el mundo.

Isolina hizo un movimiento.

—Pero no hay que abatirse por esto: en todo caso, no pasa de un contratiempo que procuraré conjurar con todas mis fuerzas, y tendré suficiente abnegación para lanzarme en brazos del destino, sin abandonarla á usted jamás.

—Usted siempre es bueno y generoso.

—Porque usted es digna de toda mi estimación y de mi respeto.

—¡Gracias, señor Pico, gracias!

—Usted no conoce á la gente de teatro, ni quiera Dios que jamás llegue á conocerla porque se escandalizaría. Confieso á usted que soy impresionable, tengo ese defecto, y hace tiempo..... permíname usted esta confidencia, había dado en serme agradable la primera dama; pero esta noche ha descubierto la oreja y he podido conocer pal-

mariamente al lobo disfrazado con la piel de cordero; es una mujer atroz, y basta con que se haya permitido tratar á usted de la manera que lo ha hecho, para que yo, impresionado y todo como estaba, sienta acerca de esa mujer un encono difícil de explicar; y esto es porque estoy haciendo comparaciones. ¡Usted á su lado! ¡Ah! usted es la poesía y ella la prosa; usted es la virtud y ella el vicio.

Pico sostuvo aún una larga plática con Isolina, hasta ponerla al tanto de los acontecimientos, y se afirmó más y más en la resolución de no abandonarla á trueque de perder su plaza de apuntador en la compañía.

Solo después, en el resto de la noche, y entregado á sus hondas reflexiones, esperó la venida del día y con éste las últimas noticias con respecto á las determinaciones del director.

Este, en un sentido y dramático parlamento, comunicó á Pico que la compañía había vuelto al orden, bajo la expresada condición de no contar con Isolina.

Pico hizo solemnemente dimisión de sus derechos de apuntador, decidido como lo estaba á no abandonar á Isolina, y según él mismo decía, se había quedado en el aire.

—Héme aquí, pensó, el más infortunado de los galanes, teniendo la fortuna, es cierto, de amparar á una mujer hermosa; pero á mí quién me ampara? ¿qué puedo darla recién redimido de mi condición de bruja y amenazado de volver á caer en ese garlito? Pero Dios dirá.

Arregló Pico su cabalgadura recargando la maleta lo más que pudo con los demás objetos de su propiedad, y aún le sobró un bulto que colocar en sus propias espaldas; recibió en liquidación las albarcas y las medias azules del guarda-ropa, dió un abrazo á Romero y salió del mesón al lado del caballo en que iba Isolina.

Alí iba contento al lado de sus amos.

Apenas en el oriente aparecía esa luz blanquecina que es el primer destello del astro del día. Iba á amanecer.

En las monótonas comarcas que rodean

á San Luís Potosí, se espaciá la vista en horizontes lejanos, sobre la no interrumpida superficie que forma la vegetación uniforme de aquellos lugares.

Los mezquites y los nopales, las palmas y las biznagas sobre una alfombra de raquí-ticas gramíneas y sangre de drago, verde-guean en las extendidas planicies de un gran valle.

Azulea á lo lejos la sierra, y cuando el viajero va á llegar á San Luís sobre esa sierra se dibujan dos comillas, al pié de las cuales la imaginación adivina la ciudad.

Las comillas son las altas y elegantes torres del santuario, *Domus Dei et porta caeli* antes de la reforma, y hoy..... la ancha y solitaria nave con sus macizas y perfectas bóvedas, con sus altas pilastras y su cúpula, no es más que almacenes de artillería.

Por cada santo, un obús de montaña; por cada angel, una pila de balas, y en vez de graves sacerdotes del culto católico, los artilleros entran y salen, mientras las palomas blancas y azules, habitan los altos del

cimborio y hacen repetir á aquellas bóvedas desoladas, el arrullo de sus amores que no interrumpen la idea de la pólvora, ni los pasos de los artilleros.

Isolina caminaba lentamente sobre el flaco caballo de Pico; éste iba á su izquierda seguido de su perro.

Los caminantes iban callados; Pico pensaba, Isolina rezaba y el perro no husmeaba, ni se separaba un punto de la huella de su amo.

El día parecía acercarse también en silencio. No se oía, como en los lugares fértiles, ni el rumor de una corriente, ni el gorgojo de las aves. A lo lejos atravesaban el azul espacio, á grande altura, tres cuervos emprendiendo una de esas expediciones aéreas en línea recta; expediciones que hacen las grandes aves al salir y al ponerse el sol.

Cuando el ángel de la esperanza no va alumbrando nuestros pasos, aún la luz del sol es triste.

Isolina y Pico iban adelante, quedándose atrás con la memoria y esperando á su an-

gel: no eran los viajeros que desean llegar, sino dos seres que al ponerse en brazos de la suerte, se habían puesto en camino y caminaban.

Al fin el sol extendió por los campos esas gasas color de rosa de que hace preceder su luz, y después doró las palmas y los mezquites.

Isolina parecía estar recibiendo el beso de la aurora, porque una de sus pálidas mejillas recibía oblicuamente un reflejo rosado.

Pico se había extasiado con aquel *efecto de luz*, como diría un pintor; y en la mejilla de Isolina estaba encontrando en aquellos momentos, como una suficiente compensación á sus angustias: iba olvidando ya sus negocios particulares y su plaza de apuntador, pero todo en silencio.

En cuanto á don Gervasio Miguel Romero del Campo, solo diremos que dobló la rodilla ante las exigencias de la primera dama, que, como él había dicho muy bien, era su vida.

María del Carmen encontró muy razonable la solución de las dificultades, que consistía en abandonar á Pico, y previas algunas nuevas condiciones le volvió su gracia al galán central.

Apagáronse los humos de Pancho Pintado, se sometieron la característica y el segundo galán, y la compañía volvió á emprender la marcha en paz.

En paz llegaron á San Luís, se alojaron, y al día siguiente el caballero don Gervasio Miguel Romero del Campo, se vistió de negro pero se puso una corbata roja con rayas blancas, una leontina de á seis onzas de oro, un anillo con una grande esmeralda y se dirigió á la casa del gobernador.

—Soy un artista nacional, entró diciendo: Gervasio Miguel Romero del Campo, á la disposición de usted, señor Gobernador; traigo mi compañía dramática con objeto de dar algunas representaciones; esta población es de las más importantes de la república, es una plaza mercantil, hay españoles muy bien puestos y capitales muy

saneados, y éstas son las fuentes en las que el arte dramático encuentra el galardón de sus afanes y desvelos: todos los pueblos me han admirado y he recogido donde quiera lauros á mis talentos artísticos.

—Y usted desea.... dijo el Gobernador.

—Deseo, señor Gobernador, que usted, siendo como es la primera autoridad, la persona más caracterizada en la población se sirva por medio de su respetable influencia, ponerme en contacto con los ciudadanos municipales para el logro de mis miras, miras puramente artísticas y de esplendor y de decencia; y esto por supuesto sin humillación por mi parte y con mi carácter de ingenuo artista nacional, sin doblegarme á pasioncillas y á intereses bastardos; no, señor; todo por la vía legal y con la decencia que acostumbro.

El gobernador mandó llamar al presidente del ayuntamiento que estaba en la sala inmediata.

—Gervasio Miguel Romero del Campo, artista nacional, dijo Romero presentándo-

se, puesto en pié, con la mirada radiante y tendiendo la palma de la mano al ciudadano presidente.

—El señor desea.....

Iba á decir el gobernador lo que deseaba Romero, cuando éste continuó:

—Dar una serie de representaciones de gran visualidad y de verdadero mérito literario, y no *pipirijainas* ni esperpentos, como tal vez se atreven algunos bárbaros, profanadores del arte, á poner en escena; no, señor, yo pondré lo que se entiende por comedias, señor; pero por comedias dirigidas por mí, con mi experiencia y mis años de pisar las tablas día á día y con una constancia que me honra, y recogiendo, eso sí, lauros por donde quiera; todo por supuesto con el orgullo digno y con la frente levantada, con la conciencia de mi valer y con la dignidad de artista; nada de humillaciones ni de paños calientes, no señor, al grano, al trabajo, al hecho, á levantar el telón satisfecho de mis afanes y listo siempre para esperar de mi amado público, el lauro,

el lauro apetecido, como tributo al verdadero mérito artístico y á mis afanes, con que por tantos años he contribuído á las glorias de mi patria, teniendo la alta satisfacción de presentarme con la frente erguida y con orgullo á recibir el homenaje.

Don Gervasio era capaz de seguir con este tema hasta la consumación de los siglos; pero el presidente del ayuntamiento encontró sin duda que ya sabía lo bastante é interrumpió al artista.

—El teatro, dijo, se arrienda por un precio módico á los empresarios, sin más interés por parte de la corporación municipal, que el de proporcionar á la ciudad este género de espectáculos, y nó con la mira del aumento de fondos, pues el precio del arrendamiento es insignificante.

—Magnífico! las corporaciones benéficas, elegidas por el pueblo para representarlo en sus necesidades locales, se ciñen también sus lauros cuando la filantropía y el patriotismo son los móviles de sus disposiciones gubernativas. Yo celebro encontrar con las

altas capacidades competentes para juzgarme y con las ilustraciones dignas que representan á la ciudad de San Luis Potosí, porque se colmarán mis deseos, mis deseos nobles de ambición digna y de orgullo nacional.

Después de tan elocuente peroración, don Gervasio no encontró tropiezo ni inconveniente alguno al logro de sus miras: arregló su contrato y quedó dueño del teatro.

En el mismo día visitó á algunos de los principales capitalistas de la ciudad, á quienes espetó la rimbombante apología de su persona, como hombre digno y artista nacional.

Al volver á su habitación, encontró en ella á algunos pretendientes que lo esperaban.

—Señor D. Gervasio Miguel Romero? le dijo un jóven.

—¿En qué puedo.....

—Yo soy Pantaleón.

—¡Ah!

—Sí, soy Pantaleón Huerta, ¿no ha oído usted hablar de mí?

—No señor, no he.....

—Pues he trabajado con Daza.

—¡Ah! es usted actor?

—Sí, señor, ¡vaya! soy discípulo de don Juan de Mata.

—¡Ah! excelente maestro. ¿Y qué tal, qué cuerda.....

—Todas, en resúmen todas; pero los papeles de traidor me están perfectamente; hago de gracioso.

—Bueno.

—Y mis barbas, hago mis barbas, porque aún cuando mi voz, como usted ve, no es á propósito, cuando la ahueco soy otro.

—¡Ah! muy bien.

—Figúrese V. que he hecho el Jenkis de Sullivan.

—¡Gran papel! y usted quería....

—Estoy de balcón, en receso, me separé de Daza por una inconsecuencia que me hicieron y por que... á mí no me gusta hablar de nadie, pero ya conoce V. á la gente de teatro.

—¡Oh! amigo, yo llevo catorce años de

pisar las tablas, y crea V. que hay veces, que me dan ganas de hacer zapatos, para no volver á luchar con nuestros compañeritos.

—Pues como decía, me separé porque aquello no se podía ya tolerar, y yo soy un hombre digno y.... ya sabe usted.

—¡Ah! la dignidad, cuántos sacrificios me ha costado la dignidad de artista! porque eso lo digo con orgullo y levanto la frente muy alto y doy valor al arte y honra á mi país natal, y no como otros actores que..... á la verdad son la cloaca del arte dramático.

—Pues V. verá mi trabajo si gusta, y nos arreglaremos.

—Muy bien, caballero, tendré mucho gusto; solo que advertiré á V. que en mi carácter de director, de antiguo director de escena y actor de experiencia y de práctica, soy ríjido y á mí no hay que andarme con observaciones, que yo sé bien mover las teclas, y todo sale artístico é irreprochable; ya verá V. la escena servida como..... como debe ser, señor, y nada de *pipirijaina*: visualidad, aplomo, perfección y á conquistar

palmas; yo me mato pero levanto la frente donde se paren los directores de escena.

—Ya tenía yo noticia, así debe ser un director, se conoce que V. sabe.....

—¡Y cómo si sé! catorce años, hijito, catorce años de pisar las tablas y siempre con dignidad y con aplomo.

—Pues si usted gusta....

—Bien, nos arreglaremos, veremos el trabajo de V., y con mucho gusto..... con mucho gusto, yo soy protector del arte y procuro elevar con orgullo en mi cara patria á mis camaradas.

En seguida contrató algunas partes de por medio y enriqueció su elenco con algunos *volos*, pero cuyos nombres le servían para la visualidad del prospecto.

Una de las necesidades más apremiantes era la de procurarse apuntador; pero bien pronto creyó haber subsanado la falta de Pico con un quidam que se ofreció á desempeñar este oficio, difícil por cierto, asegurando que llevaba algunos años de vivir en la concha.

Romeró citó para el primer paso de papeles en su propia habitación.

Concurrió toda la compañía, excepto María que casi nunca se prestaba á ensayar; y las dificultades con que desde luego tropezaron los actores pusieron de manifiesto cuán indispensable era Pico en la compañía.

Romero, después de reñir cruelmente al nuevo apuntador, se decidió á buscar á Pico, quien por su parte, lamentaba de todo corazón aquellas horas de su forzada cesantía de consuetá.

No faltó quien supiera en dónde estaba Pico, quien como sabemos se había adelantado á la compañía.

—¿De qué se trata? exclamó María del Carmen que á la sazón entraba; ¿de que vuelva Pico? ¡Dios nos asista! si vuelve Pico yo no trabajo; ¡pues no faltaba más sinó que el que ha metido aquí la zizaña volviera á formar con nosotros! ¿Para qué quieres que venga ese hombre á venderme su protección, á ofenderme con su triunfo, á

hacerse el indispensable? No, no señor; Pico no volverá ó que no se cuente conmigo.

—¡Pero madre de mis ojos! dijo Romero de la manera más cariñosa, no ves que este apuntador no ata ni desata?

—Pues que aprenda á atar y á desatar; y sobre todo, que los actores no lo hagan todo *de oreja*, que estudien, que trabajen.

—Eso no es posible, reina mía.

—He dicho mi última palabra; ó Pico ó yo.

Y María del Carmen hizo una rabieta de Maruja y desapareció; pero no conforme con poner aquel obstáculo al arreglo de los asuntos teatrales, transmitió su sentir á los suyos, formó nuevos corrillos, volvió á poner de acuerdo á la característica y al segundo galán; y se propuso hacer la guerra á Pico por todos los medios imaginables.

Entretanto Romero se persuadía más y más, de que era imposible hacer nada con aquel consuetá; buscó otro por todas partes, y se acercaba el día de la primera fun-

ción sin que María del Carmen cediera un punto en sus exigencias.

Romero tuvo una solemne entrevista con Pico, quien á su vez estaba pronto á servir su antiguo empleo, no sin haber sacado ventajas de la situación; pues no se contrató de nuevo sin haberse escriturado previamente con doble sueldo y recibiendo una anticipación.

Pico é Isolina formaban una familia, y desde el momento en que solos viajaban y se alojaban, nadie podía figurarse que allí no se trataba más que de protector y protegida.

Las delicadas atenciones que Pico había tenido con Isolina, no habían podido ser tales que no se hubieran encontrado en situaciones difíciles.

La primera noche hubieron de alojarse en el mismo cuarto, y este incidente puso más de manifiesto el mérito de Pico; pues Isolina tuvo ocasión de apreciar la caballerosidad de su protector.



## CAPÍTULO XI.

### EL PRIMER SUSTO DE PICO Y LA PRIMERA REPRESENTACIÓN DRAMÁTICA.

**D**ON Pepe García acompañó á Romero y á los demás individuos de la compañía el día de su salida del pueblo; y ofreció cordialmente su amistad y servicios á los actores y que haría un viaje á San Luís para tener el gusto de volver á estrecharles la mano.

El escribiente también fué de la expedición, y cada vez más enamorado de María del Carmen, estaba al punto de decidirse á abandonarlo todo por seguir á aquella mu-

ción sin que María del Carmen cediera un punto en sus exigencias.

Romero tuvo una solemne entrevista con Pico, quien á su vez estaba pronto á servir su antiguo empleo, no sin haber sacado ventajas de la situación; pues no se contrató de nuevo sin haberse escriturado previamente con doble sueldo y recibiendo una anticipación.

Pico é Isolina formaban una familia, y desde el momento en que solos viajaban y se alojaban, nadie podía figurarse que allí no se trataba más que de protector y protegida.

Las delicadas atenciones que Pico había tenido con Isolina, no habían podido ser tales que no se hubieran encontrado en situaciones difíciles.

La primera noche hubieron de alojarse en el mismo cuarto, y este incidente puso más de manifiesto el mérito de Pico; pues Isolina tuvo ocasión de apreciar la caballerosidad de su protector.



## CAPÍTULO XI.

### EL PRIMER SUSTO DE PICO Y LA PRIMERA REPRESENTACIÓN DRAMÁTICA.

**D**ON Pepe García acompañó á Romero y á los demás individuos de la compañía el día de su salida del pueblo; y ofreció cordialmente su amistad y servicios á los actores y que haría un viaje á San Luís para tener el gusto de volver á estrecharles la mano.

El escribiente también fué de la expedición, y cada vez más enamorado de María del Carmen, estaba al punto de decidirse á abandonarlo todo por seguir á aquella mu-

jer que tan profunda impresión le había causado.

Desde luego las buenas relaciones de don Pepe con Romero comenzaron á hacerse palpables; pues en el viaje á San Luis ya María del Carmen tuvo ocasión de abandonar su burro para instalarse más cómodamente en el quitrín de D. Pepe.

Mientras Romero luchaba con las graves dificultades de su compañía por la separación de Pico y se acercaba el día de la primera función, D. Pepe había tenido ocasión de notar la evasión de Isolina.

Don Pepe se puso furioso al encontrar vacía la habitación de su prisionera, precisamente cuando estaba más seguro de su triunfo, y decidido á no prolongar por más tiempo la serie de sus innumerables humillaciones.

Al principio no se dió cuenta de lo que había pasado; pero al reconocer la falsa cerradura de la ventana se puso á seguir la pista, y comprendió que era imposible la evasión de Isolina sin la intervención de

Pico, alojado en el cuarto que conocemos, y que era el único punto por donde podía haberse escapado la prisionera.

A estos datos agregó el de que Pico se había adelantado aquella mañana y que nadie lo había visto partir.

Don Pepe mandó ensillar su mejor caballo, y acompañado de dos criados se dirigió á San Luis, á donde llegó en momentos en que María del Carmen había consentido ya en el ingreso de Pico, por haberse convencido de que efectivamente era indispensable su cooperación.

Lo primero que hizo D. Pepe fué buscar á Romero, á quien después de saludar afectuosamente le preguntó con notable interés por Pico; pero no fué necesario que Romero le diera noticia de su apuntador, pues se presentaba en esos momentos, precisamente para encargarse de la concha, según se lo había mandado suplicar Romero.

Pico se demudó al ver á D. Pepe, y comprendiendo cuán comprometida era su situación procuró revestirse de energía y de calma.

—Tengo un asunto de importancia que tratar con usted, señor Pico, le dijo don Pepe.

—Estoy á las órdenes de usted, contestó Pico.

Don Pepe García y Pico se apartaron algunos pasos.

—Tal vez no necesite decir á usted de qué se trata, dijo don Pepe temblándole la voz.

—Probablemente, contestó Pico con serenidad.

—No será necesario advertir á usted que estoy resuelto á todo.

—No, señor, no es necesario; lo comprendo.

—Pues bien.....

—Señor don Pepe, dijo Pico cada vez con más aplomo, á mi vez tengo también el derecho de suponer que sabrá usted hacer justicia á la galantería y al honor de un caballero.

—Vamos á ver.....

—No seré yo quien me atreva á negar á

usted los derechos que tenga para interrogarme; pues aunque así fuera acabo de saber hace un momento y por una verdadera casualidad, que usted es la misma persona interesada en saber los pormenores de una aventura, que al principio juzgué sin trascendencia alguna. Figúrese usted, pues, señor don Pepe, que la víspera de nuestro viaje para esta ciudad creí haber tenido un sueño, lo cual no me sorprendía, porque yo soy sonámbulo; y esta rareza me ha puesto más de una vez en difíciles predicamentos.

Pues como iba diciendo: me creí bajo la impresión de un sueño extraño, porque á media noche oí una dulce voz que me llamaba. ¿Quién vive? pregunté, creyéndome sorprendido por el enemigo, porque yo he sido militar, señor don Pepe, de manera que no debe usted extrañar que le hubiera dado el quién vive á una señora, porque era una señora quien me despertaba.

Aunque con dificultad pude enterarme de ello; pues en mi sonambulismo bien pudo haber sido aquella visión la sombra de una

de mis novias; pero no había nada de eso, era una señorita á quien no tenía el honor de conocer.

—Caballero, me dijo por fin al verme despierto, ¿tiene usted la bondad de abrirme la puerta?

—¡La puerta! debe estar abierta supuesto que ha podido usted entrar.

—Sin embargo, ruego á usted que me abra.

—¿Quién es usted?

—Nadie, soy una sombra.

—¡Cáscaras! exclamé; esta sombra de carne y hueso me va á hacer perder el juicio.

—¡Por Dios! repitió la sombra con un acento tal de aflicción, que empecé á comprender que allí había algún negocio grave.

Luchaba yo con el sueño y me incorporaba; pero estaba visto que yo no dormiría en toda la noche si no me paraba á abrirle á aquella sombra.

Así lo hice por fin; abrí la puerta y la sombra salió diciendo: ¡gracias!

Al día siguiente me pregunté si había yo soñado, ó si estaba despierto, y confieso á usted que esta duda me ha atormentado hasta hace un instante, en que como ya he tenido el honor de decirlo á usted, acabo de enterarme de cierta historia.

Pico había dado á su relato tal acento de verdad, que don Pepe clavó la vista en tierra pensando en que su prisionera no debía haber salido de Santa María.

—Entonces..... dijo don Pepe, usted no sabe si esa señora.....

—No sé nada, excepto la breve interrupción de mi sueño; y vea usted lo que son las cosas, después me he arrepentido de haber abierto la puerta; algo hubiera yo dado por conocer á aquella sombra, cuya voz me parecía tan simpática, al grado que la reconocería si volviera á hablarme.

—¡Ah! exclamó don Pepe, esa mujer está en Santa María.

Esta fué una idea luminosa y conveniente para Pico, quien, aunque guardó silencio á este respecto, pensó que sería muy con-

veniente hacer creer, aún al mismo Romero, que Pico estaba solo.

—Casualmente, pensó, Romero está tan preocupado por mi separación y por la falta que le estoy haciendo, que no me ha preguntado por Isolina.

En seguida Pico se dirigió á don Pepe.

—¿Conque no fué mi sonambulismo, no fué un sueño el mío? ¿conque fué cierto? Usted lo corrobora; fué una mujer la que me despertó y esa mujer es.....

—¡Caballero! exclamó don Pepe, ruego á usted que guarde silencio acerca de todo lo ocurrido.

—Lo ofrezco solemnemente.

—Me vuelvo en el acto á Santa María. Adios.

Don Pepe desapareció sin haberse despedido de Romero, quien durante esta entrevista misteriosa, había estado pendiente del semblante de ambos, porque sabía cuán grave era el asunto de que se trataba.

Cuando don Pepe se hubo alejado, Romero no pudo menos de felicitar á Pico por

su serenidad, y aún se felicitó á sí mismo de verse libre de las preguntas de don Pepe.

Convinieron Pico y Romero en que Isolina no aparecería más, y que á María del Carmen se le haría creer lo que estaba creyendo don Pepe; quiere decir, que Isolina se había quedado en Santa María del Río.

Don Pepe no hizo objeción alguna, ni tuvo la menor dificultad en creer la relación de Pico, que efectivamente tenía todos los visos de la verosimilitud; y lejos de poner en duda alguna de las aseveraciones del apuntador, se concentró en sí mismo para buscarle apoyo y corroboración.

—Rota la ventana de mi prisionera, pensaba D. Pepe, se encontró ésta en el patio, vió abierta la ventana de Pico y entró con facilidad porque la ventana es muy baja; vió un hombre durmiendo, no conocía la habitación y á oscuras no pudo ver la puerta: despertó á Pico para que le abriera, éste lo hizo así medio dormido y mi presa salió: todo esto es muy fácil. Yo no oí ladrar

drar al perro, pero ya se ve, si esa noche no dormí en casa.

—¿A donde puede haber ido Guadalupe? según todas las probabilidades, nadie ha favorecido su evasión, excepto Pico, y eso de una manera que no le compromete; luego Guadalupe ha huído sola, y viéndose libre, ó se ha refugiado en alguna casa ó ha tomado el campo. Yo lo sabré todo.

D. Pepe llegó á Santa María á una hora inusitada, pero no por eso reservó sus pesquisas para más tarde; llegó á la casa del prefecto y mandó despertarlo.

—¿Qué novedad ocurre? dijo el prefecto alarmado.

—Un negocio de la mayor importancia.

—Diga usted, señor don Pepe.

—Tenemos en Santa María oculto en estos momentos, un pollo de cuenta, un revolucionario, un criminal á quien la justicia busca en estos momentos: el gobernador de San Luís acaba de recibir la noticia de que ese hombre se encuentra aquí, y he venido á todo correr, con objeto de ponerlo

en conocimiento de la autoridad y que se proceda á su aprehensión.

—Pero ¿quién es ese hombre?

—Traigo su filiación, aquí está.

Y D. Pepe sacó un papel doblado.

El prefecto iba á tomarlo y D. Pepe dijo:

—Pero no hay que perder un instante, traigo órdenes apremiantes.

—¿Pero usted conoce al reo?

—Creo conocerlo, porque es de los plagiarios que ví en San Luís.

—¡Ah! ¿pues si usted me ayudara, señor don Pepe.

—Yo estoy seguro de dar con él, tengo mis datos.

—Pues señor don Pepe.... dijo el prefecto en tono de súplica.

—Bien, ponga usted la orden por escrito y la policía á mi disposición, y puede usted acostarse, que si yo no lo encuentro no lo encontrará nadie.

El prefecto lo hizo así con gusto, y en seguida se recogió para reconciliar su interrumpido sueño.

D. Pepe autorizado competentemente, cateó muchas casas del pueblo, recorrió las orillas de la población, y á algunos vecinos que hacían el servicio de policía los envió en distintas direcciones, con orden de atrapar al reo imaginario con quien don Pepe ocultaba sus miras, ó por si acaso una mujer que pareciera sospechosa.

Entretanto, en San Luis, había llegado la noche de la primera representación y había circulado con profusión el prospecto de la temporada cómica.

Este prospecto era un modelo de literatura de contaduría, en cuyo género don Gervasio Miguel Romero no tenía rival.

El prospecto empezaba así:

## TEATRO ALARCÓN.

SUBLIME TEMPORADA CÓMICO-ARTÍSTICO  
DRAMÁTICA.

¡VENID! ¡VENID!

*Compañía del primer actor, director, formador, empresario y director de escena,  
Gervasio Miguel Romero  
del Campo.*

PROSPECTO.

«Al pisar las fértiles campiñas de San Luis Potosí, poética ciudad del entusiasmo artístico, late el corazón agradecido del que suscribe, á la sola idea del lauro que alcanzarán los esfuerzos notables que, catorce años de pisar las tablas, le hacen levantar la frente con orgullo artístico.

«Las ovaciones espléndidas que por dondequiera ha recogido la compañía que tengo el alto honor de dirigir dignamente y

con decencia, van á tener su secuela escénica en esta ilustrada población, en la que, las dignas familias de los súbditos de S. M. C., protegiendo el arte como es debido, se han apresurado á tomar las localidades del bonito teatro, donde se presentará por primera vez  la perla del teatro nacional 

!!!SEÑORA DOÑA MARÍA DEL CARMEN ZUBIRÍA DE ROMERO DEL CAMPO!!!

«Laureada en escenarios mil, por apreciables y cultos públicos inteligentes.

«Ofreciendo además, á costa de penosos sacrificios y por armonizar la visualidad del aparato escénico, complemento del arte, con la coreografía, la en el baile

 INIMITABLE PAREJA PINTADO. 

Aquí seguía el elenco de la compañía, que aparecía numerosísima, pues figuraban nombres de personas que probablemente existirían á distancia de muchas leguas.

En medio del trajín en que se encontraba don Gervasio mandando adornar la fachada



*D. Gervasio Miguel Romero del Campo.*

del teatro y contratando músicos para que tocaran en la calle antes de la función, recibía muchos recados y mandaba á todos, gritaba, entraba, salía y se multiplicaba prodigiosamente.

—Señor, no se encuentran flores!

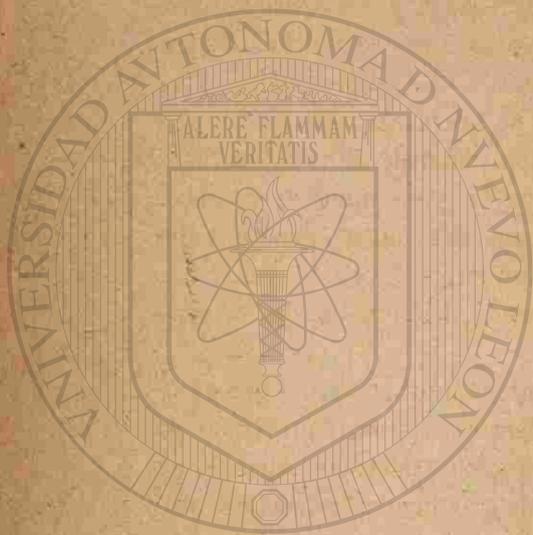
—¡Búscalas, animal! en las huertas, á cualquier precio, pero muchas; ya sabes, hacer veinticuatro bouquets, que yo te diré la hora de arrojarlos al foro.

—Aquí están las pruebas de los sonetos.

—¡No grites tanto! ¿no sabes que eso es de telón adentro? Ya tengo prevenido que las cosas del foro no se me publiquen. Señor, no acaban de comprender ustedes el arte; ¡qué país, señor, qué país este! «¡Que aquí están los sonetos!» ¿no sabes, bruto, que esos sonetos son arrojadizos y deben ser una sorpresa para nosotros?

—No lo sabía, señor, dijo el cajista. ®

—Estos sonetos son de un amigo, él los costea en honra de mi señora y de mi mérito artístico; pero yo se los corrijo y van á



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

creer las gentes que yo me despacho con el cucharón.....

—Aquí están las palomas! gritó una criada.

—¡Bajito, bajito, por el amor de Dios! Hoy todos se han empeñado en gritar; todo eso se hace bajito.

—Llévale esas palomas á mi señora para que las adorne con cintas de colores.

Romero se puso á corregir las pruebas, que decían así:

*Al eminente artista nacional*

D. Gervasio Miguel Romero del Campo

SONETO.

Salud, rey de la escena sin segundo,  
¡Oh grande artista superior á Talma!  
De gozo y de terror llenas el alma,  
Va tu talento avasallando al mundo!.....  
&c.....&c.....

Por respeto al lector no lo copiamos íntegro.

El soneto estaba firmado con iniciales que el público no podría atribuir á ninguno de sus poetas conocidos.

El soneto dedicado á la dama empezaba de este modo:

«Perla del arte de sin par oriente, etc.

—¡Gervasio! gritó María desde su habitación.

—Madre! contestó Romero.

—¿Y los versos?

—Aquí están.

—¿Cuáles diste á la imprenta?

—Para tí, aquel soneto de «Perla del arte de sin par...»

—¡Ah! sí, ya sé.

—Y para mí: «Salud, rey de la escena.....»

—Bueno; ¿y aquí hay poetas?

—Creo que sí.

—¿Cómo va la entrada?

—Casa llena.

María apareció en la puerta al oír aquella frase mágica.

—¡Casa llena!

—Poco menos hasta ahora; pero se volverá la gente.

—¡Bien te has movido!

—Como siempre, hija, como siempre; por darte nombre, por elevarte hasta el zenit. ¿Qué trajes has sacado?

—Para el primer acto la enagua parda.

—¡Dios me asista!

—Es el que he sacado siempre; como en el primer acto todavía soy una campesina.....

—¿Y qué tenemos con eso? ¿no ves que la visualidad es lo primero? este es un público nuevo y debo hacer tu presentación con todo el aparato y la grandiosidad artística que.....

—Pero si soy una lugareña, y hasta el segundo acto no empiezo á ser la marquesa de.....

—Todo eso está muy bueno; pero ¿y la visualidad en la presentación? ¡Figúrate como te va á caer la lluvia de oro y alumbrar la luz de Bengala vestida con la enagua parda!

—Tú tienes la culpa por haber elegido esa pieza.

—Sí; pero contando con que aparecerías con el gran vestido color de rosa desde el primer acto.

—En fin, tú eres el director y saldré como quieras.

—Con el gran vestido.

—Así lo haré.

Gervasio y María se pusieron á acomodar la ropa en un gran cesto, que bien pronto estuvo repleto con los trajes, las pelucas, los útiles de tocador, las palomas, la edición de los sonetos, el ejemplar de la comedia, los papeles y otra porción de menudencias.

Romero corrió á la contaduría, y después al foro, y en seguida á su casa; y á medida que se aproximaba la noche desplegaba más y más actividad.

La calle del teatro estaba iluminada con luminarias, y de las cornisas del pórtico pendían flámulas, banderas, y guirnaldas de flores, y tocaba alegres vales una estrepitosa música militar frente á la fachada del edificio.

A las siete de la noche ya Romero y María estaban en su cuarto del vestuario, y la función iba á comenzar á las ocho y media; hora en que el respetable público acostumbra concurrir al espectáculo, á pesar de todos los anuncios y de todos los prospectos de Romero.

Ya en los palcos próximos al proscenio y en la galería estaban convenientemente colocados los encargados de la ovación con que al público se le iba á hacer creer que se entusiasmaba; había además repartidos algunos individuos que habían adquirido localidad sin más estipendio que la obligación de aplaudir furiosamente á Romero y á la primera dama cada vez que aparecieran.

La orquesta tocó la overtura de la Primavera, de Beristain, porque Romero había encargado á los músicos que todas las piezas fueran obra de mexicanos, agregando que él velaba constantemente por las glorias de su patria.

Por fin se levantó el telón: la concurrencia no era tan numerosa como Romero se

lo había esperado; pero á la hora de su presentación el teatro se vino abajo según él lo había previsto; se presentó María y hubo lluvia de oro, dianas, palomas, ramilletes y sonetos.

La ovación fué espléndida.

Al caer el telón Romero mandó abrir la puerta del foro y abrió también la de su cuarto para recibir las felicitaciones de sus amigos.

Entrar al foro es una especie de privilegio que se disputan muchos individuos del público.

Hay quien haga alarde de tener amistades entre bastidores; y esta visita, que en lo general es de las más insustanciales, pasa por una calaverada.

Los pollos se deslizan burlando la vigilancia del portero, y penetran al foro para ver los bastidores por detrás: otros entran diciendo con estudiada socarronería.

—Vamos á ver lo que se pesca.

Generalmente éstos no son pescadores. Otros se han hecho adrede amigos del

director; y otros van tras los encantos de la dama; todos entran para hacer algo y salen, generalmente, sin hacer nada.

Si alguna peripecia ocurre entre bastidores, si se trasluce alguna poridad, salen del foro los visitantes como los vendedores de noticias extraordinarias, á contar aquello á los del salón.

Esto era lo que esperaba Romero.

—Muy bien, señor D. Gervasio María; me ha hecho usted llorar.

—¡Oh amigo! contestaba Romero, ese es el arte; pero se mata uno, se mata uno en este trabajo!!.....

Y esto lo decía Romero limpiándose el sudor, que no tenía, y finjiéndose más fatigado de lo que estaba.

—Perfectamente! entraba diciendo otro amigo de D. Gervasio; hacía tiempo que no veíamos esta pieza tan bien representada.

—¡Gracias, gracias! qué quiere usted ¿el estudio y catorce años de pisar las tablas, esto es trabajar, amigo; yo me presento con orgullo verdaderamente artístico, ante mi

querido público. ¿Han notado ustedes el servicio de la escena? todo propio, todo adecuado, todo en su lugar.\*

—¡Ah! sí, desde luego se conoce la mano maestra del director.

La escena no tenía nada de particular.

—Ya verán ustedes ese segundo acto. ¡Dios mío! ese segundo acto era para actores de fuerza.

—Dicen que Valero se fatiga mucho en este drama.

—Lo creo, este drama no es para Valero, se necesita..... en fin, ser artista.

—Se felicita á usted, D. Gervasio, dijo desde la puerta un español.

—Gracias, amigote, pase usted á descansar.

—¿Y la señora?

—Se está arreglando.

—Sea en hora buena. Iba á decirle que ni en Madrid he visto esto.

—Buenas noches, dijo un joven entrando, sombrero en mano.

—¡Hola! amiguito, cómo vamos?

—Soy Fuentes.

—¡Ah!

—El poeta de Santa María.

—¡Oh! amiguito; no le esperaba á usted por acá.

—Qué quiere usted, me dí mi escapada.

—De quince leguas.

—Si señor.

—Vaya, señor Fuentes; y qué tal? ya ví sus versos de usted; yo no merezco tanto: amigo es usted muy bondadoso.

—¡Mis versos! dijo Fuentes abriendo los ojos y figurándose que se trataba de los versos que le había dado secretamente á María, en el día de campo.

—Sí, hombre, los sonetos que han arrojado esta noche, ¿no son de usted?

¡Ah! si señor, yo.....

—Ya lo decía yo; bien conocí el estilo y la elevación, ó más bien dicho, mi María que es tan inteligente, es la que me hizo notar que los sonetos debían ser de usted.

—Señor Romero.....

—Nada, nada de modestias, amigo; lo

bueno siempre es bueno; y á la verdad es hermosísimo esto de *Perla del arte de sin par oriente*..... ¡Oh! eso es magnífico; y el otro de *Salud, rey de la escena*..... Muy bien, amigo mío, muy bien; le envidio á usted su talento; yo en mi vida he podido hacer un verso.

—Pero en cambio sabe usted decirlos.

—¡Ay amigo! el estudio, catorce años de pisar.....

En este momento salió María.

Todos se pusieron en pie.

Don Gervasio hizo la presentación.

El poeta Fuentes le tendió la mano á su amiga.

—¡Oh! señor Fuentes, ¿usted por aquí?

—Aquí lo tienes, dijo Romero; ya lo felicité por los sonetos.

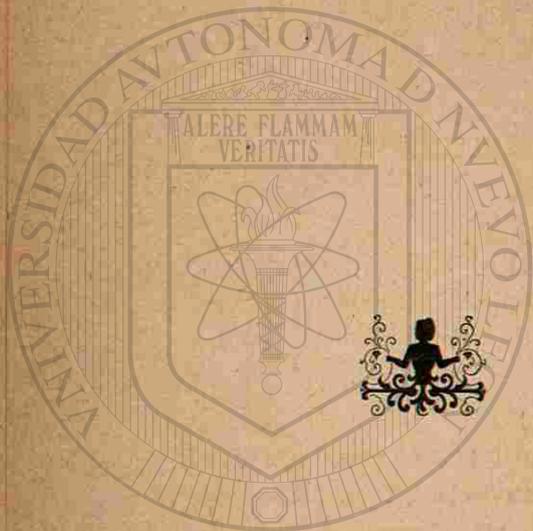
—Yo me supuse en el acto que eran de usted.

—Señorita.....

Ya se deja entender que Fuentes, no cabía en sí de satisfacción.

Don Gervasio Miguel Romero del Campo

siguió levantando la frente con orgullo, hasta el momento de revisar las cuentas en la contaduría del teatro.



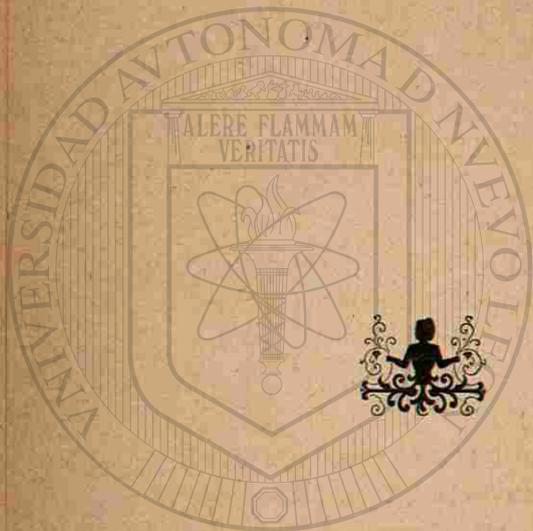
## CAPÍTULO XII

EN EL QUE EL AUTOR  
SE PERMITE UNA DIGRESIÓN SERIA Y  
DE ACTUALIDAD

**E**l arte dramático es como el metal, destruye el molde en que se funde. Pesa no sabemos qué fatalidad sobre los actores, que los hace exhibirse de día bajo fases poco favorables en lo general para toda la larga familia que constituye la andante comiquería.

Es necesario conformarse con ver á los cómicos nada más sobre las tablas, porque si levantais indiscretamente uno de los telos

siguió levantando la frente con orgullo, hasta el momento de revisar las cuentas en la contaduría del teatro.



## CAPÍTULO XII

EN EL QUE EL AUTOR  
SE PERMITE UNA DIGRESIÓN SERIA Y  
DE ACTUALIDAD

**E**l arte dramático es como el metal, destruye el molde en que se funde. Pesa no sabemos qué fatalidad sobre los actores, que los hace exhibirse de día bajo fases poco favorables en lo general para toda la larga familia que constituye la andante comiquería.

Es necesario conformarse con ver á los cómicos nada más sobre las tablas, porque si levantais indiscretamente uno de los telos

nes que los ocultan á la luz del sol, os sorprenderá la crónica escandalosa á pesar vuestro.

Cuando hemos levantado una punta de ese telón, guiados por nuestro prurito de estudiar las costumbres, nos ha faltado siempre tiempo para hacer bastantes apuntes, y estamos seguros de no haber penetrado todavía el misterio; pero con lo poco que hemos visto, hemos tenido lo bastante para escribir esta historia.

No se crea que animados por prevenciones personales, ó siquiera por motivos de antipatía, bosquejamos á algunos de nuestros personajes: muy al contrario, los actores nos simpatizan y nunca dejamos de juzgarlos al través del mérito, que en sí tienen, de ponerse al frente de nuestro malestar y de nuestras horas tristes.

Habla muy alto en favor de la buena índole de los actores, el hecho de buscar otro juez que su conciencia.

Tienen otra recomendación: nos divierten. Espontáneamente se encargan de hacer-

les llevadera la vida y menos fastidiosa á dos mil personas, aún cuando sea cada cierto número de horas.

Tienen este otro mérito.

Hacer voto de humildad al entrar al teatro; y aunque os aborrezcan, os estarán diciendo siempre que sois público benévolo, ilustrado, galante é inteligente, aún cuando esté muy reciente el recuerdo de una silba ó de un cojinazo.

Por encopetado que sea un actor, y aun cuando lo sea de cámara de S. M. ó *di Cartello* y esté condecorado, llegará un día en que os dirigirá frases tiernas, y hasta os confesará que ha derramado lágrimas, y os contará en estilo sublime muchas lástimas de esta especie por solo el vil interés de que vayais á su beneficio y pagueis el doble de lo que vale vuestro asiento, ú os manifesteis munífico, si podeis, porque es el día de recoger doble, entrando con esto los actores en el gremio de los guardafaroles y de los repartidores de los periódicos, que os piden el aguinaldo ó cualquiera otra propi-

na; porque para el actor el *beneficio* no es más que la *gran propina* en el día de abrir las manos ante la generosidad pública.

Por altivo, por orgulloso que sea un actor, por alto que esté, el público le hace las cuentas el día de su beneficio; y si el público es escaso, por todos los ámbitos del salón no se oye decir más que esta palabra con verdadero enternecimiento:—¡Pobre!

No es sin duda un *beneficio* el acto que esté más en armonía con la dignidad del hombre.

Desde el momento en que un sueldo ó una retribución pecuniaria se pone á merced de la generosidad ó de la vanidad del que la paga, el que la recibe queda humillado y muy abajo del favorecedor

Somos enemigos de toda esclavitud y de toda humillación, una vez declarados partidarios de la libertad y de la dignidad humanas. Por esto deseamos que los actores tengan todos los beneficios imaginables, en pró de su prosperidad; pero de la contaduría para dentro y no á costa de ningún género de humillaciones.

El sentimiento que predomina en el público, en los beneficios, no es precisamente el entusiasmo por el beneficiado, sino la conmiseración,

Estamos seguros de que por poco delicados que sean los sentimientos de un actor, no arranca con la avidez del avaro las monedas que adornan un laurel verde, símbolo de gloria, sino que siente una tristeza secreta al recoger la dádiva, por mucho que lo saque de apuros.

El vil metal, rey del mundo y todo como es, está sentenciado por la dignidad del hombre á brindársele en montones de á veinte, alineados severamente sobre un mostrador ó metidos dentro de una grosera bolsa de pita.

Se le recibe dignamente cuando acabamos de poner nuestra firma en un papel sellado ó de cerrar un pacto legal; pero cuando os lo arrojan á los piés ú os lo dan en hojitas de laurel y ha precedido en los labios ó en la mente del dadivoso la palabra ¡*pobre!* no haceis más que recibir lo que le sobra al rico y lo que os dan por lástima.

Hay algo más que notar acerca de esta apreciable familia de artistas, y es, que nadie habla tan mal de los actores como ellos mismos; y al contemplar la perpetua amargura en que viven, muchas veces nos hemos figurado que de la misma manera que el funámbulo logra relajar sus articulaciones y sus ligamentos en virtud de ciertos ejercicios difíciles, acaso el ejercicio de los afectos y de las pasiones relaja también las pasiones y los afectos en los actores.

La actriz que aparece sobre las tablas poseída de sublime indignación contra el vicio y que os hace gozar con el más bello conjunto de perfecciones morales, con la personificación de un sér modelo, de un tipo de virtud ó de heroísmo, posee tal vez una alma cuya depravación la pone muy lejos de sentir lo que dice.

La literatura dramática, asumiendo en frases precisas, en pensamientos claros, en acciones conmovedoras la expresión más genuina de la moral humana, lejos de edificar con el ejemplo á sus propios operarios,

los prostituye, los hace degenerar individualmente.

Pocas actrices se salvan en este fatal naufragio, en el que parece ser un tributo indefectible la sensibilidad y las virtudes.

Nos parece notar no sabemos qué siniestra analogía entre el actor de malas costumbres y el fraile corrompido.

Parece que los actores se familiarizan con los preceptos de la moral, de la misma manera que los viejos sacristanes con los vasos sagrados.

La actriz empieza por llorar de veras, cuando en la escena llora á su madre muerta; como el sacristán empieza por arrodillarse ante los altares aún cuando no lo vea nadie; y la actriz acaba por reírse en el trance más serio, y el sacristán perdiendo primero los escrúpulos, después la veneración y al último el respeto á las cosas santas.

Compadecemos sinceramente al actor que en su larga carrera ha podido sacar ileso su corazón del fango de las tablas. ¡A costa

de cuántas decepciones y de cuántas amarguras ha podido triunfar de sí mismo, ha podido resistir al pestilente contagio de la depravación de sus compañeros!

A estos hijos del arte, prosélitos firmes de la moral, salud mil veces; ante ellos y por ellos pedimos para nuestra pluma el corte que tiende á tocar las llagas sociales, y pedimos el acierto en nuestras apreciaciones para poder arrojar el ridículo sobre los malos.

En el marasmo en que vive la sociedad actual, vemos salir de las sombras de la penuria á las hijas de la desgracia dirigiendo una mirada á la prostitución y otra al teatro; vemos algunas madres llevar á sus hijas á la contaduría del empresario para entablar la más inicua de las transacciones, el más repugnante de los contratos.

No quedaba en el tabuco de la miseria nada que vender, nada que enagenar; y un día una madre encuentra que las rosas de los quince años, las líneas de la pubertad, las sonrisas de la beldad pura y pobre, tie-

nen un valor estimativo en el mercado humano.

¡Pero qué madre no tiembla ante la deformidad de esta idea siniestra! Conjura aquel sueño á pesar de las sugerencias de la desnudez y el hambre, y la virtud se repliega en los últimos atrincheramientos; pero un día encuentran madre é hija un cartel de teatro y tras del cartel unas cuantas monedas; entonces la horrible idea de vender las rosas del pudor se disfraza bajo esta forma: «*la carrera artística.*»

La solución está encontrada; la prostitución ha hallado una máscara; la conciencia ha hallado una palabra; la madre ha hallado un medio, y el empresario del teatro ha hallado un trozo más de carne humana para los lobos, los leones y los pollos de las lunetas.

Un día, aquella madre y aquella hija se quedan pensativas sin saber por qué; están cosiendo las deslumbrantes ropas del teatro, y las lentejuelas brillan con un brillo satánico.

Están pensando en que aquella idea que las hizo estremecer algunos meses antes, aquella horrible idea de vender las rosas del pudor como la última joya, se ha realizado ya.

La hija tuvo que transigir con el empresario y se vistió de guerrero: se descubrió, llorando de vergüenza, sus virginales formas; era preciso hacerlo así, todas hacían lo mismo: la iniciada lloró sobre el primer girón de su pudor, tembló ante el público que la contemplaba con indiferencia, porque le parecía que el público no tenía ojos más que para verla; se colocaba atrás para cubrirse con sus compañeras, avezadas en la desvergonzada exhibición nocturna; y al caer el telón ocultó la cara entre las manos porque la habían visto ya, porque algunos caballeros la habían devorado al pasar entre bastidores, con miradas horriblemente amorosas.

Aquella zarzuela «La isla de San Baladrán» se repitió muchas noches; y la repetición amenguó el sacrificio, secó las lágrimas y apagó el bochorno.

Después hubo necesidad de hacer un papelito por el que daban cuatro pesos; el vestido era más insuficiente; y se entabló grave controversia sobre que no valía la pena de discutir algunas pulgadas de tela de más ó de menos.

Después recibió la figurante lecciones de baile; las cuadrillas son muy fáciles de aprender: la música se llama *Can-can*.

¡Extraño nombre!

Pagan más á las que bailan esas cuadrillas.

El director de baile previene á las parejas la manera con que han de mover las manos y la falda.

—El baile este tiene rarezas incomprensibles, piensa la figurante; ¿qué más da mover los brazos en tál ó cual sentido?

Caprichos del director.

El público aplaude mucho el *Can-can*; tenía razón el director: así se deben mover las manos y la falda.

—Ya sé bailar *Can-can*, exclama al fin satisfecha la figurante. Desde que lo aprendí

tengo amantes que me obsequian. ¡Qué tonta fui al llorar la primera noche!

La horrible idea se ha realizado, las rosas del pudor ya desaparecieron con el hambre.

La idea aquella que hizo estremecer á la madre, se realizó; la prostitución dejó caer la máscara teatral, y lo que había pasado era precisamente lo que se había pretendido evitar; pero había sucedido tan poco á poco que se hizo todo sin apercibirse de ello.

Las rosas del pudor se habían deshojado completamente y los pétalos habían caído al fango uno á uno.

Por eso madre é hija se habían quedado pensativas y como fascinadas con el brillo siniestro de las lentejuelas.

¡Pobre condición humana! Crea el ingenio en Grecia el teatro, elevan las naciones templos á la moral y á las buenas costumbres, y las sacerdotisas de esos templos, encargadas de mantener el fuego sacro, minan como sabandijas inmundas los cimientos del edificio donde se enseña á amar, á per-

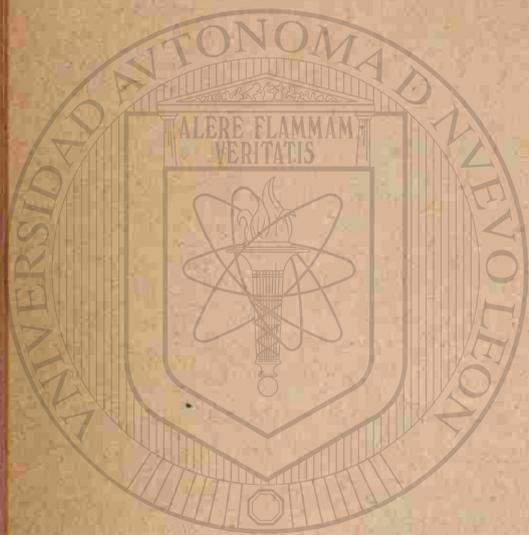
donar y á bendecir, y forman una cloaca al vicio y un foco á las infamias.

México está presenciando en estos días la más escandalosa de las decadencias. El teatro está muriendo en la disipación y en la crápula.

Aquí terminamos nuestra digresión para volver á Romero y á su señora.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



### CAPÍTULO XIII.

#### EL PÚBLICO Y LOS BENEFICIADOS

**R**OMERO del Campo se preparó un beneficio para él y otro para María del Carmen apenas había dado algunas funciones.

Romero agotó los recursos de lo que él llamaba su dignidad de artista, para que el público ilustrado tuviera la bondad de hacer justicia á su mérito.

Mandó imprimir, sobre vitela, una docena de rimbombantes dedicatorias, con el carácter de *exclusiva* cada una de ellas: en-

vió una *al comandante de las armas*, otra *al gobernador*, otra *al español más rico del comercio*, y así las demás á las personas más notables y acomodadas.

En los carteles dedicó la función á los artesanos, á la guarnición, al comercio, á los españoles, á los potosinos, al bello sexo y al ayuntamiento.

Envío las localidades bajo cubierta y rotuladas á cuantas personas fueran capaces de hacer el sacrificio de ir al teatro por no hacer una descortesía; y cuantas localidades le devolvían otras tantas rotulaba de nuevo; pues como hombre de experiencia había comprado tres sobres para cada invitación.

—Es necesario moverse, decía ya fatigado de haberse movido tanto. En primer lugar, que hablen mucho los periódicos: rogar á los redactores que admitan mis párrafos en que pruebo con hechos que soy un artista nacional y que Talma será más antiguo pero no mejor que yo. Que los periodistas desquiten su luneta lo menos con ocho párrafos laudatorios y preventivos.

En segundo lugar, enviar las localidades, y si las devuelven, otra cubierta y á otro, hasta llenar la casa; y las últimas mandarlas á las siete de la noche para que no haya lugar á devolverlas.

No olvidar la música de viento.

Dos docenas de pichones.

Diez pesos de flores.

Seis clases de poesías arrojadizas, de diferentes autores.

—Pico, mira á N. para que vea á H. para que le ruegue á R. que escriba una poesía para mi beneficio. Corre la voz de que todo el teatro está tomado, y de que ya no se consiguen localidades por ningún precio. Pide al ayuntamiento permiso para colocar sillas en el *patio*.

—¡Pero si no se han vendido ni veinte boletos!

—¡Inocente! pidiendo esa licencia, el público se mueve; todos creen que ya no hay asientos y entonces es cuando á todos les ocurre tener asiento, porque mientras los hay no los piden.

—¡Ah! ya caigo.

—Eres bisoño; yo llevo catorce años de pisar las tablas y sé mover las teclas; y el público hace justicia á mi mérito, porque yo no pido más que justicia, ó me quito el nombre. El público tiene el deber de recompensar dignamente los afanes del arte, y yo soy un artista nacional con orgullo, porque le doy honor á la carrera, y levanto la frente, porque sé cumplir con mis deberes de artista caballerosamente y sin bajezas, ni farsas, ni humillaciones. Rotula, Pico, esos palcos.

—Espero pluma en ristre.

—Señor doctor don Luís....

—No es doctor.

—No le hace; y á este otro: *Señor Licenciado*....

—Ya caigo, dijo Pico; y al Coronel *Señor General D.*....

—Eso es, hombre; no piensas en que por enseñar la cubierta no devuelven la localidad?

—Tienes mucha razón.

—Conozco á mi gente.

—Y yo no acabo de conocerte á tí, pensó Pico.

—Haz colocar mi retrato en el pórtico, tres días antes de la función.

—Y después de todo esto, ensayamos? preguntó Pico.

—No, ¡qué ensayar! lo primero es *mover el beneficio*, hacer ruido, *embullar* lo más que se pueda, porque es necesario que se haga justicia.

—Pero el drama va á salir detestable.

—Yo lo salvo, ya sabes que con mi aplomo....

—Sánchez no quiere hacer el papel.

—Suprimimos el papel.

—¡Pero hombre!

—¿Y qué importa un personaje más ó menos? No tiene más que medio pliego el papel.

—Pero ya está en el reparto.

—Pues que las palabras que debía decir Sánchez, las diga Salazar.

—Pero Salazar y Sánchez tienen un diálogo.

— Vuélvelo monólogo.

— Es que pelean.

— No le hace, que riña Salazar consigo mismo.

— Y se baten.

— ¿Se baten?

— Sí.

— Pues *átajale* al original, échale abajo todo eso, es *muy pesado*, no hace falta la escena, es una barbaridad del autor.

— Bueno, dijo Pico y agregó: dice el maquinista que no hay plaza de San Marcos.

— ¿Pues qué hay?

— Nada más selva corta.

— Pues esa.

— Es que en el original dice «*en esta plaza.*»

— Corrijelo y pon «*en esta selva corta.*»

— Bueno; y no hay trajes más que para cuatro comparsas y tú pides doce.

— Por supuesto. ¿Cómo en una función de visualidad, en función de beneficio mío habían de salir cuatro comparsas?

— ¿Pues cómo se visten?

— ¿Hay cuatro trajes?

— Nada más.

— ¿Son guerreros?

— Sí.

— ¿De armadura?

— Sí.

— Pues los otros ocho de blusa; ahí debe haber ocho blusas coloradas.

— ¿Pero en Venecia? ¡hombre!

— ¡Qué sabe el público! el caso es que haya mucha gente y mucha visualidad sobre las tablas, que se me llene el foro, para que cuando yo salga con la bandera....

— Y á propósito ¿cómo es esa bandera?

— La bandera nacional.

— ¿Tricolor?

— Sí, hombre, no ves que es función de beneficio y al verme empuñando la bandera y nacional, el público se entusiasma, porque le toco la fibra del patriotismo, y aplaude entonces vienen bien los versos y las coronas.

— No había caído en cuenta; quiere decir que no se hace la bandera como lo dice el autor.

—No, hombre; ahí tenemos bandera, y en tratándose de bandera que entusiasme, pues la mexicana, chico, la bandera de mi querida patria.

—Sí, es cierto.

—Vas á ver qué beneficio, como yo acostumbro, espléndido, como para un hijo del país.

Pico obedeció fielmente á Romero.

—Es necesario, agregó éste, que yo interrumpa la representación en la escena aquella en que me presento con la bandera.

—¿Para qué?

—Para leer mi poesía, para dirigirme al ilustrado público potosino y excitarlo á que premie mis afanes de artista nacional.

—¡Lástima de escena!

—¿Qué estás diciendo? ¡bárbaro!

—Que le quitas todo el efecto á la pieza.

—Tú no sabes nada, hijo mío, no tienes intuición dramática! no conoces los grandes efectos teatrales de visualidad y sensación: ese momento que tú crees precioso para la comedia, lo creo yo á propósito para diri-

girme al público con mis versos; ya sabes que sé darles la entonación dramática y el brío necesario, y sobre todo, que con esos versos he arrancado siempre nutridos aplausos.

—Hazlo todo como quieras. ¡Ah! me pregunta el corneta-pistón qué clase de toque ha de dar por dentro cuando se anuncia el triunfo.

—¡Pues qué toque ha de ser, hombre! ¿Es de triunfo? pues diana.

—¿Pero en Venecia?

—Pero se trata del beneficio; y en mi beneficio todo lo nacional; ya sabes, yo amo á mi país sobre todo, y soy gloria del arte.

—¡Está bien, hombre! ¡está bien!

—Conque listos, á *mover el beneficio*, que no nos quepa la gente; mucha visualidad, mucha bullanga y mucha conciencia para el trabajo: á recoger laureles y pesetas.

Romero salió á la calle; á la puerta de su casa encontró una persona.

—Vaya usted con Dios, señor licenciado, ¿á dónde bueno? le dijo Romero.

—Al tribunal, señor Romero.

—¡Bien! y á propósito ¿ya tiene usted localidad?

—¿Para qué?

—¡Cómo para qué? para la gran función de mi beneficio.

—¿Cuándo?

—¡Hombre, licenciado, pues es usted el único que lo ignora en todo San Luís! ¿Cómo cuando? pasado mañana; yo mismo he rotulado la invitación de usted, porque ¿cómo había usted de faltar á mi función de gracia? ¡pues no faltaba más! No señor, los amigos por delante, señor licenciado; ¡ya verá usted qué función! ¡no se ha visto jamás en el teatro cosa igual, va á hacer época! Amigo, si yo sé mover las teclas y disponer una función mónstruo de gran visualidad, de gran interés dramático, de gran mérito artístico y digna del ilustrado público.

—Pues tendré mucho gusto.

—Lo espero á usted sin falta.

—¡Bueno! allá nos veremos.

—Hasta pasado mañana, licenciado.

—¡Hola! señor Romero, ¿qué dice esa función? le dijo un español á Romero.

—En manos de ustedes los españoles, los hijos del Cid, los padres de la literatura dramática nacional, ustedes dirán, yo he dedicado mi función á los españoles; vamos á ver cómo se portan; yo no comprometo á nadie ni veo más interés que la gloria del arte y el crédito de cultura de que goza esta sociedad.

—¡Bueno, Romerote, bueno! por mi parte ya sabe usted que la tienda y el dueño están á sus órdenes. Véngase á tomar una copa de Jerez seco superior que acabamos de recibir de Tampico.

—¡Pero hombre!

—Nada, nada, á salud del beneficio.

Romero fué á tomar la copa de Jerez.

—Aquí está el beneficiado, dijo otro español.

—¿Qué hay, don Pancho? ¿qué tal?

—Aquí dándole; ¿y ese beneficio qué tal va?....

—Como en mano de los españoles; ya se deja entender que no habrá un asiento vacío pasado mañana; no por mí sino por la gloria del arte, y porque mi señora nació en la tierra de ustedes.

—No parece española.

—Pues no me cabe duda.

—Pues allá vamos á silbarle á usted, Romerote; llevaré á mis muchachos armados de pitos ó de llaves; ya tengo la mía, vea usted.

—Todavía no me sucede un percance de ese género; ¡Dios me libre! sobre que por eso me mato en el trabajo; soy esclavo del estudio y.... ya ustedes lo ven ¡qué servicio de escena! ¡qué visualidad!

—¡Ah! sí.... sí.... dijeron los españoles de la tienda.

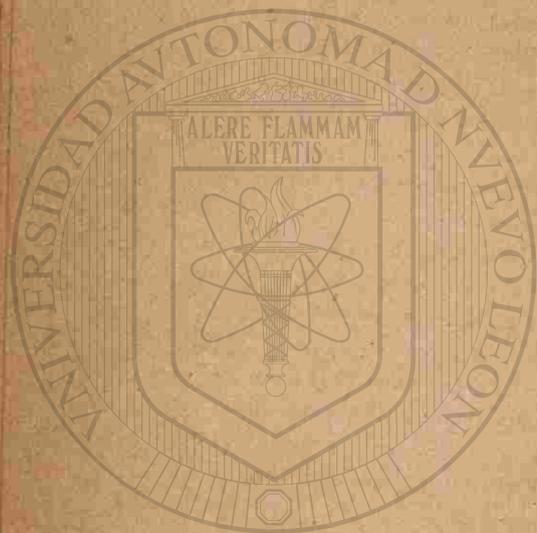
—A su *salú*, Romero.

Y el patrón apuró su copa en unión de Romero y de los otros amigos.

Romero siguió después haciéndose presente en todas partes y *alborotando su beneficio* hasta el momento de levantar el telón;

saliéndole todo á pedir de boca y tal como se lo había figurado; aunque en el último resultado pecuniario sacó en limpio que más había sido el ruido que las nueces.

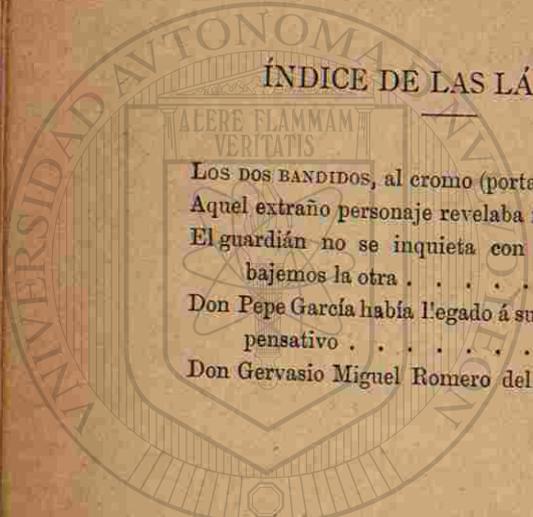
FIN DEL TOMO I.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.—Una compañía dramática en faz de viaje. . . . .	9
CAPÍTULO II.—Entrada de la compañía dramática al pueblo de Santa María del Río	25
CAPÍTULO III.—En el cual se dan más noticias de don Pepe García y de otras varias atrocidades. . . . .	49
CAPÍTULO IV.—Un poco horripilante; pero por desgracia verosímil. . . . .	69
CAPÍTULO V.—Se levanta el telón. . . . .	87
CAPÍTULO VI.—Dos entrevistas. . . . .	105
CAPÍTULO VII.—Un día de campo en Guajuatito . . . . .	127
CAPÍTULO VIII.—En el cual empieza el lector á seguir muy de cerca los pasos de Isolina. . . . .	159
CAPÍTULO IX.—Entra la compañía dramática en plena anarquía. . . . .	175
CAPÍTULO X.—Sigue la compañía recorriendo el camino de la gloria. . . . .	193
CAPÍTULO XI.—El primer susto de Pico y la primera representación dramática. . . . .	213
CAPÍTULO XII.—En el que el autor se permite una digresión seria y de actualidad . . . . .	241
CAPÍTULO XIII.—El público y los beneficiados	255



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

## ÍNDICE DE LAS LÁMINAS.

	Páginas.
Los dos Bandidos, al cromo (portada)	
Aquel extraño personaje revelaba fastidio . . .	13
El guardián no se inquieta con mi pierna, bajemos la otra . . . . .	35
Don Pepe García había llegado á su habitación pensativo . . . . .	113
Don Gervasio Miguel Romero del Campo. . .	227

# OBRAS

DEL MISMO AUTOR

Y PUBLICADAS EN ESTA EDICIÓN.

- TOMO I.—*Baile y Cochino*.....
- TOMO II.—*Ensalada de pollos*, (1.<sup>a</sup> parte).
- TOMO III.—*Ensalada de pollos*, (2.<sup>a</sup> parte).
- TOMO IV.—*Los Mariditos*.
- TOMO V.—*Historia de Chucho el Ninfo*,  
(1.<sup>a</sup> parte).
- TOMO VI.—*Historia de Chucho el Ninfo*,  
(2.<sup>a</sup> parte).
- TOMO VII.—*Los Fuereños. La Noche Buena*.
- TOMO VIII.—*Mis Poemas*.
- TOMO IX.—*Artículos ligeros sobre asuntos  
trascendentales*.
- TOMO X.—*Id., id., id.* (2.<sup>a</sup> parte.)
- TOMO XI.—*Isolina*, (1.<sup>a</sup> parte.)
- 
- TOMO XII.—*Isolina*, (2.<sup>a</sup> parte.) en prensa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

UNAM

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO  
SECRETARÍA GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO  
SECRETARÍA GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS